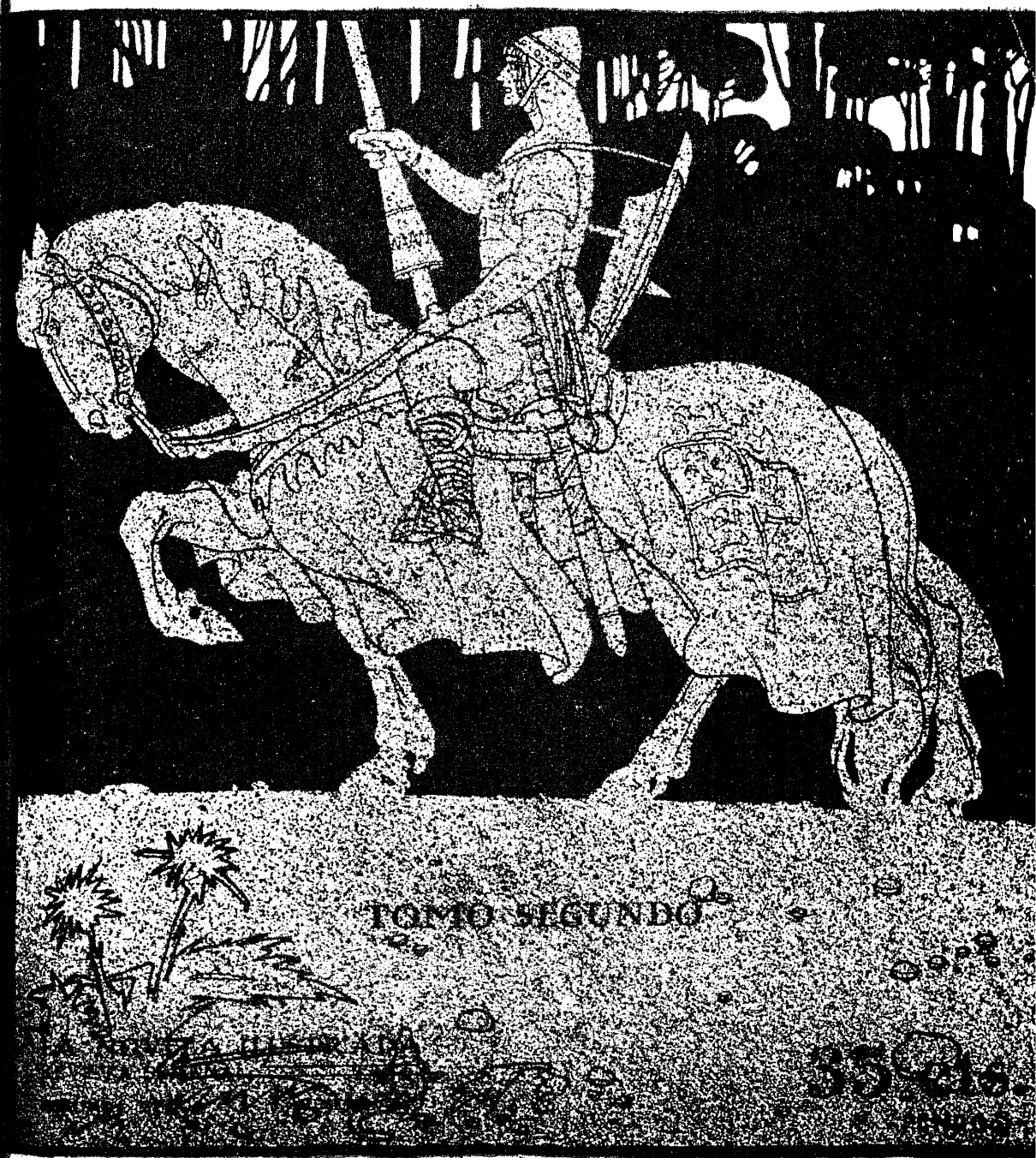
M. Hernández y González

La Buena Madre



TOMO SEGUNDO

35 días

R. 43.145
BIBLIOTECA Granada

M. Fernández y González

LA BUENA MADRE

TOMO SEGUNDO

VALLADOLID LA VIEJA

LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
4.—Carmen, Próspero Merimée.
6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
7.—Humo, Turguenef.
8.—El pescador de Islandia, Loti.
9.—Raffles el elegante. E. W. Hornung.
10.—La Savelli, G. A. Thierry.
13.—Amor de española, J. B. d'Aurevilly.
15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
18.—Miss Mefistófeles, F. Hume.
19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
20.—Tiempos difíciles, Dickens.
23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
24.—Venganza corsa, P. Merimée
25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
26.—El ilustre Cantasirena. G. Rovetta.
27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
31.—La bohemia, E. Murger.
33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
173.—El oro sangriento y
174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
177.—Eugenia Grandet. H. Balzac.
221 á 222.—La dama de la ganzúa, G. le Faure.
223 á 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faeru.
255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
257.—Werther.—Goethe.
258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
273 á 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
Venganza africana, E. Sué
265 á 272.—El judío errante, E. Sué.
274 á 281.—Los misterios de Paris, E. Sué.
El año 2000, por E. Bellamy.

Colección Conan Doyle.

11.—Sable en mano. 12—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)

Colección Tolstoi.

44.—Resurrección.
45.—La guerra y la paz.
46.—La sonata de Kreutzer.
47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de les tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azulas.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96 Los lobos de la nieve..—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 á 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 á 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 á 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 á 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 á 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 á 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 á 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 á 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 á 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 á 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 á 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 á 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 á 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

130 á 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
139 á 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los náufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 á 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
204 á 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
210 á 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 á 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 á 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 á 264.—Lucrecia Borgia.

Clásicos españoles

275 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
254.—Romancero del Cid.
256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

LA BUENA MADRE

LIBRO SEGUNDO

El aparecido.

CAPITULO PRIMERO

VALLADOLID LA VIEJA

1

Estamos en el mes de Mayo de 1298, y en una cámara del Alcázar Viejo de Valladolid.

Antes de hablar de esta cámara, y de lo que en ella había y sucedía, ocupémonos del alcázar que ya no existe.

Estaba situado éste sobre la orilla derecha del Esgueva, antes de su afluencia en el Pisuerga, y se componía de dos grandes patios con sus edificios, contenidos por un fuerte muro cuadrangular, apoyado en cinco torres por cada uno de sus frentes.

Unido á este alcázar, por un lienzo de muralla que estaba al Oriente, había otro pequeño recinto torreado, que se llamaba el Alcazarejo, y que venía á ser la ciudadela ó alcazaba, como entonces se decía, del Alcázar Real.

Apoyábase éste de la una parte en la Abadía de San Benito, que aún existe, mientras que el Alcázar y el Alcazarejo han desaparecido sin dejar vestigio alguno.

Corría el muro del Alcázar por la orilla del Esgueva desde la Abadía de San Benito hasta el sitio que aún hoy se llama la Rinconada, continuaba hacia la Puerta de Hierro, seguía hasta la capilla de Nuestra Señora, y desde allí hasta el Alcazarejo, terminando de nuevo en la Abadía.

Tanto los muros como las cinco torres en que cada lienzo se apoyaba, estaban orlados de puntiagudas almenas reales; y los matacanes, las galerías, los ajimeces, toda la ornamentación, en fin, del exterior, pertenecía á ese bravo género de arquitectura que es la transición del bizantino al gótico primitivo.

Una honda cava ó fosa con barbacana y estacada corría por tres de los lados del alcázar, empezando y terminando en el Esgueva, que venía á determinar el foso por el lado del Norte.

La puerta principal estaba situada entre el Alcazarejo y la Abadía, y la formaban dos fuertes torres redondas, entre las cuales se veía un grande arco, y bajo él otro arco más pequeño con puerta redoblada de hierro, rastrillo y puente levadizo.

El espacio que quedaba entre el arco mayor y el muro reentrante donde estaba el arco menor, constituía una especie de patio estrecho, de abertura, que servía de matacán, esto es, un vano, por donde se podían arrojar maderos, piedras, sustancias inflamadas sobre los que pretendiesen forzar la puerta.

Sobre el grande arco corría una bellísima y esbelta galaría, y entre los intercolumpios de ésta se veían las estatuas de los reyes Recaredo y Wamba, y entre éstas, en otro intercolumpio, la de San Hermenegildo.

Este arco, la galería, el friso que continuaba alrededor de las torres, y las almenas, todo estaba ornamentado, labrado, calado, afiligranado, determinando un conjunto encantador, un efecto *sui generis*, del que sólo puede formarse idea recordando el frontispicio de la catedral de Toledo.

En el muro reentrante que enlazaba las dos torres, se veían dos ajimeces, sobre una bellísi-

ma repisa, bajo un lujosísimo doselete, una estatua de Nuestra Señora con el Niño Jesús en los brazos.

A los dos lados de esta imagen, sobre repisas y bajo doseletes, resaltaban los excusones de Castilla y de León, sostenidos por pequeños dragantes.

Bajo esta ornamentación, en fin, se veía la graciosa ojiva abocinada, ajunquillada, caprichosamente labrada del pequeño arco que constituía la entrada; pero no tan pequeño que no pudiese pasar francamente por él un hombre de armas con la lanza alta.

Este pórtico torreado se apoyaba en dos ásperos y fuertes lienzos de muralla, terminando en dos torres.

La que miraba al Norte sobre el Esgueva era gigantesca, ornamentada con matacanes y nidos de golondrinas ó cubos colgantes, que hacían que la parte superior de la torre tuviese el aspecto de una rica diadema.

Esta torre era la del Homenaje y dominaba el alcázar y el Alcazarejo, correspondiendo por la parte de adentro al gran patio de honor, sustentado por gigantescas arcadas góticas de lujosa labor.

Otro patio al interior, rudo y sin ornamentación alguna, contenía las bodegas y los graneros, donde el rey guardaba sus tercias.

Los departamentos del patio de Honor eran lo que podía llamarse la casa del rey, que correspondía á la torra del Homenaje, y aparte de los dos lienzos de muralla que en esta torre se apoyaban; esto es, la gran cámara del Trono que ocupaba todo el espacio de la torre, las cámaras del rey y de la reina con sus dependencias, las habitaciones de los infantes y las de la servidumbre del interior.

A la parte de Occidente estaba la Capilla Real, hermoso templo, con la advocación de San Ildefonso, las estancias de los capellanes reales, y por último, alrededor del patio, las de los altos funcionarios de la corte.

En el piso bajo estaban las caballerizas, la armería y las habitaciones de la baja servidumbre, inclusa una gran cuadra donde habitaban los soldados de la guardia inmediata del rey, ó ballesteros hidalgos de maza.

El Alcazarejo era una fortaleza ruda, maciza, que no contenía dentro de sí más que las habitaciones del alcaide, las caballerizas, la armería y las cuadras de los hombres de armas.

El patio era una especie de arsenal en que se veían los que entonces se llamaban ingenios de guerra, esto es, arietes, catapultas, balistas y escalas de todas dimensiones.

Aquello era, como si dijéramos, el tren de batir rudo, pesado é insuficiente de aquel tiempo en que aún no se había aplicado la pólvora á la guerra.

El alcázar mayor, el Alcazarejo y la Abadía de San Benito, constituían lo que podía llamarse la parte fuerte del Valladolid de entonces.

Digamos lo que entonces era Valladolid.

Su periferia, bastante más reducida que la de hoy, estaba contenida por una muralla que partía del alcázar, seguía hasta la puerta de Nuestra Señora, llamada después de los Aguadores ó postigo del Río, continuaba por delante de los Arcos de Benavente hasta el Pisuerga y Puente Mayor, en cuyo centro se alzaba una torre fortísima para defensa de la puerta llamada del Puente; seguía el muro por detrás de la iglesia de San Nicolás y Rondilla de Santa Teresa, internándose en la huerta de los Dominicos, de San Pablo, y de allí se prolongaba hasta la puerta de San Benito, á la que se había dado tal nombre por su proximidad á San Benito el Viejo: torcía después la muralla hacia las Cuatro Calles, se prolongaba hacia el lugar donde hoy está la Audiencia, frente á San Pedro, y de allí partía á la puerta del mismo nombre, llegaba á la antigua Cruz del Prado y puerta de San Martín, y sobre el Esgueva iba á la ermita de la Magdalena, dejando fuera de la población el monasterio de las Huelgas; desde allí, cortando lo que hoy es huerta del antedicho monasterio y cruzando la calle Real de Burgos, llegaba á la puerta de San Juan Bautista, que estaba situada en el centro de la plazuela de este nombre; seguía á espaldas del convento de la Merced por la calle Real á la de Herradores, á cuyo fin estaba la puerta de Santisteban protegida por un fuerte castillo con foso y barbacana; de allí iba el muro á la Ronda de San Antón y puerta de Teresa Gil; continuaba hasta el Esgueva y marchaba paralelamente á este río hasta la puerta del Campo, hoy Arco de Santiago; cortaba la Ronda de San Lorenzo, dejando dentro de sí la ermita de este santo; seguía hasta el postigo de San Llorente, y por el puentecillo de la Cárcel de la ciudad, llegaba á la puerta de Aguadores, pasando por el Espolón y uniéndose á la Abadía de San Benito.

Este nuevo recinto, que se terminó en el rei-

nado de Sancho IV, había dejado dentro de sí gran número de edificios notables que estaban antes extramuros, de tal manera, que además de las iglesias de San Julián y San Pelayo, Nuestra Señora de la Antigua, Santa María la Mayor y San Nicolás, que existieron ya en tiempo del conde don Pero Ansúrez, se había edificado la de San Miguel, y con el ensanche dado á la villa quedaron dentro de su recinto las ermitas de San Lorenzo, Santiago, el Salvador, San Esteban, la Magdalena, San Martín, San Benito el Viejo y los monasterios de Templarios, San Francisco de Asís y padres dominicos de San Pablo.

Todavía quedaron fuera de la población las ermitas de San Andrés, la de San Juan Bautista, que era la iglesia de los Templarios, la de Nuestra Señora de la Peña de Francia, la de San Pedro, y los monasterios de Santa Clara, Santa María la Real (Huelgas) y San Quirce, que, con el nombre de Santa María de las Dueñas, existía en esta época fuera del Puente Mayor.

La mayor parte de estos santuarios fueron convirtiéndose con el aumento de la población en parroquias, tales como hoy existen, reconstruyéndose y transformándose en iglesias bastantes para contener á un crecido número de fieles.

Desde el momento en que los reyes de Castilla habían considerado como su corte predilecta á Valladolid, esta población había adquirido una grande importancia.

Sancho el Bravo había fundado en ella una Universidad; el municipio había dado un grande impulso á los antiguos hospitales de Todos los Santos; de Santa María, hoy de Esgueva, fundados por el conde don Pero Ansúrez y por doña Elo, su mujer; al fundado en la calle de los Herradores por don Pedro Miago, mayordomo de la casa de dichos condes; al de la Corredera de San Pablo, al de San Pedro Mártir; al de don Nuño Pérez y al de San Bartolomé, que estaba fuera de la población, en el sitio que ocupó el convento de este nombre.

Las largas permanencias de la corte en Valladolid habían aumentado la población de esta villa y dádola ese carácter heterogéneo de todas las cortes, cuya población puede decirse que es de aluvión.

El estado de guerra continua en que entonces se encontraba Castilla, había hecho que Sancho IV fortaleciese su corte con un fuerte muro y la ensanchase.

Las escuelas de la Universidad habían traído de todas partes estudiantes.

Los grandes señores que tan pronto se adherían al rey como se separaban de él convirtiéndose de amigos en enemigos, habían aportado á Valladolid cohortes de aventureros, muchos de los cuales, encontrando acomodo en la población, se establecían en ella bastardeando con sus licenciosas costumbres las antiguas y sencillas costumbres de la villa.

Crecían los monasterios con las donaciones de príncipes y magnates, y aun con las limosnas de los vecinos, y la caridad de los frailes había atraído sobre Valladolid una nube de hampones.

En aquellos tiempos todo era rudo: la civilización no había aportado á las poblaciones las comodidades de hoy; el gobierno no había pensado en la policía ni en en los serenos, ni en las autoridades callejeras que acuden hoy, si no á evitar una desgracia, á recoger á un muerto y á perseguir al homicida.

Entonces vivía cada cual por sus propios puños y por sus propios recursos.

Las calles no estaban empedradas, ni había alcantarillas, ni alumbrado público, supliendo en algunos lugares esta falta las candelillas de los nichos en que la devoción de los vecinos había puesto una santa imagen.

Fuera de estos lugares, las tinieblas eran densas, excepto en las noches en que la luna se encargaba de alumbrar gratis.

Las calles, si no todas, la mayor parte de ellas, se cerraban con cadenas; pero éste era pequeño inconveniente para la gente maleante, que por debajo de las cadenas se escurría.

El estudiante hampón, el aventurero, el licencioso, rondaban de noche por Valladolid en busca de malos hechos, que no eran todos del mismo género; porque si los unos iban á robar el sosiego y el honor de las familias enamorando de mala fe á doncellas y casadas, los otros iban á desvalijar á estos ladrones de honra, que generalmente iban provistos de dinero.

No había, pues, seguridad de noche en cuanto cerraban las tinieblas en la calles de Valladolid, por más que los merinos rondasen con sus alguaciles, que eran evitados por la gente de mala vida.

Los conspiradores se agitaban también entre las tinieblas, de manera que tal y cual señor que de día pasaban el uno junto al otro sin saludar-

se y al parecer enemistados, juntábanse de noche en algún cementerio, amparándose de la quietud y el olvido de las tumbas para conspirar de mancomún y sin ser sentidos contra el rey.

Valladolid hervía de día en gente; de noche se arrastraban por él entre las sombras reptiles.

Las costumbres se habían corrompido, había crecido el lujo, corría el dinero, y sin embargo, el malestar era amenazador, todo andaba en desgobierno, todo revuelto, y los que sufrían no sabían á qué achacar el mal que les aquejaba.

Decíase por todos:

—¿Cómo es que viéndose por todas partes tanto boato, tanta tela de oro, tanto caballo empenachado y ricamente encubertado, tanta gente que se divierte y gasta, los mercaderes no venden ni los jornaleros trabajan y todo el mundo se queja?

Esto verdaderamente no podía explicarse sino por aquello de que no tenían dinero más que los que manejaban la cosa pública, que eran los bastantes para constituir aquella lujosa comparsa que determinaba el aparato de la corte.

Los campos estaban yermos, los cereales caros, el pueblo hambriento y desesperado, devorado por esas eternas sanguijuelas de los Estados que viven á costa de la sangre de los pueblos, que se van quedando escuálidos.

Valladolid, pues, tenía en 1298 un aspecto singular, heterogéneo, discordante: de una parte lujo, ostentación, fiestas; de otra, miseria, sufrimientos, desesperación, un número inmenso de traidores y otro número mucho mayor de gentes de mal vivir dentro de sus muros, y por base de todo esto, un pueblo que agonizaba, que veía con cólera los saraos y las justas y las fiestas de los poderosos, y que volvía anhelante su vista á su reina, á su buena reina doña María, buscando en ella el remedio de sus males.

¿Pero qué podía hacer la reina, si era una mártir á la par que su pueblo, si por todas partes adonde volviese los ojos para buscar hombres que la ayudasen en el gobierno, no encontraba más que miserables y traidores, siempre insaciables de oro y mando?

Valladolid, pues, era una especie de campo de batalla donde se debatían ambiciones, donde se agitaban intrigas, donde se temía á cada momento una rebeldía armada, donde todos se preguntaban dudando: ¿Qué sucederá mañana? ¿Qué será de nosotros?

Y luego la carestía; y la peste negra vagando alrededor de Valladolid.

CAPÍTULO II

EN QUE SE SABE QUIÉN ERA EL APARECIDO

Volvamos á la cámara del alcázar mayor que indicamos al principio del antecedente capítulo.

Era la cámara de la reina.

Las altas paredes estaban revestidas por una tapicería de cuero de Córdoba estampado, y sobre este cuero de color de avellana resaltaban los junquillos, los arabescos, las mil caprichosas combinaciones del gótico unido al árabe: dorado, bruñido, matizado, todo este adorno constituyendo una decoración admirable.

En tres de los lados había dos ajimeces esculpados, caprichosamente labrados, dorados y pintados, cerrados por grandes vidrieras de colores.

En el otro lado había dos puertas semejantes en su ornamentación y en sus lineamientos á los ajimeces.

La una correspondía á la antecámara, la otra á las habitaciones de paso á la gran cámara de Honor ó del Trono, y por ella á las habitaciones del rey.

Los ajimeces que estaban frente á estas puertas daban sobre el Esgueva, que corría turbio y silencioso al pie del muro.

Entre estos ajimeces, entre estas puertas, había grandes pinturas en tablas representando mártires.

El techo era una soberbia ensambladura cónica gótico-árabe, y de su florón central pendía una lámpara de tres brazos de hierro cincelado y dorado.

Una gruesa alfombra moruna, altos sillones de roble tallado con asientos y respaldo de cuero de Córdoba estampados de oro, una mesa con tapete de faldas de terciopelo rojo, blasonado con las armas de Castilla y de León, y sobre esta mesa un magnífico tintero de pórfido y plata, algunos libros, algunos papeles y un candelabro de hierro en que ardían cinco bujías de cera, he aquí el mueblaje de la regia estancia.

Uno de los ajimeces que daban sobre el Esgueva estaba abierto, y en su calado mirador, volado sobre el muro, se apoyaban dos jóvenes de distinto sexo.

Era ella una deliciosa rubia como de diez y siete años, hermosa y vestida de blanco, pero no

con tela de lana, lo que hubiera constituído luto, sino con tela de seda de aquel buen damasco labrado que traían á Medina del Campo y á Valladolid los mercaderes moros de Granada.

En la orla de esta ancha túnica, de descote cuadrado y de anchas mangas perdidas, se veía un filete de oro; una camisola de finísimo lino se cerraba en la mórbida garganta de la joven, y sobre esta camisola caía en dobles vueltas un collar de cuentas de oro macizo, lo que para aquellos tiempos era un gran lujo.

Esta joven tenía agrupados sobre la cabeza y de una manera bellísima, en trenzas, el cabello, y en la parte posterior del peinado llevaba como prendida una media diadema de oro de infanzona, lo que revelaba en la joven una alta nobleza.

La otra persona que en el mirador estaba, era un joven como de veinte años, hermoso, blanco, pálido, imberbe, con grandes ojos negros, gran cabellera negra y rizada, y por traje una especie de corpeto de brocado con descote cuadrado y mangas de túnica abiertas que dejaban ver debajo otras mangas de damasco rojo, ajustadas al brazo.

El corpeto dejaba ver bajo su ceñidor una especie de falda abierta por los costados y de muy poco vuelo, cuyo largo no pasaba de las rodillas, con briscadura de oro en sus bordes.

Concluían, por último, el traje del joven, calzas morunas atacadas de finísima grana y borceguíes de terciopelo granate, de larga punta retorcida, con arillos de oro en los talones, que producían al andar un ruido semejante al de sonoras espuelas.

Era una transacción del caballero que no quería perder su ruido característico con los briales de seda de las damas de palacio, que hacían de las aceradas esquelas un inconveniente.

Llevaba el paje, que tal era, sobre el pecho el blasón de Castilla como en homenaje á la reina, su señora, y en la punta derecha de la falda de su túnica, por delante, un escudo con corona de conde en campo azul, con banda diagonal de sable y oro, lo que representaba la alta nobleza del mancebo.

—Pues dígoos, señor Alvaro—decía la joven —que no tardará mucho en llegar el músico; y á fe á fe, que canta como un pájaro, y tan melodiosamente, que yo siento estar dormida cuando viene y saber después que ha venido, por lo que me han dicho mis amigas; ya se ve, como que yo siempre estoy al lado de su señoría, y su señoría está siempre tan pensativa, tan triste, y no habla dos palabras, y unas veces se pone á escribir y no lo deja, y otras á rezar en su libro de horas; yo me duermo.

—Por de contado que ese pájaro nocturno viene por vos—contestó Alvaro—, porque, sin duda, sabe que vos estáis siempre al lado de la reina.

—No se sabe por quién viene, hermano celoso—contestó la joven—; pero no puede ser por mí, porque el músico habla en sus trovas de una hermosa imposible, y ya veis que yo no soy un imposible.

—A no ser, doña Mencía, que el tal hombre sea plebeyo.

—No lo parece.

—¿Le conocéis?

—Le vi una noche en la otra orilla apoyado en la barbacana del puente, que es donde se pone; hacía luna, y la luna le relumbraba en el traje y en un joyel de la gorra, en la que llevaba plumas de garza real.

—Buena vista tenéis, doña Mencía; porque de aquí á la barbacana del puente del postigo hay alguna distancia.

—Gracias á Dios, tengo muy buenos ojos.

—¡Oh, hermosísimos! Ojos de cielo.

—No digo yo, señor Alvaro—contestó la joven con una encantadora modestia—, que mis ojos sean buenos por hermosos, sino por lo bien que ven, y para demostraros que á la distancia que hay desde aquí á la barbacana del puente he podido ver, por el traje del músico, que era un muy principal caballero; de lo que resulta que yo no puedo ser el imposible de que él se queja.

—¿Y si él fuera hombre casado ó caballero de orden profeso?

—No vendría entonces á cantarme, porque sabría que era cantar al aire, y se exponía á que mi tío le hiciera adobar de lo lindo á palos por sus escuderos.

—Don Juan Núñez, vuestro tío, anda demasiado entretenido con sus negocios.

—Pero siempre le quedaría tiempo para mandar que castigasen al que se atreviese á insultar á su sobrina; no soy yo, pues, el imposible del músico.

—¿Y quién creeis que sea, doña Mencía?

—Yo no creo en aquello que no veo ni toco,

salvo Dios; pero me figuro que ese imposible es muy alto.

—¡La reina!

—¿Pues qué otro pudiera ser el imposible de un tan gran caballero como aparenta ser el músico?

—Alguna de las damas casadas de la reina. Doña María de Haro, la esposa del infante don Juan, que ahora vive en el Alcázar.

—Pero viven del otro lado, y el músico se viene á cantar siempre al pie de los miradores de la reina.

—Pues siento haber estado enfermo y no haber podido venir por lo mismo á la cámara de la reina mi señora, y no saber por consecuencia lo que sucede, que de no, ya hubiera yo castigado al músico irreverente.

—Pues no es esa la sola cosa extraña que pasa en el Alcázar.

—¿Pues y qué más sucede?

—Callad, me estremezco só de acordarme; en el Alcázar hay aparecid .

—¡Aparecidos!—exclamó con cierto espeluzno el paje, porque en la Edad Media se creía á pie juntillas en aparecidos, en trasgos, en duendes, en brujas y en vestiglos; ¿pero qué os ha sucedido, doña Mencía?

—Nada, nada; no lo puedo decir; no me atrevo.

—Y si no lo podeis decir, ¿por qué me habéis hablado de aparecidos?

—Se me escapó; pero no he dicho nada.

—Habéis dicho bastante para que yo insista y os suplique.

—Pues no insistais, porque nada alcanzaréis.

—Entonces no me amais.

—¡Que no os amo yo, Dios mío, y me he estado muriendo todo el tiempo que habéis estado enfermo!

—Y si tanto me amais, doña Mencía, como lo ha menester mi deseo y el propósito que tiene vuestro tío y mi madre de casarnos, ¿por qué tenéis secretos para mí?

—¡Ah! porque he sido amenazada.

—¡Amenazada! ¿y por quién?

—Por el aparecido.

—¿Pero estais segura de que era un aparecido lo que habéis visto y no una persona en carne y hueso?

—¡Oh, Dios mío! ¿y qué persona en carne y hueso había de andar á la media noche por la galería de los Infantes en hábito de monje benedicto, llevando bajo el hábito una armadura?

—¿Todo eso vísteis?

—Y mas aún.

—¿Y qué más vísteis?

—Que el apetecido no tenía mano en el brazo derecho.

—¡Oh doña Mencía, y qué singularidad!

—Terrible, señor Alvaro, terrible: vamos, os lo voy á decir, pero guardadme el secreto.

—Os lo guardaré.

—Pues habéis de saber, que anoche su señoría la reina estuvo mucho tiempo en consejo con el conde de Benavente, y con el maestre de Calatrava, y con mi tío, y con el infante don Juan, y con don Diego López de Haro: yo estaba sola en la antecámara, y por librarme de las importunidades de Garcerán de Cobarrubias, que anoche servía, me fuí á un rincón y me amparé de la dueña doña Mayor; y como la buena señora tiene una conversación tan pegajosa, tan pesada y tan necia, sin poderlo remediar me dormí. Despertáronme no sé cuándo, y me dijeron qu la reina me llamaba: entré, encontré sola á su señoría, que se fué conmigo á su oratorio, allí estuvimos rezando más de media hora, después, la reina fué como de costumbre á ver si dormían bien y á besarlos en la frente á los infantes, luego se volvió á su dormitorio, la desnudé, se acostó, y me mandó que me retirase; por ahorrar camino, tomé por la galería de los Apóstoles: a l entrar en ella oí las campanas de San Benito que tocaban á maitines, señal de que era la media noche; me dieron algún pavor las campanas, porque me pareció que no sonaban como otras veces y seguí adelante. De improviso oí un ruido extraño; me detuve sobresaltada; me pareció como que se abría el muro, y que por la abertura salía una sombra negra. En efecto, no me engañaba: apareció un monje que traía una lámpara en la mano. Se volvió á cerrar la pared, y los cuatro pasos que el monje dió hacia mí, sonaron como los de un hombre armado de los pies á la cabeza; yo estaba inmóvil, y debía parecer pálida como una muerta; porque el aparecido me dijo:

—No os asusteis, ningún mal voy á haceros: pero ¡ay de vos si revelais que me habéis visto!

Y al decir esto, levantó su brazo derecho, se arrolló la manga de su túnica, vi que aquel brazo no tenía mano, dí un grito y escapé sin saber cómo. Cuandovolví en mí me encontré á la puer-

ta del aposento de las doncellas nobles de su señoría.

—¡Ah! os guardaré el secreto, doña Mencía, os lo guardaré—contestó Alvaro—; pero guardándole puedo muy bien rondar por la galería de los Apóstoles; por allí están los cuartos de las mozas de palacio, y bien puede creer, si viene el aparecido, que no es á él á quien yo rondo, sino á una de ellas.

—¿Y tendréis valor, señor Alvaro?

—Mirad, doña Mencía, no me hacen mucha gracia los aparecidos; pero á mí me parece que el que visteis no era un aparecido, sino un hombre de carne y hueso que bajo el hábito llevaba una armadura.

—¿Pues no os digo que salió por la pared?

—Por lo mismo digo que no es aparecido; porque los aparecidos no entran ni salen por ninguna parte, sino que se aparecen de repente, y desaparecen convirtiéndose en aire; y los aparecidos no llevan luz, porque ven sin luz, y no se aparecen más que á las personas que quieren, y esto para pedirlas algo; y claro es que ése que vos creeis aparecido está muy lejos de serlo, puesto que os amenazó con algún daño si revelábais que le habíais visto.

—¿Pero cómo puede un hombre atravesar las paredes?

—He oído decir á mi madre y á algunos viejos amigos suyos, que cuando el rey don Alfonso empezó á labrar este alcázar, mandó á los alarifes pusiesen en el, aquí y allá, varios pasadizos, escaleras y puertas secretas, porque ya andaba en rebeldías contra él su hijo don Sancho, y se precavía para un día en que se viese obligado á huir de asechanzas.

—¡Ah! ¿y creéis que ese hombre haya entrado en la galería de los Apóstoles por una puerta oculta?

—Tanto lo creo, que de mañana no pasa el que yo averigüe dónde está esa puerta; mucho será que no vaya á parar á la Abadía de San Benito ó al Alcazarejo.

—Mirad lo que haceis, no os sobrevenga algún daño.

—Los de mi casta nunca han huído el peligro cuando ha sido necesario servir á sus señores; no han sido como los de la vuestra, y perdonad que os lo diga, doña Mencía, porque vos lo decís lo mismo que yo cuando veis lo que con la reina hace don Juan Núñez de Lara el viejo, vuestro tío.

—Verdad es, señor Alvaro, verdad es; cuando se conoce á la reina, lastima ver que todos no la aman y la sirven, y hay que volverse contra nuestros propios parientes, que tan pronto están de esta banda como de la otra, y hoy sirven á su señoría, y mañana la acometen y la estrechan y la ponen condiciones, y medran á costa suya; pero os lo repito: no hagais de manera que os venga algún mal, porque lo sentiría mucho.

Interrumpió á este tiempo la conversación de los dos jóvenes el sonoro y vibrante puntear de un laud que provenía de alguna distancia á los pies del muro.

—Ya le teneis ahí—dijo doña Mencía—: se está punteando mucho tiempo, sin duda para llamar la atención, y luego canta: y mirad qué bien que puntea; le hace hablar al laud: si la noche no estuviera negra como boca de lobo, si hiciera luna, veríais cómo le relumbraba el traje y cómo brillaba el joyel de su capacete, y cómo el vientecillo de la noche agitaba las tres plumas de garza real.

—Pues mejor; las noches oscuras son buenas para andar á estocadas; yo os juro que como se lleve mucho tiempo punteando antes de cantar, no canta.

Y el paje se metió violentamente para adentro.

—¿Qué vais á hacer?—dijo siguiéndole doña Mencía, pálida y cuidadosa—; mirad que no sabéis si ese hombre tiene gentes que le guarden las espaldas.

—Iréme yo por lo mismo con cuatro de mis escuderos, y allá nos veremos.

—¿Dejáis sin licencia el servicio de su señoría?

—Castígueme en buena hora su señoría con tal de que yo castigue al insolente que se atreve á dar música bajo sus miradores.

Y Alvaro salió de una manera violenta.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó doña Mencía con una ansiedad que revelaba claro cuánto amaba al paje—; ¡amparadle!

En aquel momento, por la puerta que conducía á la cámara del trono y á las habitaciones del rey, apareció la reina, y adelantó en paso lento, pálida, pensativa, silenciosa.

Continuaba el puntear del laúd.

La reina llegó á la mesa, y se sentó como cansada en el sillón colocado junto á ella.

—Mencía—dijo—, retiraos, recogeos, dad orden de que se recojan todos; yo no me recojo; buenas noches.

—Dios dé muy buenas noches á vuestra señoría—contestó la joven.

Y salió murmurando:

—¿Esperará al aparecido? Dios quiera que al cruzar la galería de los Apóstoles no me encuentre yo con él.

La joven salió.

La reina permaneció inmóvil, apoyada un brazo en la mesa, en la mano la cabeza, la mirada abstraía, fija, como vuelta á su pensamiento.

El puntear del laud continuaba.

De improviso cesó, sonó un gemido sonoro, como si el laúd hubiese sido roto, y á seguida estridente crujir de espadas.

La reina se levantó, se volvió hacia donde sonaba el ruido, vió el ajimez abierto, y se volvió á él.

Adelantó y le cerró.

El ruido de las armas, en vez de amenguar, había crecido.

—¿Será ésta una nueva traición?—exclamó la reina—; el combate cunde; pero se aleja, se aleja, se pierde entre el silencio.

La reina permaneció algún tiempo escuchando.

—Nada, nada—dijo—; ya es todo silencio y calma; alguno de mis leales servidores que ha acometido á ese insolente infante de Aragón que me tiene tan en poco, que cree que puede enamorarme con músicas y galanteos. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué martirio tan continuado y tan sin esperanza de remedio! ¡y Guzmán! ¡Guzmán que no viene!... ¡Ah! es verdad; está allá en el Andalucía con la vista fija en Tarifa para que no la venda al rey moro, mi buen tío don Enrique; ¡y cuánto tarda ese conde don Lope, cuánto!

Como si las últimas palabras de la reina hubieran sido una invocación mágica, en la puerta que conducía á la camara de Honor apareció un monje negro que adelantó lentamente, llegó hasta la reina, hincó una rodilla, la besó la mano, se alzó, echó atrás su capucha, y dejó ver la cabeza calva y el semblante grave, sombrío, del conde don Lope Díaz de Haro.

CAPITULO III

EN QUE SE DA UNA LIGERA IDEA DE LO QUE ERA LA GENTE NON SANCTA DE ENTONCES

El paje había salido rápidamente de las habitaciones de la reina á la galería principal del gran patio de Honor, había recorrido la galería hasta un ángulo opuesto, y en el departamento de los pajes de la reina se había metido en su aposento y había dicho á un viejo escudero que en él estaba:

—Pronto, Nuño, cíñeme el jaco dorado que dió á mi padre el rey de Granada; dame la espada Tajadora, una adarga y un manto, busca á Diego, á Llorente, á Mendo, y tú con ellos, y armados todos, venid al momento.

Nuño descolgó de una manoplia una especie de coracina aovada, forrada de brocado de oro labrado con bellos arabescos, que era lo que había llamado jaco Alvaro, la puso sobre el pecho y la espalda del joven, la enhebilló, ciñó á su amo una espada ancha y corta, le dió una adarga de cuero redoblado, á manera de broquel, le puso en la cabeza un capacete árabe de acero el interior, y el exterior brocado con amatistas, granates y esmeraldas, le echó sobre los hombros un manto rojo á manera de dalmática ó clámide, y salió.

Poco después volvió con tres hombretones armados hasta los dientes.

—Conmigo—dijo Alvaro á sus servidores.

Y salió.

Era temprano, aún la campana del Alcázar no había dado la señal del toque de queda ó cubre fuego; por lo mismo no se había alzado aún el puente levadizo, ni se había cerrado la puerta de Nuestra Señora, inmediata al Alcázar.

El joven, con sus cuatro escuderos, tomó por el barrio de Reoyo y por la calle de Garcimontes, hasta salir por la puerta de Nuestra Señora, fuera de la ciudad, y luego por la puertecilla de San Llorente, pasó al otro lado del Esgueva, siguió hacia el Alcázar, y llegó al fin á la barbacana del puente del Postigo, en la cual continuaba punteando el músico nocturno.

Alvaro, al estar á poca distancia de este, tiró de la espada y se lanzó sobre él exclamando:

—Yo os escarmentaré, hermano ruiseñor, para que no volváis á ofender con vuestros necios gorgeos á las damas del Alcázar.

Y soltó un tan formidable tajo al músico, que éste no encontró otro medio que repararse con el laúd, que del furioso golpe vino al suelo.

Inmediatamente, el músico, que indudablemente no era manco ni corto de resuello, tiró de la espada, y gritó acometiendo á su vez al que le había acometido:

—¡Oh, los míos! ¡á mí, que vienen muchos!

Y de las inmediatas callejas del arrabal de los Molinos, que se extendía hacia el Pisuerga, salieron algunos hombres armados, que emprendieron á cuchilladas con las gentes de Alvaro, que no se hicieron atrás; antes bien, se trabaron de tal manera con los del músico, que produjeron aquel áspero estridor que hizo temer por un momento á la reina que una nueva rebeldía hubiese brotado al pie mismo de los muros de su Alcázar.

Fuertes, bravos y diestros los combatientes de la una parte y los de la otra, bien armados y apercibidos todos, sin llevarse ventaja y arremolinados, hubieron de meterse por la calleja más inmediata al arrabal de los Molinos.

Este arrabal le componían dos calles largas y tortuosas con dos aceras de casas.

La una de estas calles se llamaba de la Santa Cruz, por una magnífica de piedra bizantina que se alzaba en una especie de plazuela que existía en la parte media de la calle.

Por encima de las casas raquíticas de esta plazuela, se alzaba una gran masa de piedra con botareles y pirámides crestadas y una bellísima torre: era éste el monasterio de padres descalzos de San Agustín.

La otra calle se llamaba de Mari-Ponce, por una molinera buena moza y muy rica que la había construído, tomando á censo el terreno de los padres agustinos.

A los costados de estas calles y al extremo de ellas, había hermosas huertas regadas con las aguas del Esgueva y del Pisuerga, y en la margen de este último río, desde el puente Mayor hasta medio kilómetro de distancia, se veía una sucesión de molinos que daban nombre al arrabal.

La vegetación era fresca, pomposa y lozana, como acontece en las riberas; el agua es la sangre del árbol: podía decirse que el arrabal de los Molinos estaba entre jardines naturales.

Toda la parte que hoy ocupan el Espolón y el paseo de Las Moreras era fructífera, frondosa, encantadora; mayo había vestido de verdor la tierra y los árboles.

Los estudiantes, los aventureros, los entretenidos, la gente alegre, se salían á bandadas por la puerta del Puente ó por la de Nuestra Señora, para ir a solazarse en las huertas del arrabal de los Molinos, y acontecía muchas veces que, entretenidos en sus devaneos, sentados en las largas mesas de los figones apurando la orgía, se les pasaba el tiempo, sobrevenía el toque de cubrefuego, se cerraban las puertas, y toda aquella turba maleante de ambos sexos se quedaba fuera, lo que venía muy bien á los dueños de los merenderos de las huertas, de los molinos y de los figones del arrabal, porque continuando la broma continuaba el gasto.

Se contravenía á las ordenanzas que determinaban que á cierta hora todo el mundo estuviese recogido en su casa; pero los merinos se guardaban muy bien de hacer cumplir las ordenanzas en el arrabal, porque acometido por la justicia uno de los contraventores, todos los demás hacían causa común con él, y como todos eran gente brava, ellos y ellas, alcaldes y alguaciles salían muy mal parados, por lo que habían dejado en libre franquicia el arrabal, haciendo, como suele decirse, la vista gorda, para dejar bien puesto el principio de autoridad, no comprometiéndolo.

Siempre ha sido así el pueblo español; bueno, sensato, pero resistente á toda presión, que ha sufrido siempre muy mal y que no ha podido durar mucho tiempo: éste es el país clásico del *se guarda y no se cumple,* el país conservador de sus tradiciones y de sus libres fueros y costumbres, el gran país que dentro de sí se agita en largas luchas civiles, en largas contiendas de partido, pero que á la invasión del extranjero se levanta á combatir como un solo hombre de honor, valiéndonos de la expresiva frase del prisionero de Santa Elena.

Por las razones antedichas, en cuanto en las sinuosidades de la calle de Mari-Ponce resonaron las cuchilladas, se aumentó rápida y progresivamente el número de los acuchilladores.

En la calle de Mari-Ponce había cuatro ó cinco figones atestados de gente brava, que se quedaron vacíos en cuanto penetró en ellos el primer retintín de las espadas.

Lo primero que se les ocurrió á estudiantes, hampones, rufianes y gente alegre, fué que algunos de sus semejantes habían sido acometidos por el merino del arrabal, y esto era más de lo que podía tolerarse.

¿Quién metía al merino en honduras? ¿Ni cómo se atrevía á medirse con gente de espada?

Pero cuando acudieron y vieron de cerca que había en el juego broqueles y armas defensivas y que no se oían las voces, aquí de Dios y del rey, favor á la justicia, cayeron en la cuenta de

que se habían equivocado, y un bachillorote de derecho civil gritó con voz estentórea:

—¡Alto ahí, infanzones de la Hampa, y los que no lo son! ¡cuerpo de Judas! qué equivocados estamos, y no hay aquí merino ni cosa que lo valga: ténganse todos, digo, que aquí hay gente de letras y de puños, que por derecho ó por espada pueden dirimir la contienda.

Fuese que á causa de la oscuridad de la noche lidiasen, revueltos, de mala gana los combatientes, ignorando si se herían á sí propios ó al enemigo; fuese que la prepotente voz del bachiller hubiese ejercido sobre ellos cierta influencia, el caso fué que cesaron las cuchilladas y se bajaron las espadas, si bien no se envainaron.

Los del cantor y los de Alvaro no podían evadirse, porque habían acudido de una parte y de otra de la calle tanto estudiante, tanto soldado de aventuras y tanto tuno, que estaban, por decirlo así, presos.

—¡Aquí, luces, aquí! ¡que vengan aquí todos los candiles, todas las candelillas y todas las luces del barrio!—exclamó el bachiller *-fiat lux videamus.*

Y como por ensalmo, aparecieron candiles y faroles que reflejaron de improviso en las galas del músico y en el luciente capacete y en la brillante coracina del paje Alvaro.

Los arneses de los escuderos de entrambos lanzaban un brillo sombrío.

—¡Ah! cuestión de caballeros—dijo el bachiller, que era agigantado y con una marcadísima expresión de pillo redoblado—: dama anda de por medio, y no de chapín liso, sino de alto coturno, que por menos no se combatirían estos señores.

—¿Quién sois?—dijo con altanería el músico al paje.

—Yo me llamo Alvaro de Estúñiga—contestó este último—, sobrino por parte de mi madre del conde de Benavente y paje de la reina, mi señora: ¿y vos quién sois?

—¡Yo!...—exclamó el músico y se detuvo—yo soy quien soy.

—Pues mirad no os saque yo el nombre á estocadas—contestó Alvaro.

—Téngase—exclamó el bachillerote metiendo una descomunal espada que tenía en la mano entre Alvaro y el músico—; ténganse, que aquí somos más que vosotros, y puesto que la aventura ha venido rodada y que cada cual se fastidiaba por no saber qué hacerse, entretengámonos con lo que sobreviene: ¡sus todo el mundo! A casa de la Marilinda, que allí hay una cámara grande donde cabe un ejército, y jarro en mano, aclararemos lo que esto es, y daremos la razón á quien la tenga: conmigo, señores del Hampa; que no se nos vaya ninguno de estos hidalgos.

Y sin que pudieran valerse Estúñiga ni el músico, ni los suyos, envueltos por aquella tromba de locos que pasaban de ciento, fueron arrastrados y metidos por el portalón de una casa poco distante, á cuya puerta se puso por orden del bachiller, que á lo que se veía tenía una gran influencia sobre aquella gente, una guardia con el encargo de que dejasen entrar á todo el que llegase, y que no dejase salir á nadie.

Al olor de aquella aventura acudió toda la gente que en el arrabal se divertía, y que era mucha.

El número de las ellas sobrepujaba con mucho al de los ellos, porque cada una de aquellas damiselas llevaba adjunta su vieja con el especioso pretexto de tía ó de madre, porque ni madres ni tías eran, aunque lo fuesen las que á tales lugares llevaban á sus hijas ó á sus sobrinas.

La concurrencia nocturna del arrabal de los Molinos en aquellos tiempos, se parecía mucho á lo que hoy se admira en el centro de la corte, en el café Imperial.

Con el hierro que llevaban, como llevan ahora, los concurrentes, había lo bastante para blindar una fragata de á 75, é inútil era buscar entre todas aquellas gentes un hombre medianamente tonto; chispeaban todos los ojos, sonreían picarescamente todas las bocas, la desvergüenza brotaba de todas partes, y se sentía la necesidad de una red que copase á todos aquellos peces y los sacase del círculo social que contaminaban.

Pero eso sí; ellos y ellas eran todos gente brava y sin pena, espuma infecta, irremediable en todas las cortes, corte de los milagros, donde se espanta el que entra sin conocerla y se encomienda á Dios para salir de ella ileso.

Y allí también se reflejaba la guerra civil que afligía á Castilla; allí se representaban todos los partidos; había allí hombres que habían servido como pasto de matanza, ya á los unos, ya á los otros, dispuestos siempre á servir al que mejor les pagase y á exponer el pellejo, no por el señor, no por la causa, sino por el precio.

El músico estaba inquieto, terrible, se veía á

merced de toda aquella gente capaz de cualquier enormidad.

No estaba menos inquieto Alvaro de Estúñiga.

Aquellos malditos, aquellos estudiantes de la Hampa, aquellos buscavidas, aquellos soldados, le habían impedido cobrarse á estocadas del músico la audacia de éste, de venir a dar música bajos los miradores de la cámara de la reina.

Alvaro temblaba de coraje y estaba pálido como un difunto.

—No sé con qué derecho—dijose nos ha traído aquí, arrastrándonos, envolviéndonos.

—Os habéis metido en nuestra jurisdicción—dijo el bachicher—, y tenemos derecho de preguntar por qué nos habéis alborotado haciéndonos creer que sucedía alguna cosa grave. ¿No es verdad, compadres, que el que se entra así sin más ni más en el arrabal de los Molinos y le alborota, tiene que pagarla?

—Sí, sí, que la paguen, que la paguen—gritaron en coro y de una manera discordante todas aquellas bocas.

El músico sacó de su escarcela un repleto bolsillo y le entregó al bachiller.

Alvaro de Estúñiga no sacó nada, pero miraba sombríamente al bachiller y á sus compañeros con una expresión de reto.

—Pagados estáis ya—dijo el músico—; dejadnos ir.

—Cincuenta florines de oro del cuño de Aragón—dijo el bachiller con gran calma—; aquí vino, aquí cecina, aquí de todo lo que haya, *gaudeamus me fecit,* bebamos, comamos, bailemos, aniquilémonos gozando; ¡viva la Hampa! ¡viva el amor! Cincuenta florines de oro del cuño de Aragón, con lo que hay para divertirse hasta que suene la trompeta; vamos, vivo, Marilinda, haz que anden listos tus domésticos; en cada mano un jarro, en cada otra mano un tasajo; habien todos, chillen todos, canten todos, haga cada cual lo que quiera, éste es el gran día, aunque es de noche; porque, en fin, y no digo más sino que envainen sus espadas los que las tienen desnudas y vayan querellas al aire, que tiempo hay de matarse después de divertirse, que nunca muere mejor un hombre que cuando al darle una estocada le sale del cuerpo más vino que sangre.

Se armó un griterío y una zalagarda infernal: aquello era la orgía en todo su esplendor.

En vano Alvaro de Estúñiga y el músico querían evadirse.

Como los dos eran buenos mozos, jóvenes y con un grande aspecto de ricos y principales, estaban cercados, no por un enjambre de hombres, sino por un emjambre de mujeres; todas les ofrecían sus jarros, todas les miraban de una manera provocativa, todas les sonreían; hubo un momento en que sintieron una especie de vértigo y se creyeron en poder del diablo.

Aquello zumbaba, rechinaba, retronaba, rugía; lo peor de la sociedad de entonces les rodeaba; no había escape, había que sufrir todo aquello, estaba próximo el momento en que, recargadas las cabezas por el vino, sobreviniesen los insultos.

De improviso se oyó un gran tumulto en la puerta.

La guardia que el bachiller había puesto dió una oleada hacia adentro, y por el portalón de la casa arremetió un caballero armado.

Del otro lado de la puerta se vieron algunos jinetes.

El caballero llevaba casco de media bellota, capellina de mallas, una sobrevesta de paño negro, y bordada en seda, sobre ella, un águila rampante roja.

Montaba un corcel blanco con paramentos de mallas, embrazaba una fuerte adarga y mostraba terciada una robusta lanza.

Sobre el rostro llevaba un antifaz de seda.

Era, en una palabra, el caballero del Aguila Roja, esto es, Zayda Fatima.

¿Cómo estaba allí? Vamos á explicarlo en el siguiente capítulo.

CAPITULO IV

EN QUE SE EXPLICA LO QUE SE HA PROMETIDO EN EL ANTERIOR

Nos vemos obligados á retroceder al momento en que el conde don Diego Lope Díaz de Haro y Zayda Fatima, con sus aventureros, salieron de la Selva del Abrojo para ir á buscar los escondidos tesoros del conde.

En cinco días, en buenas jornadas llegaron al fin una noche á un lugar agreste á las orillas del Duero, á una profunda gruta cuya entrada estaba completamente cubierta por la maleza.

Rompieron los aventureros con sus hachas esta maleza, penetraron el conde, Zayda Fatima y algunos de los suyos con antorchas de tea que

llevaban prevenidas, y allá en un escondrijo de la gruta el conde dijo:

—Levantad aquí la tierra.

Cavaron un poco dos hombres con útiles que también á prevención llevaban, y á poco se descubrieron cinco piedras blancas que formaban una cruz.

—Aquí es—dijo el conde—; cavad con brío, porque está profundo.

Se cavó bravamente, y al cabo de media hora uno de los azadones chocó en hierro.

Quedaron al fin descubiertos dos cofres como de una vara de largo por media de alto y ancho.

Se sacaron fuera del hoyo á fuerza de brazos, porque eran muy pesados, y Zayda Fatima los forzó de un solo golpe cada uno con su maza de armas.

Aquellos cofres estaban llenos de bolsas de cuero que contenían cada una mil doblas de oro alfonsinas de las viejas, cuyo valor venía á ser en cada una el de sesenta reales de nuestra moneda.

Cada dobla de éstas valía treinta y ocho maravedises viejos de plata.

Contadas las bolsas, se halló que en cada arca había ciento cincuenta, es decir, trescientas mil doblas alfonsinas, lo cual montaba á unos diez y ocho millones de nuestra moneda.

Esto era un recurso que el conde había ocultado para en el caso de una confiscación ó de un suceso que le dejase ostensiblemente pobre, lo que demostraba que el buen conde don Lope Díaz de Haro, durante su privanza, había sido una bravísima sanguijuela del real erario.

Aquellas bolsas se distribuyeron para que las llevasen, haciéndoles cargo de ellas, á los aventureros, y es de admirar que ninguno desertó llevándose la parte que se le había entregado, que venía á ser para él un tesoro.

Volviéronse el conde y Zayda Fatima á Castilla, entráronse en Medina del Campo, y desde allí, Zayda Fatima escribió á la reina la carta siguiente:

"Señora: Don Gutierre de Silva, capitán aventurero, sobrenombrado el caballero del Aguila Roja, viendo el encarnizamiento con que los traidores acometen á vuestra señoría, y la necesidad en que vuestra señoría se halla de leales servidores que defiendan al señor rey don Fernando el IV, vuestro hijo, legítimo señor de estos reinos, ruega á vuestra señoría le conceda licencia para levantar bandera y tomar por su cuenta gente á sueldo en servicio del rey."

Esta carta obtuvo una respuesta satisfactoria, y Zayda Fatima levantó bandera en Medina del Campo y echó pregones ofreciendo un sueldo de cuatro maravedises viejos á todo hombre jinete probado en armas y que quisiese servir al rey en la compañía franca del caballero del Aguila Roja.

Compraba además Zayda Fatima, por lo que la pedían, caballos y armas, que escaseaban á causa de la guerra, y al principio del mes de Mayo salió una tarde de Medina del Campo con una fuerte compañía de quinientos caballos y mil quinientos peones ballesteros.

Dos días después Zayda Fatima acampaba con su gente alrededor de la ermita de Nuestra Señora del Carmen, pequeño edificio gótico de piedra, cerca entonces de Valladolid, y comprendido hoy en él, y en cuyo sitio se erigió más tarde el monasterio del Carmen descalzo.

A aquel sitio habían ido por consejo del conde don Lope Díaz, á quien, sea dicho de paso, no conocían los soldados de Zayda Fatima sino con el apellido del caballero Sin nombre.

A más de esto, el conde llevaba siempre sobre el semblante un antifaz de hierro.

—Habéis de saber—dijo el conde á Zayda Fatima cuando hubo acampado con su gente á poca distancia de la ermita—que os he traído aquí, porque aquí muy cerca tenemos una puerta del alcazar mayor de Valladolid.

—¿Cómo es eso?—preguntó Zayda Fatima.

—Habéis de saber—contestó el conde—que cuando el rey don Alfonso mandó labrar el alcázar mayor, encargó secretamente á los alarifes hiciesen en él salidas ocultas, y una de ellas es una mina que empieza en la ermita de Nuestra Señora del Carmen y va á parar á la galería de los Apóstoles del alcázar mayor, por cuya galería se pasa, ya á los aposentos del rey, ya á los de la reina, ya á la cámara del Trono: en esta galería nunca hay guardas, porque pertenece al interior de los aposentos del rey y de la reina; guardó el maestro mayor de las obras el secreto, hasta que, rebelándose don Sancho contra su padre, le proclamaron por rey todos los reinos de don Alfonso: entonces el maestro mayor creyó que debía revelar el secreto á don Sancho, y se lo reveló; éste, á su vez, me lo reveló á mí, como que yo era sus pies y sus manos y no veía más que por mis ojos: la ermita del Carmen fué cons-

truída al mismo tiempo que el Alcázar, como que puede decirse que forma parte de él. Esta ermita se encargó á dos santos varones, tan recoletos, que nunca salen fuera de ella, y que siempre ha de estar uno en oración y de rodillas delante de la Santísima Virgen, mientras descansa el otro. La puerta es una reja que no se abre nunca sino cuando está enfermo alguno de los ermitaños, que por esta reja reciben las limosnas de que se alimentan.

—Y siendo esto así—dijo Zayda Fatima—, ¿cómo podemos usar de la mina por donde se llega al Alcázar?

—Esto se había tenido en cuenta—dijo el conde don Lope—, y por lo mismo la entrada de la mina no está dentro de la ermita, sino fuera, y es su puerta una lápida de mármol, en que hay una inscripción en que se habla de la erección de la ermita y de las indulgencias concedidas por el Papa Nicolás IV á los que fuesen devotos de la Santísima Virgen del Carmen que en esta ermita se venera; la lápida tiene un ingenioso juego de hierro en la parte interior, que se pone en movimiento metiendo un puñal por la juntura, cerca de la parte superior derecha de la lápida, y apretando con fuerza, se encuentra una profunda escalera, al cabo de ella una mina, y continuándola y llegando á su cabo se encuentra otra altísima escalera, que termina en una puerta secreta, por la que se entra en la galería de los Apóstoles.

—Pues habéis hecho muy bien en aconsejarme que vengamos á acampar cerca de esta ermita. Mañana estarán acabadas de construir las barracas, y cuando el campo esté en orden, daré aviso á la reina mi señora, por si quiere visitar nuestro pequeño ejército.

—Pequeño en el número, pero grande en la calidad—dijo el conde—: con huestes menores se han llevado á cabo altísimas empresas: ¿vais á daros á conocer á la reina?

—Sí, no tengo por qué ocultarme de ella; su señoría es la prudencia misma: y vos ¿guardaréis vuestro incógnito?

—¡Quién sabe!—contestó el conde don Lope.

Zayda Fatima activó la construcción de las barracas que debían servir de cuarteles á su gente, cercó con un foso el campo como si hubiera estado al frente de una ciudad sitiada, y cuando todo estuvo en orden, envió á su alférez á Valladolid con una carta para la reina.

"Señora—decía esta carta—: El caballero del Aguila Roja ha puesto su campo junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen, y lo avisa á vuestra señoría por si quiere ver la brava gente que ha tomado á sueldo para serviros."

La reina no se hizo esperar.

Al día siguiente, una brillante cabalgata, á cuya cabeza iban la reina doña María y el joven rey, pasaba por la poterna de la estacada del campo de Zayda Fatima, y se dirigía á una gran tienda situada en el centro.

Los jinetes, con las bandas de ballesteros á los costados y el estandarte alto, estaban formados en una especie de gran plaza que se extendía delante de los cuarteles.

Las trompas, los clarines y los atabales tocaban con un alto estruendo una brava marcha guerrera.

Zayda Fatima y el conde don Lope, armados de los pies á la cabeza y cubiertos los semblantes con antifaces, adelantaron.

Zayda Fatima dobló la rodilla para servir da estribo á la reina doña María, y lo mismo hizo el conde don Lope respecto al joven rey.

Desmontaron y entraron en la gran tienda situada en el centro del campo.

Aquella tienda, en lo interior, estaba entapizada de paños rojos, y en las lanzas que la sostenían se veían trofeos militares.

Una gruesa alfombra cubría el terreno, y en el centro de uno de los costados, en el frente de la puerta, había magníficos almafares morunos destinados para que descansasen el rey y la reina.

Acompañaban á éstos don Diego López de Haro, don Juan de Alburquerque y el infante don Juan, que habían mirado de reojo aquel bravo escuadrón de lanzas con sus mangas de ballesteros, que habían visto en buen orden al pasar por el campo.

Parecíales extraño que un simple capitán de aventureros se arrojase á hacer lo que no podía hacer un rico hombre, por lo respetable del número de la mesnada y por lo bien apercibida, y atribuíase aquello á cosa de la reina, hecha sigilosamente y como quien empieza á prevenirse, proveyéndose de fuerzas propias contra antiguas é intolerables supeditaciones de vasallos traidores y ambiciosos.

Nada tenía de extraño que pensasen así aquellos nobilísimos y rebeldísimos señores siempre que les convenía, porque el que siempre se vale

de malas artes, no cree nunca en la buena fe de los demás.

Para ellos, el hecho de ir á visitar la reina aquel campo, no era otra cosa que una hábil disimulación; y creyéronlo mucho más cuando vieron á los dos caballeros armados que parecían capitanes de aquella gente, cubiertos los semblantes con antifaces negros, de hierro el uno, y de seda el otro.

Zayda Fatima tenía sus armas y su sobrevesta de costumbre; en cuanto al conde, y como en señal de luto, llevaba sobre las armas un sayo de lana blanco, sin divisa alguna: las largas mangas del sayo le ocultaban las manos, y no podia notarse la falta de la derecha.

El rey, que había ya cumplido los trece años, estaba alto, robusto y desarrollado; mostraba ya aquella fiera expresión que marcaba en él el terrible carácter que tan funesto le fué durante su breve reinado.

Tenía la altivez y la bravura de su padre, y la mirada profunda, tenaz, incontrastable, lúcida de su abuelo el rey don Alfonso el Sabio.

La reina saludó graciosamente y con aquella noble llaneza que constituía una de las prendas más bellas de su carácter á los dos capitanes que hincaron sucesivamente la rodilla y sucesivamente besaron las manos del rey.

¿Quiénes sois que tan encubiertos os mostrais?—dijo el rey mirando fijamente á Zayda Fatima y al conde—: ¿qué os impide el mostrar el semblante?

Se le había alterado y enronquecido de tal manera con los años y los sufrimientos la voz al conde don Lope, que no tuvo reparo en hablar para que le oyesen la reina y aquellos señores que tanto le habían conocido, seguro de que por la voz no podían conocerle, y dijo:

—No hay mancilla ni crimen en nosotros que nos impida el mostrar los semblantes, señor; y por lo que por vuestra señoría haremos, si necesario fuese, se mostrará bien claro hasta dónde llegan nuestra lealtad y nuestro amor por vuestra señoría y por la reina mi señora: yo, por largas historias pasadas, he hecho voto de llegar hasta la muerte con el rostro cubierto, voto solemne que no puedo romper sin la dispensación del Soberano Pontífice; otrosí, he hecho voto y lo cumplo de no tener nombre, y por eso me llaman el caballero Sin nombre. En cuanto á mi compañero, su voto es más terrible, puesto que ha jurado no hablar más que conmigo, ni mostrar el semblante, ni desceñirse el arnés, ni comer pan á manteles mientras sea necesario enristrar la lanza por vuestra señoría ó por la noble reina mi señora, y estos votos cumpliremos entrambos, porque á ello nos hemos obligado con Dios por razones bastantes que suplicamos á vuestra señoría estime por valederas.

—¿Y qué confianza podemos tener la reina y yo en aventureros que ofrecen servirnos con gente de guerra pagando ellos su sueldo, si no les conocemos?—dijo el rey.

—Las obras son las mejores razones para conocer á las personas, y tal haremos, que antes de mucho no pueda quedar duda acerca de nuestra lealtad.

—¿No os llamasteis don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja, en la carta en que me pedisteis licencia para levantar gente de guerra en Medina del Campo?—dijo la reina, que miraba intensamente á Zayda Fatima, que á su vez fijaba en la reina á través de las aberturas de su antifaz la mirada ansiosa de sus lucientes ojos negros.

—Señora—contestó el conde don Lope respondiendo por Zayda Fatima—: mi compañero no se llama don Gutierre de Silva: como se llama, Dios lo sabe; éste es un nombre adoptado como se pudiera haber adoptado otro cualquiera, y suplicamos á vuestra señoría nos perdone si no podemos romper nuestro incógnito por la gravedad de nuestros votos; pero, señora, de hoy más, y mientras nosotros alentemos, el traidor que se atreva á vuestra señoría ó á su señoría el rey, habrá de medirse de poder á poder contra nosotros, y de esto pongo por testigos á los cielos que me escuchan.

—Gracias, caballeros, gracias—dijo la reina, que no cesaba de mirar profundamente á Zayda Fatima—; yo, quienes quiera que seáis, os recibo por mis vasallos, acepto vuestro pleito homenaje, y agradezco vuestros servicios.

—Y yo—dijo el rey—espero que llegue un día en que al recompensaros, pida dispensación de vuestros votos al Santo Padre para conoceros.

Después de esto, el conde y Zayda Fatima besaron de nuevo las manos al rey y á la reina, que salieron, montaron, doña María en su hacanea, en su corcel don Fernando, en los suyos los señores que la acompañaban, y partieron, precedidos hasta fuera del campo por el conde y por Zayda Fatima, saludados por la marcha

guerrera que tocaban las trompas, los clarines y los atabales de la gente de armas.

—Conde, conde—dijo con marcada emoción Zayda Fatima cuando se hubieron alejado el rey y la reina con su comitiva—, la reina me ha conocido; lo he visto en sus ojos que me han hablado. ¿Habéis visto nada, nada que sea tan expresivo y tan noble como los ojos de la reina?

—Su señoría—contestó el conde entrando con Zayda Fatima en la tienda—no puede creer que una dama tan delicada como vos se haya convertido en capitán de aventuras.

—Os olvidáis de que el infante don Juan Manuel me vió y habló conmigo en la Selva del Abrojo.

—El infante don Juan Manuel ha guardado el secreto, y lo prueba el que al contestaros la reina concediéndoos la licencia de levantar gente, lo hizo como si no os conociera, que á saber que os ocultabais bajo el nombre del caballero del Aguila Roja, os contestara de otro modo.

—Pues os juro que me ha reconocido, y en prueba de ello tendremos pronto las consecuencias.

—Y bien, ¿qué importa que la reina os conozca, si solamente la reina os conoce? ¿No es la reina la prudencia misma? ¿Creéis que revelará á nadie que el caballero del Aguila Roja es doña María de Granada y de Molina, hija del rey Mojammet el-Ansarí?

—¡Ah, no!—exclamó ardientemente Zayda Fatima—: la reina mi señora comprenderá que gravísimas han debido ser las razones que me han obligado á esta transformación, y sobre todo tendrá una gran confianza en nosotros; la reina no se engaña nunca, parece que tiene don de adivinación, ve en el semblante de los que se le acercan su alma, y nunca confía ó desconfía en balde; si me ha reconocido, como creo, mejor.

—Creo que os engañáis, que no hay tal reconocimiento por parte de la reina.

—Conoce demasiado mi mirada de amor, don Lope.

—Pues si eso es así, repito lo que vos decís: mejor.

Aún no había pasado una hora, cuando llegó un hidalgo á caballo á la puerta del Campo, y pidió hablar con el caballero del Aguila Roja.

Avisaron á Zayda Fatima, y ésta recibió al hidalgo, que le dijo:

—Yo, señora, soy Gaspar de Mendoza, aposentador de la reina nuestra señora, que á vos me envía con estas letras.

Y dió á Zayda Fatima un pergamino enrollado, sujeto con un cordón de seda y oro, y sellado éste con cera encarnada, en que se veían las armas reales.

Zayda Fatima besó el pergamino, le desenrolló y leyó lo siguiente:

"Creo no haberme engañado: creo haberos reconocido; si así es, romped la punta de este pergamino y entregadlo al que le ponga en vuestras manos; es hombre de gran confianza; si queréis, podéis darle una carta para mí."

Estas líneas no tenían firma ni estaban escritas de manos de la reina.

Zayda Fatima entregó el pergamino al conde don Lope.

—Y bien—dijo éste—, ¿me permitís que escriba en vuestro nombre y en el mío á su señoría?

Zayda Fatima inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El conde don Lope se acercó á una mesa que había en la tienda, tomó del recado de escribir un pergamino y escribió lo siguiente:

"Reina y señora: Vuestra señoría no se ha engañado; habéis verdaderamente reconocido la persona que se oculta bajo el nombre de caballero del Aguila Roja: si vuestra señoría quiere saber las causas de la transformación de esta persona, recibid esta noche en vuestra cámara á un resucitado, á quien todos creen muerto, y que sólo para vos romperá su incógnito. Conozco las entradas secretas del alcázar mayor, y puedo llegar hasta vuestra cámara por la galería de los Apóstoles, si está libre de gentes, á la hora que me mandéis. Por bajo de estas líneas me recomendará á vuestra señoría la persona á quien habéis reconocido, y de cuya lealtad no podéis dudar."

El conde mostró á Zayda Fatima lo que había escrito.

Zayda Fatima escribió por debajo:

"Puede vuestra señoría recibir sin temor al caballero Sin nombre que ha escrito lo que antecede; yo aseguro su lealtad."

Enrolló el conde este pergamino, le ató, le selló y lo entregó á Gaspar de Mendoza, que partió.

Aún no pasada otra hora, volvió el mismo Gaspar de Mendoza con otro pergamino en que se leía:

"Podéis venir los dos esta noche por donde me habéis indicado; á la hora de maitines os espero."

Tampoco había escrito la reina este pergamino; estaba escrito de la misma mano que el anterior.

Zayda Fatima regaló una sortija de gran precio á Gaspar de Mendoza y le dió otro pergamino en que se leía:

"Iremos á la hora de maitines, esta noche."

La entrada de la mina que conducía directamente desde la ermita de Nuestra Señora del Carmen á la galería de los Apóstoles del Alcázar, había sido reconocida por Zayda Fatima y el conde, que aunque con trabajo, por estar enmohecido su juego de hierro, habían hecho practicable.

Después, aquellos muelles habían sido suavizados y puestos al corriente.

Habían recorrido la mina, y la inmensidad de telas de araña que en ella había les demostró que durante muchos años nadie había pasado por ella.

El conde y Zayda Fatima limpiaron por sí mismos la mina, porque se ocultaban de todos para penetrar en ella, y podía decirse que ni los ermitaños ni los soldados de Zayda Fatima sabían que aquella mina existiese.

Ya en la alta noche, cuando era de suponer que estuviese abandonada la galería de los Apóstoles, Zayda Fatima y el conde habían reconocido por la parte interior y hecho practicable la puerta que correspondía á la galería.

Siglos fueron los minutos y eternidades las horas que pasaron hasta la de maitines de aquella noche, tanto para Zayda Fatima como para el conde.

Cuando estuvo próxima la hora, el conde se echó sobre las armas su hábito negro de benedictino, y salió con Zayda Fatima del campo, cuya poterna se cerró apenas salieron.

Según las órdenes de Zayda Fatima, ninguno de sus soldados podía salir del campo.

La ermita distaba de él como tres tiros de ballesta, y la rodeaban unos espesos álamos negros.

Era la noche oscura: Zayda Fatima y el conde llegaron á los árboles, recorrieron el sendero que entre ellos se extendía, y llegaron á la ermita.

El conde se acercó recatadamente á la reja que cerraba su puerta, y vió á uno de los ermitaños en oración de rodillas delante del altar.

El conde dejó una dobla de oro de la Banda en el cepillo de hierro colgado de la reja y destinado á recibir la limosna.

Después de esto se volvió hacia el ábside de la ermita, donde estaba Zayda Fatima junto á la puerta secreta.

El conde la abrió, penetraron ambos, cerró el conde la puerta y sacó de debajo del hábito un farol que llevaba encendido, y alumbrándose con él recorrieron la mina, llegaron á su otro extremo, abrieron la puerta y se encontraron en la galería de los Apóstoles, que estaba completamente desierta.

CAPITULO V

SEGUNDA PARTE DEL ANTERIOR

El conde conocía muy bien el alcázar mayor de Valladolid.

Una vez en la galería de los Apóstoles, siguió adelante con Zayda Fatima, y á un extremo de la galería pasó por una hermosa puerta dorada y ricamente ornamentada á una antecámara.

La luces estaban apagadas, señal clara de que todos se habían recogido en el Alcázar.

Los guardas ballesteros de maza no llegaban hasta allí.

Aquel era el interior de las habitaciones de la reina.

El conde y Zayda Fatima pasaron por una rica cancela á otra antecámara.

En ella se veía, por una puerta y por las aberturas del tapiz de esta luz en una cámara inmediata.

El conde y Zayda Fatima se detuvieron irresolutos.

En aquella cámara debía estar la reina, y no les parecía conveniente presentarse de improviso y sin venia.

Zayda Fatima se quitó el capacete y el antifaz, se echó atrás la capellina de mallas, se acercó á los tapices que cubrían la puerta de la cámara de la reina, y dijo:

—¡Señora!

Se oyó la voz tranquila, dulce, sonora, de la reina doña María.

BIBLIOTECA Segunda ANDALUCIA

—Pasad—dijo—pasad, os espero.

Zayda Fatima pasó y tras ella el conde don Lope, quitado también el antifaz y echado atrás el capuz de su hábito.

La reina estaba de pie é inmóvil en el centro la cámara.

Vestía sencillamente una túnica de velludo rojo con los bordes tomados de oro, sus blancas tocas de viuda, y sobre las tocas una diadema gótica de plata sobredorada, á juzgar por los puntos más salientes, en que, gastado por el uso, el dorado, había quedado el blanco de la plata.

Sin embargo, la diadema era una joya por su belleza artística.

La reina estaba como siempre, tranquila; sus grandes ojos azules no tenían otra expresión que la de su habitual melancolía; estaba pálida y en un estado que revelaba sus grandes sufrimientos.

Al ver á Zayda Fatima ardió en sus ojos un relámpago de afecto, un relámpago brillante, intenso, que pasó, sin embargo, instantáneamente.

Zayda Fatima adelantó con un vivísimo afán, se arrojó á los pies de la reina, la asió la mano y se la besó.

—¿Qué es esto, hija mía?—preguntó la reina: ¿por qué os veo tan trocada y en este traje de hombre?

—Me defiendo como puedo, señora—contestó Zayda Fatima.

—¿Y de qué os defendéis?

—De asechanzas.

—¿Y no bastaba yo, no basto para defenderos de esas asechanzas?

—¡Ah, señora!—exclamó Zayda Fatima—: los infames hieren á traición por la espalda, y cuando se les siente es por la puñalada con que nos atraviesan el corazón: el infante don Juan..

—¡Ah, el infante don Juan!—exclamó dolorosamente la reina:—¡siempre el infante don Juan! Pero no se atrevería.

—El infante se atreve á todo, á todo; he tenido miedo, señora, y me he puesto en defensa.

—Veremos, veremos lo que debe hacerse, doña María—dijo la reina; y luego añadió, volviéndose al conde don Lope, mirándole fijamente:—¿y vos? yo creo haberos visto alguna vez.

El conde se acercó á la reina, se arrodilló, y al besarla la mano, la dijo:

—Yo os juro, señora, leal y sinceramente pleito homenaje, y os suplico me perdonéis mis pasadas traiciones.

—Alzad—dijo la reina—, alzad y explicaos: ¿de qué traiciones habláis?

Y la reina continuaba mirando cada vez de una manera más fija, mas inquiridora al conde.

—Vuestra señoría duda—dijo el conde—; vuestra señoría quiere recordarme y no me recuerda bien: es verdad; los años, la soledad, el remordimiento han alterado mi ser. Cuando me conocíais, tenía yo los cabellos negros y espesos, negra la barba, sin arrugas la frente: hoy, y no por mis años, sino por el dolor, parezco un anciano, he pasado por la tumba: mirad, señora, acordaos de la matanza de Alfaro y reconocedme.

Y el conde, arrollando la manga de su hábito, mostró la mutilación de su mano á la reina.

—¡Ah!¡s:!—dijo ésta retrocediendo un paso—vos sois don Lope Díaz de Haro: ¡no habéis muerto!

—No, afortunadamente para mí, señora—contestó don Lope—; porque puedo hacer tanto bien por vuestra señoría, como mal os hice en los tiempos de mi traición y de mi soberbia.

—¡Dios! ¡Dios!—exclamó la reina, levantando sus hermosos ojos al cielo.

—¡Sí, Dios, siempre Dios!—contestó el conde don Lope—; ¡Dios protegiendo á los mártires; Dios armándoles con la invencible fe que los sostiene en su largo, en su doloroso martirio Dios que ha hecho en su infinita providencia que el mal se destruya por el mal mismo, y que sus elegidos prevalezcan sobre sus enemigos; Dios que aterra al pretervo y le confunde; Dios que toca su corazón y le aniquila; Dios que prueba la fortaleza de los buenos y los glorifica siempre; sí, sí, noble señora, Dios, siempre Dios.

—En él he puesto mi confianza y él me favorece—dijo la reina—; él me ha hecho triunfar de traiciones inauditas; él ha deshecho las tormentas que han venido sobre mi cabeza, sobre la cabeza de mi hijo: el huracán nos ha rodeado en su trompa, ha pasado, nos ha dejado estremecidos de espanto; pero no ha arrancado de sobre la cabeza de mi hijo la corona: aún dura la tempestad; aún se la oye retronar á lo lejos, y por todas partes amenaza; amenaza, pero yo confío en el poder de Dios y en la fe de mi corazón.

—¡Ah, señora! vuestra señoría ha nacido predestinada—exclamó el conde don Lope.

—Deseo oir, conde, la relación extraña sin duda de vuestros sucesos—dijo la reina.—Estoy fatigada, adiós; os espero mañana á la misma hora.

Zayda Fatima y don Lope besaron la mano á la reina, y salieron.

Durante algunas noches, Zayda Fatima y el conde tuvieron largas conferencias con la reina en medio del silencio y del misterio.

El conde era hombre de gran valía, y la reina, que no se engañaba nunca acerca de las personas, le había visto tan arrepentido, tan convertido, que fiaba ciegamente en él.

En cuanto á Zayda Fatima, la reina la conocía demasiado y la amaba.

Algunas noches entraba solo el conde don Lope, y Zayda Fatima se acercaba con algunos de sus escuderos al Alcázar, y se emboscaba protegida por los árboles de las huertas del arrabal de los Molinos.

En esta situación se encontraba Zayda Fatima la noche en que Alvaro de Estúñiga había salido, ebrio de coraje, á darse de cuchilladas con el insolente que se atrevía á ir á dar música á la reina.

Había, pues, oído Zayda Fatima el puntear del laud, y cuando iba por sí misma á castigar al insolente, se le adelantó con los suyos Estúñiga, metiéndose todos revueltos como sabemos por la calle de Mari Ponce.

Zayda Fatima se volvió adonde estaban los suyos emboscados, les mandó montar á caballo, se metió por la calle de Mari Ponce, y se entró como hemos visto en el figón de Marilinda.

CAPITULO VI

DE CÓMO ZAYDA FATIMA SE METIÓ EN OFICIOS DE ALGUACIL

Creyó toda aquella gente brava, divertida, diabólica, que se les echaba encima el alcaide de la villa con sus hombres de armas, y no se crea por esto que se amilanaban: antes bien, echaban atrás á las señoras, desnudaron las espadas, se hicieron un ovillo, por decirlo así; es decir, se agruparon en un pelotón, cogiendo en medio á las hembras, al músico y á los escuderos, desnudaron las espadas, las pusieron de punta, levantaron los broqueles, y tomaron, en una palabra, la forma de un erizo.

Zayda Fatima, á pesar de esta actitud amenazadora, echó pie á tierra, dió la lanza y la adarga á uno de sus escuderos, y dijo adelantándose á aquellos pícaros:

—¿Está aquí el músico que punteaba hace poco un laúd junto al alcázar?

—Sí—contestó desde el centro del erizo el músico.

—Y qué bien que cumplís con vuestros juramentos—dijo Zayda Fatima; bien sabía yo que había de habérmelas alguna vez con vos.

—¡Ah!—dijo el bachiller de derecho civil.—¿Conque vos, señor caballero del Pájaro Colorado, no tenéis que ver nada con el alcaide de la villa ni con sus hombres de armas?

—No—dijo Zayda Fatima—; sólo busco á los dos hidalgos que se han entrado hasta aquí riñendo.

—¡Ah! Pues eso es distinto—dijo el bachiller—; señoras damas, soltad los jarros, que por lo visto no hay necesidad de tirárselos á nadie; abajo los broqueles y á las vainas las espadas, caballeros de la Hampa; estirémonos, desapretémonos, extendámonos; más vino, Marilinda, y más tasajo; la cosa, gracias á Hércules, ha acabado en paz, y así debía acabar todas las cosas.

El erizo se fué deshaciendo á medida que hablaba el bachiller; cesó primero el sordo zumbido de colmena que de él salía. Desaparecieron los broqueles, se envainaron las espadas, y, por último, todos, ellos y ellas, se extendieron ruidosos, llenando aquel espacio. Apenas había sucedido esto, una hembra con traje noble y rico, revuelta la cabeza en un rebocillo, de manera que no se la veía el semblante, y acompañada de dos dueñas y de dos viejos escuderos, se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Caballero, no extrañéis el hallarme aquí; ha sido una casualidad, el resultado de una imprudencia; amparadme, y sabed que soy tan principal persona que no os pesará de haberme amparado; y si queréis recompensa, la tendréis, y tal como no podáis esperarla.

—Aunque fuérais la mujer más pobre y más desvalida del mundo—dijo Zayda Fatima—, yo os ampararía; y en prueba de ello, si queréis, cuatro de mis escuderos os acompañarán hasta vuestra casa.

—¡Cómo si quiero—dijo la dama—; sea eso cuanto antes, y acompáñenme esos escuderos vuestros, que otro día sabréis á quién habéis servido.

—Zayda Fatima llamó á uno de sus soldados y le dió algunas órdenes en voz baja; después se volvió hacia la dama y la dijo:

—Podéis marchar cuando querais; mis escuderos os resguardarán de todo atrevimiento.

En aquel punto, en el cercano monasterio de San Agustín, respondiendo sin duda á la señal hecha en el Alcázar, se oyeron las lentas y graves campanadas del toque de cubrefuego.

—¡Ah! ya es imposible entrar en Valladolid—dijo la dama—y es imposible también que yo me quede aquí.

—Pues id á mi campo—dijo Zayda Fatima—y en mi tienda estaréis tan segura y tan respetada como si estuviérais en vuestra casa.

—¿Quién sois vos, caballero, que tal me ofrecéis, á fin de que yo vea si puedo aceptarlo sin reparo?

—Yo soy—contestó Zayda Fatima—el caballero del Aguila Roja, capitán por el rey de gente de guerra, y tengo el campo á poca distancia, junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen. Id con estos escuderos míos y con vuestros servidores, y nada temais.

—Voy á esperaros—dijo la dama—y cuando volváis os explicaré lo que debéis extrañar.

Y aquella señora, que tal lo parecía, y además de esto joven, muy joven y muy gentil, se apresuró á salir; la siguieron sus dos dueñas, que iban temblando, y sus dos viejos escuderos, que no temblaban menos, y la acompañaron seis escuderos armados y á caballo de Zayda Fatima.

Terminado este incidente, Zayda Fatima, dirigiéndose al músico y á Alvaro de Estúñiga, que estaban hablando calurosamente y á punto de volver de nuevo á las manos, mientras todos aquellos pícaros y pícaras cantaban, chillaban, reían y se bebían y se comían las cincuenta doblas que les había dado el músico, les dijo:

—Caballeros, si queréis seguirme con vuestras gentes de buen grado, os lo agradeceré; de no, os prendo en nombre del rey; y no intenteis hacer resistencia, porque será inútil. Me acompañan cincuenta buenos hombres de armas, de los cuales ved algunos.

Y Zayda Fatima señaló á la puerta, delante de la cual había agrupados y apoyados en sus lanzas diez ó doce de sus feroces soldados, cuyo solo aspecto imponía pavor.

—Está de Dios que me prendais—dijo el músico.

—Puede ser que esté de Dios que os mate—contestó Zayda Fatima.

—Os favorece la fortuna; siempre ha estado de vuestra parte la fuerza.

—Siempre ha estado de mi parte Dios, que lee en los corazones y favorece á los buenos. Seguidme vos, y también los vuestros—añadió dirigiéndose á Alvaro de Estúñiga.

—No tengo por qué no seguiros—dijo éste.

—Pues adelante—contestó Zayda Fatima.—¡Hola, Garci-Díaz! mi lanza, mi adarga y mi caballo. Venid, señor infante, os tomaré á la grupa.

—¡Infante!—exclamó con extrañeza Alvaro de Estúñiga al ver que el caballero encubierto calificaba de tal modo al músico.

—Infante, sí, señor Alvaro de Estúñiga—dijo Zayda Fatima.

—¡Cómo! ¿me conocéis?—exclamó el joven.

—Sí, os conozco mucho, os he visto en la corte, sois paje de la reina mi señora. Vos me conocéis mucho también; en la corte me habéis visto, pero nunca me habéis hablado, y por esta razón no habéis podido reconocerme por la voz; pero vamos, señores, vamos; montad vos también, señor Alvaro, á la grupa de uno de mis escuderos, y que monten asimismo los del señor infante y vuestros criados: dejemos en paz á esta canalla.

—¡Cómo!—dijo el bachiller—¿os vais, caballero, sin dejarnos algo para divertirnos?

—Agradeced que no os dejo las costillas calientes, que no es poco, y no se hable más, y quédense, y no den ocasión á que lo pasen mal.

El bachiller no se atrevió á contestar una palabra; tal respeto le habían infundido las que había dicho Zayda Fatima.

Y ésta, llevándose presos al músico, á quien había llamado infante, y á Alvaro de Estúñiga, con los criados que los acompañaban, trasladó su campo.

CAPITULO VII

DE LA IMPORTANTE ENTREVISTA QUE TUVIERON LA REINA Y EL CONDE DON LOPE

Dijimos en el final del capítulo segundo de este libro, que en la cámara de la reina había entrado secretamente don Lope Díaz de Haro. Nada tenía de extraño esta entrevista secreta con la reina; en primer lugar, doña María de Molina estaba tan cercada de traidores y de infames, que necesitaba harto de los buenos oficios de vasallos leales, y el conde se la había presentado tal y tan convertido, que olvidadas sus antiguas traiciones por la reina, por leal le tenía. Además de esto, por su casamiento con doña Juana de Molina, hermada de padre de la reina, era su cuñado.

Por otra parte, era suegro del infante don Juan, como que éste estaba casado con doña María de Haro, hija del conde don Lope. Había, pues, no sólo antiguo y grave conocimiento entre el conde don Lope y la reina, sino también inmediato parentesco de afinidad. Y notorio era á todos, que si la reina, en el terrible día de Alfaro, hubiera podido impedir la catástrofe del conde, la impidiera como la impidió respecto al infante don Juan.

El conde, en algunas entrevistas anteriores, había revelado á la reina de qué modo le habían salvado sus servidores, sacándole del alcázar de Alfaro. Lo que habían hecho para que á otro se tuviese por él y se le enterrase en su lugar, haciendo creer á todo el mundo en su muerte, y cómo Dios, por castigar tal vez su crimen, tal vez porque no se divulgase la existencia del conde, había matado de mala muerte á aquellos servidores. La reina había reconocido la providencia de Dios, creía que tal vez Dios había permitido lo aparente de la muerte del conde para convertirle y darle en él un servidor leal, y como el conde era muy experimentado y muy hombre de gobierno, la reina se aconsejaba con él en secreto.

Por esta razón había esperado aquella noche más temprano que otras al conde don Lope, y había mandado á su servidumbre se retirase, para recibirle.

—Sentáos, don Lope, sentáos—dijo la reina al conde, después de haberla besado éste la mano como en señal de homenaje—; estáis viejo y cansado, y además—añadió la reina sonriendo melancólicamente—, las gentes del otro mundo no están obligadas á los respetos que las de éste.

Don Lope se sentó.

—Estoy gravemente afligida, primo—dijo la reina con su voz dulce y pura.—Mis trabajos aún no han cesado, estoy sufriendo al infante don Juan: el Papa me niega aún la dispensación de mis parentescos con mi malogrado esposo y señor. Los infantes de la Cerda andan alentados, y todo se vencería si se pudiera fiar en la lealtad de los Laras y de los Haros; pero vuestro hijo me pide el Señorío de Vizcaya que os quitamos por vuestras rebeldías, que defendió vuestro hijo y que ganamos á todo nuestro poder.

—Dad el Señorío que os piden—contestó con voz opaca el conde don Lope.

—¡Dar, siempre dar!—exclamó la reina—engrandecer y robustecer á los traidores para hacer incontrastable la traición, dividir vuestro reino en pequeños reinos, para que la traición insaciable acabe por absorberlo todo; sentenciar á nuestros buenos vasallos á las depredaciones, á la avaricia de esos buitres insaciables que nunca se hartan de oro y mando. Anularse, aniquilarse, ser rey en el nombre y no más que en el nombre: ver que nuestros vasallos se vuelven ansiosos hacia nosotros pidiéndonos justicia, y no poder dársela; oir las murmuraciones y las maldiciones de los que, sintiendo el mal sin conocer la causa, nos hacen responsables de sus sufrimientos, y nos miran airados; ver que la patria se derrumba, que se nos atreve Francia, que se nos atreve Aragón, que se nos atreve Portugal, á pesar del deudo que con nosotros tienen; ver que el infiel rey de Granada pacta traiciones con un hombre que todo nos lo debe y que contra nosotros se vuelve ebrio de ambición y de avaricia, que no quiere menos que dominarlo todo; ser rey sin corona y tener por esclavo al reo coronado.

—El infante don Enrique es viejo en la traición y puede decirse que la traición es su alimento, y que sin traiciones no podría vivir. Conspira perpetuamente, sabe que en los desdichados tiempos que alcanzamos, Dios, la patria, el honor y la lealtad son nombres vanos, que todo se compra y se vende, y que aquel tiene más servidores sumisos que mejor los paga. Pues bien, señora, perseverancia y paciencia;

ceded y siempre ceded, esquivad la lucha mientras no tengáis fuerzas para vencer; pero trabajad en silencio, procurad un día en que debilitados los traidores por la guerra á muerte que se hacen los unos á los otros, pueda dárseles el golpe de gracia, y cobrar de una vez en ese golpe todas las infamias, todas las traiciones, todas las humillaciones que os hayan hecho sufrir; inutilizad á esos protervos, comprad vuestros servidores, empezad por comprarlos á ellos. Os piden los Haros el Señorío de Vizcaya, dádselo; os pide el infante don Juan Manuel señoríos en el reino de Murcia, dadselos también; vuestro joven primo aún no hos ha hecho traición, evitad que os la haga dándole lo que quiere; dad á los Laras lo que os pidan...

—Quieren no menos que el Señorío de los Cameros.

—Ténganlo.

—El infante don Enrique quiere el gobierno de nuestros reinos á título de su tutela sobre el rey, y nos amenaza con traiciones en la frontera de Andalucía.

—Llamadle y que gobierne.

—El infante don Juan quiere á título de tío la persona del rey.

—Ceded.

—Cederemos tanto... que se nos verán los huesos.

—Esperad, no desmayéis en la fe de vuestro corazón; salvad el mayor peligro que os amenaza. Francia y Aragón vuelven por los infantes de La Cerda, el rey de Portugal pide como dote de su hija doña Constanza, la mitad de la Extremadura; el rey de Granada fija la vista de una parte en Tarifa, de otra en Alcaudete, en Martos, en Jaén; el emir de Marruecos amenaza la Andalucía; necesitáis, pues, señora, comprar á vuestros enemigos interiores, para combatir con ellos á los exteriores. El rey de Aragón apercibe un ejército, para obligaros á que os caséis con su hermano el infante don Pedro.

—¡Oh!—exclamó la reina, levantándose con energía—eso jamás; antes morir que faltar á la fe jurada al rey mi esposo y mi señor. Ha muerto, por desgracia para sus reinos, para su hijo, para la desesperación de su viuda; pero vive aquí, conde don Lope, vive en mi corazón. No me aconsejéis que ceda en este punto, porque no os tendré por convertido, ni por leal; no me digáis como me decía el miserable infante don Enrique, aconsejándome este matrimonio, que tal y tal reina, tal y tal princesa viudas, habían pasado á un segundo tálamo por el bien de sus hijos y de sus reinos. ¡Vergüenza é infamia! La mujer honesta, la mujer honrada, no conoce la vil intemperancia. Me causa horror, no tiene más que un alma, la unió á la de su esposo, la confundió con ella, y el alma no muere, el alma es inmortal. El alma de mi marido vive, vive en la mía, yo no soy viuda más que para el afán y para el trabajo. Por el amor soy casada, lo seré eternamente, porque cuando mi cuerpo se destruya, mi alma continuará viviendo en la eternidad unida á la de mi esposo, Si tal sucediera, que por la enemistad del rey de Aragón, del rey de Francia, hubiera de perder mi hijo su corona, hubiera de verme reducida á la esclavitud, á los más acerbos sufrimientos, no buscaría el remedio en tal vileza. No, no, y mil veces no; yo tengo confianza en la Providencia de Dios. Él salvará á mi hijo, Él me salvará, sin que yo eche sobre mí tal mancilla.

—Sois un angel de pureza, de fe, de confianza en la justicia y en la providencia de Dios, señora; y Dios que protege al fuerte en la fe y en la virtud, os protegerá: no os he interrumpido por respeto y por lo noble y por lo grande de vuestras palabras; pero nunca ha sido mi propósito aconsejaros mancilleis vuestra pureza, rompais vuestra fe jurada y os unais á ese presuntuoso y perjuro mancebo, á ese ambicioso infante de Aragón.

—¡Perjuro! —exclamó con extrañeza la reina.

—Sí, traidor á un juramento prestado aún no ha un mes á un vencedor en la Selva del Abrojo.

—¡Oh Dios mío!—exclamó la reina—; y ese vencedor era acaso...

—Sí, la infanta de Granada—dijo el conde—; la mujer fortalecida por Dios como fortaleció á Débora y á Judit.

—¡Oh, mi buena, mi noble amiga! ¿y cómo sucedió eso?

—El infante don Pedro, á lo que parece, había pasado de incógnito á la Andalucía para tener vistas con el infante don Enrique el Senador. Súpolo el infante don Juan, así como el día en que había de venir á Valladolid don Pedro, tal vez por alguna imprudencia del infante don Juan Manuel, con quien don Enrique contaba para que favoreciese en la parte que le fuese posible las pretensiones del infante don Pedro, ó para que por lo menos le mantuviese oculto en

Valladolid y desconocido, contando acaso con que por hermoso y galán, cansada vos de la viudez, podría enamoraros.

Ardió una súbita llamarada de ira, de desprecio, de repugnancia, en los ojos y en el semblante de la reina; llamarada que se perdió instantáneamente, reemplazándola la tranquila y dulce expresión del semblante de la reina.

—Y como el infante don Juan—continuó don Lope—, no le convenía este casamiento, porque veía claro que lo que se buscaba con él era el predominio de Aragón sobre Castilla, y como el infante don Juan es siempre el infame asesino de Tarifa, rompió por medio y encargó á un capitán de aventureros que le había servido, saliese al camino al infante de Aragón y le matase. Pero mientras fué y vino el mensajero de tal orden, aconteció que habiéndose encontrado la infanta de Granada convertida ya en caballero del Aguila Roja, llevando sólo cuatro escuderos con el capitán de aventuras, con quien contaba el infante don Juan, le acometió, le mató de un bote de lanza que le atravesó de parte á parte, y la gente brava del capitán muerto, asombrada de la pujanza del vencedor, le aclamó por su capitán, y con esto cambiaron de todo punto los sucesos. Supo la infanta mora lo que no hubiera sabido á no haber muerto el capitán de aventuras, y salió al camino al infante de Aragón, le combatió, le venció, le tomó preso, y no le dió la libertad sino obligándole á jurar solemnemente que desistiría de sus proyectos de casamiento con vos, y que se volvería á Aragón. Este juramento lo prestó el infante, estando presentes el infante don Juan Manuel y yo.

—Nada me ha dicho el infante don Juan Manuel: es verdad, ¿cómo había de decirlo? Era necesario para ello que yo supiese que me había deservido. ¡Oh! ¡qué podemos esperar de unos tiempos en que la traición y la ambición se albergan hasta en el alma de los niños! ¿Y dónde conoció don Juan Manuel á doña María? Mi buen primo ha andado muy enamorado de mi buena amiga.

—¡Ah! sí, señora, la reconoció; y si ha guardado el secreto, ha sido por la ocasión en que la ha encontrado y la ha reconocido.

—Hubiéralos yo casado de buena gana—dijo doña María—; pero ella ama á otro, no sé á quién, no me lo ha revelado, no la he preguntado yo, pero amaba, sufría...

—Creo haber adivinado á quién ama—dijo don Lope.

—¿Y á quién, conde, á quién?—dijo con suma viveza la reina, no por curiosidad, sino por interés hacia Zayma Fatima.

—Creo no engañarme—dijo el conde—, si aseguro que ama á don Alfonso Pérez de Guzmán.

—¡Oh qué desdicha!—exclamó la reina poniéndose pálida.—¡Qué desdicha para mis dos más leales servidores! Porque si ella le ama, él la ama también; si ella ha combatido con su amor y combate, él ha combatido con su amor, con toda su voluntad de héroe; la veía y palidecía, callaba, pero bajo su silencio se veía su amor, esquivaba la mirada de doña María; un día me dijo:—"Señora, yo, mejor que en la corte, estoy en la frontera contra los moros.—¿Mi corte no es un ejército que cada día y cada hora combate?—Sí, sí, señora—me respondía—; pero aquí hay enemigos mucho más terribles que los moros de Granada."—Yo creía que lo decía por los traidores; por los intrigantes; lo decía sin duda por mi amiga.

—¡Quién sabe si lo decía por más alta causa!

—¡Qué! ¡qué decís!—exclamó fiera y altiva la reina, pálida como un cadáver, alzándose con ímpetu de su sillón, centelleantes los ojos, trémula de los pies á la cabeza y asiendo con violencia el brazo sin mano del conde.—¡Qué habéis dicho! ¡qué habéis dicho, don Lope Díaz de Haro!

—Los muertos pueden decirlo todo—contestó con acento opaco el conde—; á los reyes debe decírseles la verdad, y debe despertarse á los que sueñan.

—Hablad—exclamó la reina, cada vez más terrible.

—Los traidores y los ambiciosos no se detienen ante nada; calumnia os envuelve, noble reina doña María.

—¡La calumnia! ¡á mí! dicen, se atreven á decir; ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Dadme fuerzas, dadme paciencia, dadme sufrimiento bastante para tanta infamia. ¡Miserables! ¡oh mil veces miserable! ¡y no poder cogerlos á todos, unirlos en una sola cabeza, arrancarles la infame lengua para arrojarla á los animales inmundos! ¡oh, no basta! ¡no basta nada! ¡Sufrir, siempre sufrir! ¡Ceder siempre, contentarlos á todos! Pero no se puede contentar á todos á la vez, es verdad. ¡No se pueden llenar de oro todas las

fauces hambrientas! El hambre los irrita, los enloquece, el hambre infame de la avaricia y de la soberbia. ¡A mí, á la viuda de Sancho el Bravo se atreve la calumnia! ¡Y yo lo sé! ¡Y viven.

Resplandecieron de una manera singular los ojos del conde; había en ellos ferocidad y sed de sangre.

—Matad—dijo con voz ronca—, pero no matéis ahora; no matéis hasta que hayáis asegurado el golpe; repetid el día de Alfaro, pero cogiendo en mayor número los traidores; preparad ese día en silencio; robusteceos con vuestros vasallos que pagan, que sufren, que lloran, que están desangrados, tiranizados, escarnecidos; fortaleceos agrupando á vuestro alrededor á los que tienen hambre y sed de justicia; callad entre tanto y disimulad; doblegaos, humillaos, repartid vuestro reino entre los ambiciosos; dadles lo que piden el rey de Portugal, el rey de Aragón, el de Francia; entregadles las villas y las fortalezas de la frontera de Granada, y ellos, que no defenderían vuestro reino, siendo vuestro, lo defenderán cuando sea suyo; dejadlos que crezcan y que engorden, y un día, cuando los enemigos exteriores hayan sido puestos en respeto, convocad cortes en Valladolid, juntad á todos los traidores, y haced lo que hizo en Alfaro vuestro esposo con el infante don Juan y conmigo; tomadles las cabezas con vuestros hombres de armas, con vuestros pobres vasallos leales; recobrad lo que os hayan quitado por la fuerza, por la usurpación ó por el amaño, y ahogad en su infame sangre la calumnia en que os han envuelto.

—¡Sangre!—exclamó la reina—; ¿no se ha vertido ya harta? Yo no he vertido ninguna; la sangre me espanta, he visto correr con horror la de la guerra civil, y no he perdonado ni concesiones, ni humillaciones, ni sufrimientos, para atajar esa horrenda guerra. He sido pródiga con mis reinos; les he quitado el impuesto de la Sisa; lloraban los infelices porque no podían pagar los tributos, y en vez de pedirles un servicio de hombres y de dinero para defender los derechos de mi hijo contra los infantes de la Cerda, para defender la patria, que querían llevarse á pedazos los aragoneses y los portugueses y los franceses y los moros; he vendido mis alhajas, nobles reliquias de mis antepasados; he empeñado á los judíos mis villas y mis castillos; me he quedado pobre; he fundado para la piedad de mis vasallos y para su salud, santuarios y hospitales; no ha habido llanto que haya llegado hasta mí que yo no haya enjugado; no ha habido desdicha que me haya buscado que no haya encontrado en mí consuelo; yo puedo levantar sin temor la frente al cielo, segura de que no ha de herirla el rayo de la indignación divina; yo puedo bajar la vista á la tierra, segura de encontrarla sembrada de mis beneficios; y, sin embargo, se atreven. ¡No me conocen, Dios mío! ¡No me conocen! ¡Si me conocieran, rechazarían la calumnia! ¡La ahogarían!

—Vuestros buenos vasallos, los que pagan, los que sufren, los que gimen, os conocen demasiado. Sienten vuestros beneficios; os llaman doña María la Grande. Doña María la Grande os llamará la historia, señora; os llamará la madre de la patria, y la calumnia que á vos se atreve morirá con los traidores que la propalan como su infame memoria. No os desesperéis; no desalentéis; ofreced á Dios este nuevo sufrimiento, este nuevo martirio; la infamia de vuestros enemigos no va más allá de los muros de vuestra corte, dentro de los cuales hierven empozoñadas y revueltas en un infame consorcio la ambición, la avaricia, la soberbia, la envidia, produciendo su repugnante hija la calumnia. ¡Ah! Combatid, seguid combatiendo; Dios os prueba, os aflige, pero os guarda la victoria. ¿No veis que vuestros enemigos se devoran, se infaman, se ensangrientan los unos contra los otros? ¿No oís el sordo murmullo de vuestro pueblo, que dice sin cesar mirando de reojo á los traidores: "Mira, mira los ladrones que no se hartan nunca de nuestra sangre; míralos, míralos cómo tragan y tragan sin hartarse nunca"? ¿Y no oís el sordo rugido detrás de estas palabras de los más, que miran amenazadores á los menos? ¿Y no oís aquí y allá, por todas partes, una voz misteriosa que grita: "Reina y señora, ¿por qué no matáis á esos miserables que nos matan y que quieren mataros á vos y á vuestro hijo?

—¡Espero en Dios! ¡Confío en Dios!—exclamó llorando la reina.—El rescatará mi pueblo, El me rescatará á mí: ¿cómo? No lo sé; pero estoy segura de que no prevalecerá la traición.

El conde don Lope se levantó desalentado.

—Inútil, todo inútil—dijo—; tenéis horror á la sangre y sólo en sangre se ahogan las traiciones. ¡Dios os ampare! ¡Dios ampare á vuestros buenos vasallos! ¡Ay de un día en que sobre Castilla se echen suertes, como las echaron impíos sobre la túnica del Salvador!

—Antes el martirio que la matanza, conde.

don Lope—exclamó la reina—; basta con la guerra que me veo obligada á mantener por la patria y por mi hijo. ¡Ah! Yo me retiraría á un monasterio á vivir en paz, si mi patria, si mi hijo no me necesitasen. Yo no quiero por mí misma las grandezas del trono; el trono para mí es una esclavitud y un martirio. Cumpla mi hijo su mayor edad, vea yo asegurada en sus sienes la corona, entréguele yo los destinos de la patria, responda él á Dios de lo que hiciere, y la reina doña María no pesará más sobre la rabia de sus enemigos.

—¡Pudiera yo evocar de la tumba al bravo, al tremendo rey don Sancho IV—exclamó con una desesperada energía el conde don Lope—, y las traiciones se desvanecerían, como la niebla al sol!

—¡Callad! ¡callad, don Lope de Haro!—exclamó la reina con voz opaca y concentrada; el remordimiento mató á mi desventurado esposo. Aún me parece sentir el estremecimiento de su agonía; pesaba sobre él la maldición de su padre; tenía sobre la conciencia la hirviente sangre de la guerra civil. Nos ha dejado por herencia la ambición y la rebeldía, de que él dió el ejemplo: yo me reconozco como la víctima expiatoria de los pecados de nuestra familia, y yo no verteré sangre, no, no la verteré jamas, y lloraré siempre la que corra en una lucha que yo no provoco por la patria y por el rey.

—Adiós, señora—dijo el conde don Lope, y que Dios se apiade del reino y del rey.

Y besó la mano á la reina y salió.

La reina permaneció durante algunos momentos inmóvil y silenciosa; luego se volvió hacia su reclinatorio, sobre el cual, en un magnífico tríptico gótico, había una imagen de Nuestra Señora de la Soledad, alumbrada por una lámpara.

Llegó al reclinatorio, se arrodilló, y con los ojos llenos de lágrimas, exclamó extendiendo los brazos hacia la Virgen:

—Santa Madre de Dios, esto es ya demasiado. Madre mía, mi honra, la honra de mis hijos. Pide á tu divino Hijo, Madre mía, me dé fuerzas para sufrir tan amarga desventura.

Y luego, dejándose caer sobre el reclinatorio, rompió á llorar desesperada.

CAPITULO VIII

LA PALOMILLA

Entre los personajes repugnantes que existían en aquel tiempo en la repugnante corte de Castilla, se contaba la alta dama á quien se sobrenombraba con el apodo que sirve de epígrafe á este capítulo.

Era ésta doña Juana Núñez de Lara, hija de don Juan Núñez de Lara, el viejo, y de doña Teresa Alvarez de Azagra, señora de Albarracín, y hermana de otro don Juan Núñez y de don Alvaro Núñez de Lara.

Había estado capitulada para casarse con el infante don Alfonso, hijo del rey don Sancho IV y de doña María Alfonso de Molina; pero la muerte prematura del infante impidió este casamiento, solicitado y alcanzado por la codicia de los parientes de doña Juana.

Nuestros lectores habrán advertido que la mayor parte de los ricos hombres, los Laras, los Haros, los Castros, los Pimenteles, estaban próximamente emparentados con la casa real.

Esto se comprende, por la necesidad que los reyes tenían de los servicios de estos magnates, que no los otorgaban, así puede decirse, sino cuando se los pagaban de una manera escandalosa. Ya era una villa, ya un castillo, ya la mano de una infanta ó infante, para uno de sus hijos ó hijas, lo que al rey pedían; y como en aquellos tiempos durísimos, de continua lucha y de perennes rebeldías, les iba á los reyes la corona, porque tal ó cual poderoso rico hombre se pusiese ó no de su parte, de aquí que estos ricos hombres se engrandeciesen á costa del rey, arrancándole territorios, ó levantasen su nobleza emparentando con la casa real.

Podía decirse que el rey reinaba á medias con los grandes señores.

Estas violencias de la rebeldía producían el encono, y á veces la tiranía de los reyes contra los grandes vasallos.

Así vemos en la historia á Sancho IV matando en Alfaro á un cuñado suyo, pretendiendo matar á su hermano; á don Pedro el Justiciero segando cabezas de nobles, y á los nobles acometiendo al rey en abierta rebeldía, y llegando hasta el punto de asesinarle alguna vez, como aconteció con don Pedro I.

No había otro derecho que se respetara que el de la fuerza; no había lealtad que no fuera interesada; no había honra que no transigiese con la traición, teniendo siempre por guía el interés; no había seguridad ni para el rey ni para los grandes, y antes de que la monarquía se constituyese definitivamente bajo los reyes Católicos, dominándolo todo, la historia de la Edad Media en nuestra patria, no es otra cosa que la continua, la afanosa dependencia de los reyes, de los grandes señores.

Estos aparecen, más que como caballeros, como bandidos, como salteadores del poder, como aventureros, que no tenían reparo en deservir á su rey y señor natural, si otro rey enemigo les pagaba mejor.

Rara es la casa que se remonta hasta aquellos tiempos que, si puede vanagloriarse con hechos heroicos de sus antepasados, no tenga también que avergonzarse con hechos ruines.

Esto era necesario: España se restauraba lentamente, combatiendo primero contra los árabes, después contra los moros; los caudillos de las primeras conquistas habían fundado reinos sobre el país conquistado, pero aún no habían fundado verdaderas dinastías.

España estaba dividida en diferentes reinos, pequeños todos, todos insuficientes por sí mismos para hacer con provecho la guerra contra el enemigo común.

Además, los reyes cristianos se empeñaban en guerras encarnizadas, vertían la sangre de sus pueblos en empresas ambiciosas, y de aquí el largo período de la guerra de reconquista, desatendida siglos enteros, por las luchas que podían llamarse intestinas, de los reyes de los diferentes estados de España entre sí.

Cada uno de estos reinos había creado una legislación, un fuero, una manera de ser particular; el feudalismo, demasiado preponderante, había influído en la formación de aquellos fueros: resultaba de esto una gran inarmonía entre los pequeños estados de España, inarmonía que no pudieron ó no quisieron destruir los Reyes Católicos, y que hace que España, en nuestros días, más que un estado homogéneo, sea una confederación.

Pero nos ocupábamos de la Palomilla, y sin saber cómo, de deducción en deducción, nos hemos ido muy lejos de nuestro objeto: volvamos á él.

La Palomilla era la alta dama á quien Zayda Fátima se había encontrado de una manera tan extraña en el arrabal de los Molinos, dentro del burdel de Marilinda, y anegada, por decirlo así, entre los hampones, que afortunadamente no la habían conocido.

¿Cómo había ido allí doña Juana Núñez de Lara?

Se encontraba con una muy noble compañía en una misteriosa casa de la calle de Mari-Ponce; esta casa se elevaba á poca altura detrás de una tapia al otro lado de un pequeño patio, determinado por esta tapia y por el muro de la casa.

En la tapia había un postigo de roble.

Por encima de ella se veían algunos árboles, y detrás de los árboles tres ventanas que correspondían al único piso que tenía la casa.

Estas ventanas estaban constantemente cerradas; por lo menos, los vecinos nunca las habían visto abiertas.

La curiosidad había pretendido averiguar quién vivía en aquella casa; pero sólo se había averiguado que vivía en ella un africano, ó por lo menos, si no vivía, salía y entraba en ella con alguna frecuencia.

Si habitaba en la casa alguien más, se ignoraba.

Pretendióse saber quién era aquel africano que no se quitaba jamás la cota de mallas, que gastaba birrete de acero y llevaba manto y calzas de grana y espuelas en los borceguíes como un caballero.

Pero como nadie se atreviese á preguntarle, hubieron de contentarse con seguirle muy á la larga, y aun así, no sin miedo de que el africano reparase en ello; tan feroz era su aspecto y tan terrible su mirada.

Sacóse en limpio al fin que aquel misterioso personaje, cuando salía de la cerrada casa del arrabal de los Molinos, tomaba por la puerta de Nuestra Señora, y siguiendo la ronda interior del muro, cortaba en el punto necesario hacia el interior, para llegar á una gran casa toda de piedra y muy rica, situada frente por frente de los dominicos de San Pablo.

En aquella casa vivía con su esposa doña María de Haro, con sus deudos y sus servidores, el infante don Juan.

Algún vecino demasiado curioso del arrabal de los Molinos, se atrevió á ponerse en contacto con alguno de los de la baja servidumbre del infante, le llevó á la taberna, le convidó y ave-

riguó que aquel africano era el señor Ben-Tayde, gran escudero del infante don Juan, ennoblecido por él y por él creado caballero.

Aquí hubo de detenerse, no pudiendo pasar adelante la curiosidad de los del arrabal de los Molinos.

¿A qué iba á la casa cerrada el alcaide de los escuderos del infante don Juan? Se ignoraba.

Para salir de la duda, era necesario habérselo preguntado al mismo señor Ben-Tayde, y no se atrevía á tanto el más bravo de los vecinos del arrabal; tal respeto infundía lo feroz del aspecto del señor Ben-Tayde.

Decían algunos vecinos y muchos de los de la gente maleante, que como hemos dicho iba á divertirse al arrabal, que algunas noches, entre el oscurecer y el toque de cubre fuego, había visto entrar ó salir una dama muy acompañada de servidores y muy resguardada en la casa misteriosa, y otras noches á dos caballeros de mayor estatura el uno que el otro, y muy resguardados también en la misteriosa casa.

Pero no había podido averiguarse, ni nadie se había metido en ello por lo peligroso, quiénes fuesen esta dama y estos caballeros.

Ahora bien; nosotros lo sabemos, y no queremos hacer un misterio de ello.

La dama era doña Juana Núñez de Lara, la Palomilla, y eran los caballeros el señor rey don Fernando el IV y su señor tío el infante don Juan.

La Palomilla estaba entre los diez y ocho y los veinte años; era hermosa, hermosísima á maravilla, y sobremanera altiva, ambiciosa y soberbia, lo que no impedía fuese, según decía la voz pública cortesana, un tanto ligera de cascos por enamoradiza.

Decíase que á esto debía su apodo de Palomilla: á que había saltado de uno á otro señor sin detenerse en ninguno, como las mariposas que saltan de flor en flor sin detenerse en ninguna de ellas más que un momento.

Si á esto debía su epíteto de Palomilla, esto es, de mariposuela, los que le pusieron tal nombre anduvieron muy galantes con los barbudos á quienes había distinguido un momento el capricho de doña Juana, considerándolos como flores.

La verdad es que si doña Juana, en su versatilidad amorosa, no había dado motivo grave para que su buena reputación cayese por tierra, había adquirido una reputación problemática.

Por último, había dejado conocer que su ambición dominaba á su corazón, casándose con el viejo infante don Enrique el Senador, porque doña Juana, en la época en que la presentamos á nuestros lectores, hacia un año que se había casado con el tutor del rey.

La educación de doña Juana había sido muy descuidada; tanto su padre como sus hermanos, habían pensado muy poco en ella, distraídos con sus asuntos propios y empeñados en una tenaz lucha de ambición, que en sus alternativas, tan pronto los tenía en Castilla bien avenidos con el rey su señor natural, ó enemistados con él ó desnaturados, refugiados ya en Aragón, ya en Francia, ya en Portugal, y ya también en el reino moro de Granada.

La lucha de los magnates con el rey y del rey con los magnates, era el cuento de nunca acabar: tan pronto el rey los declaraba traidores y los quitaba sus villas y castillos, como los llamaba, les volvía su gracia y lo que les había quitado con creces, y los declaraba lealísimos.

Vicisitudes de los tiempos.

Por su parte, los grandes señores se separaban del rey sin otro motivo que la conveniencia; se levantaban soberbios como quien se enoja para siempre, se desnaturaban con arreglo al fuero de los hijosdalgos, y después de algunas fechorías, volvían á solicitar humildemente la gracia del rey, y le reconocían por señor y se humillaban y tomaban otra vez la naturaleza que habían dejado.

Con estos vaivenes, que eran más frecuentes que en otras casas en la de Lara, por la gran importancia que tenían en Castilla, claro es que la educación de una joven de la familia no podía ser bien atendida. Se salió del paso metiendo á doña Juana á los tres años en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas.

Pero los conventos de monjas no eran entonces lo que fueron en tiempos muy posteriores y lo que son ahora; nos referimos á la clausura: no existía verdaderamente, por más que estuviese consignada en las reglas: una monja era una dama que no tenía otra cosa que la separase del mundo, que el voto de castidad.

Asistían á saraos, á justas, á torneos, salían y entraban libremente, viajaban, vivían, en fin, como otra dama cualquiera, salvo el voto, y con mucha frecuencia dejaban el hábito para vestir galas.

Acontecía lo mismo respecto á los religiosos y aun á los prelados.

De la orden de San Bernardo, salieron los terribles caballeros del Templo.

Se unían en una sola persona, el monje humilde sujeto á la castidad y á la obediencia, y el soldado feroz.

Los prelados eran á un tiempo pastores y ovejas y caudillos de gente de guerra.

La misma mano que daba la bendición episcopal, daba en un bote de lanza la muerte al enemigo.

A otros tiempos, otras costumbres.

Los siglos transcurriendo, y las sucesivas reformas hechas en la disciplina de la Iglesia, han relegado al clero secular y regular á la vida del espíritu, apartándole de gestiones mundanales.

El obispo no lleva su cruz como estandarte á la batalla, la monja guarda su clausura, el religioso ha dejado de ser caballero, á excepción de los profesos de las órdenes militares, lo que va también perdiéndose; ya no se encuentran ni en el campo ni en las ciudades, monasterios murados y torreados, con honda cava, fuerte rastrillo y puente levadizo, como en los tiempos de la acción de este relato; inútilmente buscaréis hoy á una prelada cubierta de galas asistiendo á las bodas de un príncipe, como la abadesa de las Huelgas de Valladolid doña Margarita de la Cerda, ni á una comunidad de monjas como la de San Pedro de las Dueñas de Toledo, asistiendo fuera de clausura á la corte y entre hombres al duelo; por el rey don Sancho IV.

Entonces no se tomaba esto á mal; estaba en las costumbres: las religiosas, hasta las del Cister, gozaban de una amplia libertad en cuanto al trato de gentes, sin otra cortapisa que el voto de castidad.

Así es que doña Juana vivió en el convento de Santa María la Real, con más holgura que con la que hubiera podido vivir en su propia casa al lado de su madre, encargada á un aya y rodeada de sus dueñas.

Las costumbres eran algún tanto licenciosas, como acontece en los tiempos de revuelta y de ganancia, en que se atiende más á la materia que al espíritu.

A los quince años declaró formalmente doña Juana á su hermano don Juan Núñez, que estaba cansada de la vida conventual, á pesar de que, como hemos dicho, esta vida en aquellos tiempos no era muy rígida; de la obediencia de orden, del continuo coro, de los ejercicios y de los trasnoches á causa de los maitines.

Tomóse en consideración lo dicho por doña Juana, tanto más, cuanto ya era casadera y hermosísima. Se la montó casa con gran esplendor, se la encargó á un aya, se la dieron dueñas y la espléndida servidumbre que requería su rango; y como su padre don Juan Núñez el Viejo era un potentado que se hombreaba con el rey, se empezó á tratar el casamiento de doña Juana con el infante don Alfonso.

Sancho IV no podía oponerse á las exigencias de aquel poderoso señor; cedió, y se llegó á las capitulaciones de un matrimonio que no se consumó, por la prematura muerte del infante.

Murió á su vez en 1294, y cuando ya tenía diez y ocho años doña Juana, su padre don Juan Núñez el Viejo, que la dejó bien heredada y mejor dotada con sendas villas y fortalezas. Doña Juana se consideró ya de todo punto independiente y libre, y tal hizo y tantos pretendientes tuvo y á tantos contentó y descontentó á tantos, y tanto entró y tanto salió, que haciéndose pública su ligerísima conducta, la sobrenombraron la Palomilla.

Ahora bien, cuando vino á la corte de Castilla libre de la larga prisión que había sufrido en Nápoles don Enrique el Senador, no vió sin estremecimiento, á causa de su hermosura, á doña Juana, ni sin cálculo á causa de su posición y de sus grandes riquezas.

Mientras vivió Sancho IV, doña Juana se mantuvo indiferente y aun impía respecto al infante don Enrique; pero cuando murió el rey nombrando tutor de su hijo al infante, la conducta de doña Juana para con éste cambió completamente.

No se trataba ya de un infante pobre sujeto á la voluntad del rey, viviendo, por decirlo así, á su merced, sino del poderoso tutor de un rey huérfano que no tenía más arrimo que su madre viuda, ni más esperanza que la lealtad de sus vasallos.

Doña Juana y el infante, consideraron su enlace como un negocio; ella venía á ser la tutora del rey, por la influencia que necesariamente debía ejercer sobre su viejo marido.

A don Enrique le convenía grandemente una estrecha alianza con la poderosa casa de Lara.

El casamiento, pues, se hizo en Valladolid con gran pompa, grandes fiestas, justas, torneos,

farsas, danzas y mascaradas, y doña Juana se consideró más libre que nunca, puesto que su viejo marido, en vez de ser para ella un estorbo, era un medio.

Los sucesos trajeron al homenaje de la reina y á la corte de Castilla al infante don Juan y á su mujer doña María de Haro, al mismo tiempo que se llevaron á la frontera de Andalucía al infante don Enrique, adonde no quiso seguirle su mujer.

La casa de Haro y de Lara estaban de antiguo muy emparentadas, y doña Juana y doña María, esposa del infante don Juan, se hicieron grandes amigas, y entonces se trató del extraño casamiento de don Juan Núñez de Lara, que ya era hombre duro, con la infanta doña María, hija del infante don Juan, señor de Valencia, y de doña María Díaz de Haro, cuya infanta sólo tenía tres años, á pesar de lo que, se la entregó á su esposo.

Este casamiento no pudo llegar á efecto porque la tierna infanta murió antes de la edad nubil.

Estrecháronse, pues, las relaciones de parentesco y amistad entre doña Juana de Lara y doña María de Haro, de tal manera, que siempre andaban juntas, pasando recíprocamente largas temporadas la una en la casa de la otra, y acechando las dos á la par á la buena reina doña María, á quien afectaban traidoramente y mirando á su provecho, un grande amor.

El joven rey estaba continuamente al tope de las dos ilustres parientas, y... pero esto requiere capítulo aparte.

CAPÍTULO IX

EN QUE CONTINÚA LA MATERIA COMENZADA

Doña Juana de Lara era alta, esbelta, gallarda, y blanquísima.

Tenía unos poderosos ojos del color del fondo del mar en una bahía tranquila. Aquellos ojos eran poéticos, elocuentes, nobles, profundos, lucientes, tranquilos, pero tenían alrededor de su órbita una especie de aureola "sui generis" que hubiera hecho decir á un pensador experimentado: es necesario tener mucha cuenta con las malas vueltas de este arcángel.

En efecto, aquella especie de aureola indicaba una grande pervesidad; pero esta aureola era una leve sombra que no aparecía siempre en los ojos de doña Juana.

Por lo demás, su juventud era mórbida y brillante, y sus cabellos rubio oscuros, de un tono excesivamente sensual, eran profusos y larguísimos y se agrupaban voluminosos en anchas y pesadas trenzas sobre su cabeza, enriqueciendo su diadema de infanta que no se quitaba jamás ni para dormir, y que representaba sus múltiples parentescos con la casa real.

Era ostentosa, y no se presentaba jamás en público sino con trajes rozagantes de tela de seda, plata y oro, cubierta de joyas, llevada en litera ó en hacanea, rodeada de dueñas, pajes y mayordomos, y escoltada por hombres de armas.

El rey no había visto sin afición á doña Juana, ni ésta sin íntimo contento la afición con que la miraba el joven príncipe.

Esto había sido reparado también por doña María de Haro, que había hecho reparar en ello al infante don Juan.

El rey, á pesar de sus trece años, era ya un mancebo completamente desarrollado y hermoso, aunque de mala salud porque adolecía de cuartanas.

Había heredado el enérgico carácter de su padre y de su abuelo, y era violento y terrible, mal sufridor de contrariedades y gran acometedor de enemigos; olvidaba con mucha facilidad la prudencia por la ira; durante ésta, buscaba la sangre y no olvidaba ni perdonaba.

Verdad es que, león de buena raza, no se enojaba sin razón, que su ira era justiciera; pero también es cierto que llevaba la justicia hasta la exageración.

La reina doña María, que era la prudencia misma, veía con sobresalto estas tendencias del rey á llevarlo todo á sangre y fuego.

Sabía cuán caro le había costado esto á su padre, y prefería con un gran corazón y una alta política, los buenos medios á los medios violentos.

Los pueblos son fieras domesticadas, y no debe acostumbrárseles á la sangre para que no contraigan la necesidad de beberla.

Fernando III, Enrique II, los Reyes Católicos, Fernando VI y Carlos III alcanzaron más por los buenos medios, que otros reyes que han lle-

vado hasta la sangre y por sistema, el principio de autoridad y de justicia.

Fernando IV era violento, había visto la violencia en su padre, y después de la muerte de éste, habían acabado de irritarle las rebeldes violencias de los altos vasallos.

Esta irritación de su carácter, las contrariedades que se veía obligado á sufrir, mal su grado, le habían hecho voluntarioso y asequible á los que, conociéndole y por explotarle, se sometían, como el infante don Juan su tío, á las exigencias de su enérgica voluntad.

La reina doña María era una mártir completa; la aturdían, la desorientaban las continuas embestidas de tantos intereses encontrados, y por otra parte veía que su hijo no había heredado su prudencia, y que tenía el carácter menos á propósito para aquella eterna y encarnizada lucha contra el egoísmo, la soberbia y la traición.

Tamía que, llegado á su mayor edad, se despeñarse por su propio ímpetu é hiciese inútiles todos sus sacrificios de madre.

Tenía además el rey muy malos lados: su ayo don Ruy Pérez Ponce, maestre de Calatrava, excelente hombre y probado en gran virtud, nunca le iba á la mano por respeto á la dignidad real, ni avisaba de los defectos del rey á la reina doña María, temeroso de afligirla.

Esto era funesto; el rey amaba y respetaba á su madre, y delante de ella encogía su carácter.

Lo que el rey hacía ó decía apartado de la reina, no había quien á la reina lo dijese.

Por otra parte, tenía el rey en su servidumbre, como escudero y camarero, un caballero, natural de Palencia, llamado Juan Alfonso de Benavides, hombre bajo, si no de cuna, de ideas, adulador y ambicioso, que sabía llevar el genio al rey y le complacía en todo y le instruía prematuramente en cosas en que no hubiera debido instruirle.

Hacíase éste tal hipócritamente el honrado y el bueno delante de doña María, contra la cual sentía en su corazón odio, porque temía que la perspicacia de la reina le leyese el alma y le apartase por previsión del servicio del rey.

Juan Alfonso de Benavides conspiraba en silencio contra la reina, y no era él el causante menor de las infames calumnias que contra la reina se sonrugían en la corte.

Juan Alfonso de Benavides fué el primero que, por su privanza con el rey, tuvo noticias ciertas de la afición de éste á doña Juana de Lara.

El rey le había hablado con encarecimiento de ella, y le había dicho que mejor hubiera querido que le casaran con doña Juana que con doña Constanza, que al fin era una rapaza de ocho años, y ni con mucho tan hermosa como doña Juana.

Sonrióse sutilmente Benavides al escuchar esta manifestación del rey, y le dijo: que no embargaba el que doña Juana no fuese su esposa, para que llegase á buen logro la afición que por ella sentía, y que él haría lo que fuese menester para que el rey y doña Juana se viesen.

Aceptó con gozo el rey los buenos oficios de Benavides, y éste se fué á ponerlo todo en conocimiento del infante don Juan, que ya había notado el enamoramiento del rey por doña Juana, y andaba dando vueltas en su perversa imaginación para volver á aquel amor en su provecho.

Oyó, pues, con gran contento el infante á Benavides, y empezó desde aquel punto una sorda intriga, que tenía por objeto el desprestigio de la reina, que debía procurarse llegase hasta el punto de que los reinos la quitasen la gobernación y la tutela del rey, relegándola infamada é impotente á un oscuro retiro.

Don Juan pensaba en que, como tío del rey y emparentado con los más poderosos señores, nadie podía quitarle la gobernación del reino y la tutela del rey, sucediendo, cuando más, que tuviese que partir por algún tiempo su poder con el infante don Enrique, hasta que, envolviéndole en una mala intriga, le perdiese.

Púsose de acuerdo el infante con doña María de Haro, y ésta con la ambiciosa doña Juana Núñez de Lara.

Esta alentó la esperanza de ser reina; cierto es que había que quitar de en medio á la reina doña María, y que era de todo punto necesario que el rey y doña Juana enviudasen.

¿Pero qué importaba esto? A todo se llega con perseverancia, paciencia, astucia y buenos amigos.

El infante don Juan llamó á su "factotum" Ben-Tayde, y le dijo:

—Es necesario que me busques fuera de muros, en uno de los arrabales de la villa, una pe-

queña casa en que puedan ocultarse cosas que es necesario que nadie entienda.

Al otro dia, Ben-Tayde dijo al infante don Juan:

—He encontrado en el arrabal de los Molinos, en la calle de Mari-Ponce, una pequeña casa, lo más á propósito del mundo para lo que vuesa merced quiere; pero está desmantelada, y los frailes de San Pablo, cuya es, piden por ella dos mil maravedises viejos.

—A don Jonás con eso—dijo el infante—; que le dé los dos mil maravedises, compra la casa á nombre tuyo hoy mismo, y esta noche iré á verla.

En efecto, aquella noche, rebozado y de incógnito, fué el infante con Ben-Tayde á ver la nueva adquisición que había hecho.

La casa, como hemos dicho, tenía ante sí un pequeño patio, en que se elevaban, altos y frondosos, algunos gigantescos álamos negros.

En el fondo de este patio había, en el piso bajo, una sola puerta, y en el superior tres ventanas.

Pasando por esta puerta, se llegaba á un recibimiento oscuro, que ocupaba todo el ancho de la casa.

De aquel recibimiento se pasaba á un patio estrecho y largo, que á la derecha tenía una altísima tapia, á la izquierda, en un cenador, una sala baja, cuya puerta, de arco de herradura, mostraba una mutilada ornamentación árabe; el interior de la sala no dejaba ver otros restos de ornamento que un techo de ensambladura gótico-árabe.

Saliendo de la sala y por el fondo del cenador, se llegaba á una estrechísima escalera, y por ella á una galería en el segundo piso, en que se llegaba á otra sala que comunicaba con una cámara, buena por lo espaciosa y alta de techo, en la cual estaban las tres ventanas que daban sobre el patio.

Esta casa estaba polvorienta, ennegrecida, rotos los pavimentos, agujereados los techos; pero el infante vió que estaba aislada, que las paredes eran fuertes, que nada en fin de lo que sucediese en el interior podía trascender á lo exterior, y dió órdenes é instrucciones á Ben-Tayde para la restauración y la ornamentación de la casa, y á don Jonás la de que aprontase el dinero necesario, lo que hizo decir á don Jonás cuando se hubo quedado solo, que su señor creía que su dinero hacía el milagro de no acabarse nunca.

Sea como quiera, á los ocho días de la compra de la casa, estuvo ésta restaurada, pavimentada, entapizada, alfombrada y amueblada, no de cualquier modo, sino con gran lujo y riqueza.

Los vecinos habían hecho de esto gran conversación; pero no habían podido sacar en claro quién había mandado hacer la obra, porque ni para esto había dado la cara Ben-Tayde.

Poco después, y de tiempo en tiempo, entre la hora del oscurecer y la de la queda ó cubre fuego, algunos hombres armados interceptaban la calle de Mari-Ponce, mas acá y mas allá de la casa misteriosa, y nadie sabía ni podía saber quién entraba ó salía de ella durante aquel tiempo.

Y aconteció que en la misma noche en que el infante de Aragón fué á dar música al pie del Alcázar, y por su irreverencia salió Alvaro de Estúñiga y le acometió y se metió revuelto con él y con los suyos en la callejuela de Mari Ponce, una dama que con sus dueñas y sus escuderos acababa de salir de la sobredicha casa, fué arrollada y metida contra su voluntad y envuelta en la tromba, en el fígón de Marilinda.

Se cruzaban las aventuras: dos caballeros con sus escuderos habían escapado huyendo del tumulto por otro lado de la calleja que salía al campo.

Ya sabemos que la dama era la Palomilla.

Los dos caballeros que habían escapado con sus escuderos, sin duda por no ser reconocidos, eran el rey y su tío el infante don Juan.

El chubasco les había cogido fuera ya de la casa, cuya puerta había cerrado Ben-Tayde y no había podido recogerse á ella.

Como doña Juana no había podido volver á Valladolid, por haberla alcanzado fuera el toque de cubre fuego, tampoco pudieron entrar el rey y el infante, que se quedaron en el campo sin saber qué hacerse, si volver á la casa consabida ó hacerse abrir las puertas de la villa.

CAPITULO X

DE CÓMO EL INFANTE DON JUAN HUYÓ DE UN MUERTO Á QUIEN SIGUIÓ EL REY

—¿Qué es esto, don Juan?—dijo el rey, que estaba fuertemente contrariado, alejándose con su tío á buen paso por entre las huertas que ro-

deaban el arrabal.—¿Qué hacen mis merinos, mis alcaldes, que así consienten estos escándalos?

Había allí medio mundo de gente perdida.

—Señor—contestó el infante:—esta es la mala espuma de las cortes. Valladolid es una villa muy populosa, y á más de esto, tiene Universidad y más de veinte conventos, que atraen gran número de hampones, toda gente alegre y de mal vivir.

—Pues necesario sería limpiar á este arrabal de esa inmundicia, si es que hemos de volver á él. ¿Sabéis, mi buen tío, que hemos estado á punto de que esos pícaros nos cojan en medio y nos arrastren consigo? ¿Qué habrá sido de doña Juana?

—Qué sé yo, don Fernando, qué sé yo—dijo el infante, que estaba de muy mal humor, temiendo que aquello hubiese sido el resultado de una intriga.

—De seguro, doña Juana no ha podido volver á Valladolid, porque no ha tenido tiempo de llegar á él desde que sucedió ese tumulto hasta que sonó el toque de queda. Debe de andar perdida por esos campos.

—Doña Juana no se pierde tan fácilmente—dijo el infante—; y además, va resguardándola gente brava.

—¿Y qué gente brava basta contra aquellos furiosos?—dijo el rey.—¿No oíais cómo gritaban, cómo aullaban, cómo rugían?

—Gente alegre, y no más que gente alegre, señor.

—No importa—dijo el rey—; es necesario enviar á Benavides, á fin de que vea si está entre esa gente alegre doña Juana.

—Como queráis, señor—dijo el infante.

Y haciéndose un tanto atrás, se volvió al grupo de hombres armados que seguían al rey, y dijo:

—Venid acá, señor Juan Alfonso de Benavides.

De entre aquellos hombres, salió otro que se acercó al infante.

—Id—le dijo éste—, y ved si por acaso, detenida entre esos pícaros que se divierten en el arrabal, está doña Juana.

—Os advierto, señor infante—dijo Benavides, —que yo no me meto solo entre esos desalmados, porque me harán pagar la costa sabe Dios cómo; es gente que no teme ni á Dios ni al rey.

—Llevad con vos seis hombres.

—Aun así es poco; será necesario inventar alguna razón para meterse entre ellos.

—Pues inventadla en buen hora, Benavides, y cumplid con lo que el rey manda, y tened en cuenta que alguna vez se ha de exponer algo por el Señor, que de continuo nos honra y nos favorece.

—Tiene vuesa merced razón, señor infante—dijo Benavides—; y allá voy, suceda lo que quiera.

Y no de muy buen talante, se alejó, llevándose consigo seis hombres de los de la escolta del rey.

El infante volvió, donde al pie de un copudo árbol esperaba el rey don Fernando el IV.

—¿Sabéis lo que pienso, mi buen tío?—dijo el rey.

—¿Y qué pensáis, señor?—contestó suavemente el infante, que adulaba cuanto podía á su sobrino.

—Pienso que no es decente que nos andemos vagando por el campo y trasnochando, ni decente tampoco que vayamos á llamar á la puerta de Nuestra Señora, que no nos abrirían sino dando nuestro nombre; se rompería el incógnito, se murmuraría de vos: esto no puede, no debe ser, y mientras habéis estado hablando con Benavides, se me ha ocurrido un medio.

—¿Y cuál, señor? Siempre será tan bueno como pensado por vos—dijo el infante.

—Mirad, tío—contestó el joven rey—; á dos tiros de ballesta de este sitio, está la ermita de Nuestra Señora del Carmen, y un poco más allá, el campo cerrado de esos capitanes aventureros incógnitos, que se han puesto de una manera tan extraña y tan sin que los paguemos, á nuestro servicio.

—Y bien—dijo el infante.

—Paréceme, que á quien con tanta lealtad y tanto desinterés se ha prestado á servirnos, podemos confiar sin recelo las personas del rey y de un infante de Castilla.

—Me parece lo mismo, señor—contestó el infante—; pero á propósito de esa compañía franca, ¿qué juzgáis del incógnito de sus capitanes?

—A fe que no lo sé, ni es fácil dar con ello; porque sin tan leales son, ¿por qué no muestran el rostro para que los recompensemos?

—Yo creo que la señora reina, vuestra madre y mi hermana, conoce por lo menos á uno de ellos.

—¿A cuál, tío?

—Al caballero del Aguila Roja.

—¿Y de qué sacáis eso?

—De que vuestra señora madre miraba de una manera singular á aquel caballero, como quien quería reconocerle.

—Pues si le quería reconocer, no le conocía, ó por lo menos, no tenía seguridad de quién fuese—dijo el rey—; y esto echa por tierra lo que se dice de que la reina, mi señora, paga de su peculio esa compañía franca, y que si sus capitanes se encubren es para que no se sepa que son antiguos servidores de la reina.

—¿Quién sabe quiénes serán? Lo que yo sé deciros en confianza, es que la mirada fija á través de su antifaz en mí del enlutado caballero. Sin nombre, me causó una sensación que no podría explicaros sino diciéndoos que me pareció experimentar algo de lo que sentiría un hombre á quien mirase un alma del otro mundo.

—¿Por aparecidos tenéis á esos dos capitanes encubiertos?—dijo con un acento singular el rey, acento en que se notaba una sombra de pavor.

—No afirmo que sean almas del otro mundo, pero sí que son personas á quienes conozco mucho, porque ellas mucho me conocen: la manera que tenían de mirarme, no me deja duda.

—¿Y creéeis que podemos correr algún peligro poniéndonos en manos de esa gente?

—Creo, por el contrario, que son lealísimos servidores vuestros y muy obligados á la reina.

—Paréceme que se acerca alguien, tío.

—Sin duda es Benavides que vuelve; veamos: ¡hola, Benavides! ¿sois vos?—añadió don Juan dirigiéndose á un bulto que se acercaba.

—Sí, señor infante, soy yo—contestó Benavides acercándose.

—Y bien, ¿qué noticias traéis de doña Juana de Lara?—dijo el rey.

—He entrado en una especie de infierno en que se divierten ruidosamente una multitud de diablos y de diablas; me ha sido forzoso empezar por darles un florín para que no se desmandasen y me hiciesen pagar de mala manera el piso; he preguntado después, y me han dicho que una que parecía dama por su traje y por el acompañamiento que llevaba, se había ido escoltada por algunos hombres de armas de un capitán enmascarado que llevaba sobre la sobrevesta un pájaro rojo; ítem más: me han dicho que el caballero del pájaro se llevó consigo á otros dos caballeros muy galanos, que con sus respectivos escuderos se habían metido riñendo en la calle de Mari-Ponce.

—Bien—dijo el rey—; razón más para que vayamos al campo cerrado del caballero del Aguila Roja. Id vos delante, Benavides; llegad á la poterna de ese campo, llamad y decid á la guarda que un camarero del rey quiere hablar con el caballero del Aguila Roja.

Benavides tiró para adelante.

El rey y don Juan siguieron escoltados á lo largo por algunos hombres.

—Esperemos aquí—dijo el rey cuando hubieron llegado á la ermita de Nuestra Señora del Carmen.

Se habían detenido cabalmente por la parte de la ábside, junto á la puerta secreta de la mina, por donde se penetraba en el alcázar mayor.

Apenas se habían detenido, se oyó un ligero rechinamiento.

Como comprenderán nuestros lectores, aquel rechinamiento le había causado al abrir la puerta secreta el conde don Lope, que volvía de su grave entrevista con la reina.

El infante don Juan y el rey se volvieron.

Estaban tan próximos, que á pesar de lo obscuro de la noche, vieron una abertura mucho más lóbrega en el muro de la ermita, é inmediatamente el infante fué tropezado por un bulto negro.

Era don Lope que acababa de salir, sin reparar, á causa de la obscuridad, en los bultos del rey y del infante, con quien tropezó.

—¡Vive Dios!—exclamó éste.—¿Quién sois?

Y tendiendo la mano, asió un brazo de don Lope, cabalmente el brazo derecho.

—Este hombre tiene el brazo derecho mutilado—dijo el infante.

—Sí—contestó el conde don Lope con voz tonante—; me le mutilaron en Alfaro, donde vos debísteis morir conmigo.

Y al decir esto, sacó de debajo de su manto un farol que llevaba escondido, y echándose atrás con un enérgico movimiento de cabeza el capuz, se alumbró el semblante.

—¡Las tumbas arrojan sus cadáveres!—exclamó el infante con los cabellos erizados de espanto.

Y sin ser poderoso á otra cosa, dominado por el pavor, huyó.

El rey quedó inmóvil, mirando atónito al con-

de don Lope, á quien no conocía, y que continuaba iluminándose el semblante.

Bajó al fin el farol, le ocultó bajo su manto, y dijo:

—¿No os espantan los aparecidos, señor?

—Al hijo de mi padre no le espantan ni los muertos ni los vivos—contestó valientemente el rey.

—Bien se muestra la sangre de donde venís—dijo el conde—; y puesto que nada os espanta, ¿queréis venir á hablar con un alma del otro mundo entre aquellos árboles?

—Sí—dijo el rey.

Y tiró hacia los árboles que don Lope Díaz de Haro le había indicado, y que dejaban ver su negra masa á alguna distancia.

Los de la escolta del rey le siguieron.

La puerta secreta se había cerrado por sí misma en el momento en que había salido el conde don Lope.

CAPITULO XI

DE CÓMO EL REY DON FERNANDO EL IV TENÍA BASTANTE VALOR PARA ESCUCHAR LAS RAZONES DE UN MUERTO

Metiéronse entre los árboles.

En uno de ellos cantaba monótonamente un cuclillo.

El viento desapacible, frío, corría entre los árboles, produciendo un zumbido lúgubre, que armonizaba de una manera imponente con el tristísimo canto del pájaro y con el sordo rumor de las hojas.

Estos siniestros ruidos se levantaban entre un silencio profundo.

El rey era bravo y no temblaba; ni aun sentía el menor asomo de miedo, á pesar de encontrarse solo con aquel misterioso personaje, del que había huido lleno de pavor el infante don Juan, que tenía reputación de alentado.

La oscuridad de la noche era más densa entre los árboles.

Apenas veía el rey el bulto del conde don Lope, que se había detenido y permanecía inmóvil delante de él y á poca distancia.

—¿Quién sois?—preguntó con altivez el rey.

—Pedid mi nombre al infante don Juan—contestó el conde—; él os dirá que yo soy un aparecido.

—¡Un aparecido!—exclamó con asombro, pero no con miedo, el rey.

—Sí, vuestra señoría está hablando con un muerto.

—Y ese muerto, ¿ha olvidado su nombre?

—No, ciertamente; este muerto ha sido gran privado de vuestro padre, y el serlo tanto, le costó la vida.

—¿Dónde moristeis?

—En Alfaro.

—¿A manos de mi padre?

—No; bajo las espadas y las mazas de los ballesteros.

—Entonces no sois el traidor Diego López de Campos, y quien mi padre mató de tres espadadas en la cabeza.

—Ese era mi primo—contestó el conde—; yo soy vuestro tío, marido de la hermana de vuestra madre, el conde don Lope Díaz de Haro.

—Pues si tal sois, y á mí os aparecéis, de parte de Dios os digo que digáis qué queréis y á qué venís.

—Quiero que en bien de mi alma escuchéis las razones que quiero y debo deciros.

—Hablad, que yo os responderé.

—¿Respondereisme en verdad? Jurádmelo.

—Yo os juro por el nombre de Dios no responder á lo que me dijereis con palabras vanas y mentirosas.

Hubo un momento de silencio, después del cual el conde don Lope dijo:

—¿Qué hacéis, señor, de noche, fuera de los muros del Alcázar y de la villa, en compañía del infante don Juan, que es vuestro enemigo y enemigo del género humano?

—Por mi tío, muy querido y muy leal para mí, le tengo.

—Es cierto; sois un mozo muy adelantado para vuestra edad, y por más que os han criado muy bien, vuestra madre y vuestro ayo el maestre de Calatrava, don Ruy Pérez Ponce, habéis heredado el genio aventurero, audaz y voluntarioso de vuestro padre.

—¡Por Dios vivo!—exclamó con impaciencia y con altivez el rey.

—Habéis heredado también de vuestro padre lo violento y lo irreductible á las buenas razones. Os olvidáis de que quien os habla en nombre de Dios y por vuestro bien, es un alma del otro mundo, contra la cual nada podéis.

El conde se mantenía á alguna distancia del rey, y éste no podía saber si lo que tenía delante era cuerpo ó sombra.

Nadie dudaba entonces acerca de los aparecimientos, ni se extrañaba que los aparecidos, siendo almas del otro mundo, hablasen y tuviesen forma visible.

—Continuad—dijo el rey.

—Respondedme en verdad como habéis jurado: ¿por qué estáis fuera del Alcázar y de la villa á estas horas? ¿por qué os he visto acompañado del infante don Juan? ¿á qué infamia, á qué torpeza ó á qué ventura os ha conducido?

—Amo á una ilustre dama, á una hermosísima dama—contestó haciéndose una gran violencia el rey.

—¿Y vuestra esposa doña Constanza?

—Aún no hemos sido unidos en uno; ella tiene ocho años y yo trece; aún faltan cuatro para nuestra unión.

—¡Impureza y escándalo, abominaciones del infante don Juan: los niños llevados por la adulación y por la traición á prematuros vicios!

—¡Vicios!—exclamo vivamente contrariado el rey; yo amo como á mi hermana á esa dama.

—¡Como hermana! ¡Ah! ¡La corrupción no se apodera fácilmente del corazón de los niños! Aún es tiempo de que aprovecheis mis consejos; tengo derecho á dároslos, porque soy vuestro tío y porque obedezco un mandato de Dios. Los reyes deben tener el corazón limpio de toda impureza, porque son la justicia y no se avienen bien la injusticia y la impureza. Los reyes deben ser muy precavidos y no deben dar oído fácil á la adulación traidora que halaga sus pasiones, para hacerlos esclavos de sus vicios y dominarlos por éstos. Si el rey no es la representación de Dios en la tierra, no es buen rey; y el hombre no puede asemejarse en lo posible á Dios, sino nutriendo su corazón con la fe, con la justicia, con la caridad, con la magnanimidad, con la prudencia, con la fortaleza. Los favoritos son la carcoma que corroe el corazón de los reyes, y las mancebas la mortal ponzoña que los corrompe. El rey no es rey para satisfacer sus apetitos, sino para gobernar con justicia, caridad y fortaleza sus reinos. El rey que no es grande en la virtud, no merece serlo. Tomad ejemplo de vuestra madre, que es la virtud misma; de vuestra madre, sin la cual vos no seriais rey, ni podriais haber hecho vuestro privado á vuestro tío el torpe infante don Juan. ¿Qué dolor no causaréis á vuestra madre, á vuestra buena y noble madre, si os llama y la dicen que no estáis en el Alcázar, y si luego sabe que os habéis salido de la villa con el infante don Juan á aventuras amorosas, indignas, que no corresponden á vuestra edad, indignas de vuestro ser de rey, criminales en quien ha jurado su fe á la purísima doncella su esposa, que pasados pocos años será con él en uno, y su contento, y su alegría, y su amor, y la madre de sus hijos?

—Yo tengo un hermano y dos hermanas bastardos—contestó balbuceando y aturdido el rey: don Alfonso, doña María y doña Teresa Sánchez, habidos por mi padre en doña María, señora de Ucero, su combleza (1).

—Dios perdone á mi cormano el rey don Sancho por la injuria que hizo á mi buena hermana la reina doña María. No imitéis vos, don Fernando, los pecados de vuestro padre; no cometais la impiedad sacrílega de disculparos con ellos, porque habreis ofendido su memoria, sin salvar vuestra fama. Buscad más bien sus virtudes y acrecedlas si os es posible, y sobre todo rogad por él á Dios que le perdone; sed bueno y hacéos si os es necesario mártir, como vuestra madre, y ofreced á Dios todas vuestras tribulaciones, todos vuestros trabajos por las almas de aquellos á quienes debeis la vida y la corona que ceñís.

—Yo no soy malo—dijo con la voz apagada el rey, dominado por la severidad de las palabras y por el vibrante acento del conde.

—No lo sois—dijo éste—, pero llegaréis á serlo si os agradais de las lisonjas y de las malas artes de hombres como vuestro tío el infante don Juan, que quiere hacer de vos el escabel de su grandeza y que tiene fija la mirada codiciosa en vuestra corona para arrancárosla á la primera ocasión favorable. ¿Cómo podeis fiar en un hombre que no se sabe si es cristiano, judío ó moro, porque no tiene ni Dios ni ley; en un hombre á quien hubiera matado por traidor vuestro padre, á pesar de ser su hermano, si no lo impidiera vuestra madre, la del gran corazón, la de la gran virtud; en un hombre que, no bastándole la rebeldía contra el rey, se rebeló contra Dios, valiéndose del horror de la naturaleza, cuando ante los muros de Tarifa degolló á vista del mísero padre al hijo niño, cuya muerte selló el heroísmo de Alfonso Pérez de Guzmán; en un hombre que,

(1) Manceba de hombre casado.

acogido por el rey de Granada Mojammet-el-Ansarí, le burló, robándole su hija predilecta; en un hombre que, apenas muerto vuestro padre, se pasó á Aragón, hizo causa común con vuestros rebeldes primos los infantes de la Cerda, os tomó los reinos de León y de Galicia y se llamó rey de ellos en daño y ofensa vuestra? ¿Cómo sois tan insensato que á ese traidor mal nacido amais y respetais y os dejais guiar por él por el camino de vuestra perdición?

—Mi tío—contestó el rey—está arrepentido de sus culpas; me ama, ama á mi madre.

—Sí, como el carnicero ama á la oveja. ¡Ah!, el gran corazón, el clementísimo corazón de doña María, todo amor, todo misericordia, que consiente sobre la tierra y bajo su mano á hombre cuya existencia es una ofensa viva de la justicia.

—¡Oh!—exclamó el rey, procurando rehacerse.

—Os está hablando la eternidad por mi boca, príncipe—exclamó con voz potente el conde—. Callad, callad, oid, obedeced, apartáos de esa mujer á quien os han arrojado para que sea vuestra sirena, para que os adormezca en el deleite, os enerve, os corrompa, os envilezca y os mate.

—Esa mujer es un ángel de Dios—exclamó el tenaz mancebo.

—¡Angel de Dios, y os seduce! ¡Angel de Dios, y habeis llegado á ella por medio del infante don Juan! ¿Quien es esa mujer? Su nombre.

—Doña Juana Núñez de Lara—contestó el rey, vuelto á dominar por la severa energía de don Lope, á quien creía un alma del otro mundo.

—¡Doña Juana Núñez de Lara!—exclamó don Lope—: don Juan Núñez y don Alvaro se unen con el infante don Juan y contra vos conspiran, y olvidados de su honor, se valen contra vos de las seducciones de su hermana. ¡Oh, infamia, vileza, maldición! ¿Y qué hace, qué dice, qué piensa el marido de esa mujer, el infante don Enrique, vuestro tío, vuestro tutor? Vos, casado, amais á una mujer casada, os prestais dócilmente á las asechanzas de vasallos traidores y haceis traición en su honor á vuestro tío, á aquel bajo cuya tutela os puso vuestro padre. ¡Rey!, no provoquéis la ira del Señor, no busquéis una mala hora en que Dios levante de sobre vuestra cabeza su mano y os mate de mala muerte, y sin que podais arrepentiros de vuestras culpas, como me mató á mí. Mirad no os veais un día como yo me veo, viviendo en pena y causando horror á la sombra. ¡Arrepentíos ó temblad!

Y el conde, no creyendo oportuno prolongar aquella escena por temor de que un incidente cualquiera viniese á destruir su terrible prestigio fantástico, se hizo rápidamente algunos pasos atrás y desapareció entre los árboles.

El rey permaneció por algún tiempo aterrado, silencioso é inmóvil; se recobró al fin, y gritó:

—¡Ah de los míos!

Acudieron inmediatamente los de su escolta y el rey salió con ellos de la arboleda, en la firme creencia de que le había hablado por permisión de Dios el alma de su tío el conde don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, muerto á mano airada por su padre el terrible rey don Sancho.

CAPITULO XII

DE CÓMO EL INFANTE DON JUAN ENCONTRÓ Á ZAYDA FATIMA Y NO LA CONOCIÓ

El infante don Juan no se había apercibido de la abertura de la puerta secreta de la ermita de la Virgen del Carmen; por lo mismo, no había perdido para él nada de su pavoroso efecto la aparición del conde don Lope, á quien no podía considerar más que como un alma en pena, puesto que le había visto morir en Alfaro.

Tal fué el terror que se apoderó del infante, que hasta que se detuvo á mucha distancia de la ermita, no pudo ni aun darse razón de sí mismo.

Los árboles le parecieron espectros sombríos, envueltos en la sombra, que se movían, que se inclinaban hacia él, que adelantaban para asirle; parecíale que la tierra se movía bajo sus pies, que se abría, que le tragaba; la reposición de su pavor fué la caída en un pavor más terrible, en el de la razón.

—¡Oh!—exclamó—; todo se vuelve contra mí, los cielos y la tierra; ¡ah! los muertos salen de sus sepulcros y me persiguen; el conde don Lope Díaz, mi suegro, sí, yo le he visto, le he sentido; su brazo! ¡su horrible brazo sin mano! ¡sus ojos, que centelleaban entre la sombra, se reían de una manera infernal! ¿qué quieres de mí, conde don Lope? ¿por qué me buscas? ¿por qué me per-

sigues? ¿no he pagado solemnes sufragios por tu alma? ¡no te he vengado! ¡Ah! no he podido vengarte: una larga prisión, la cólera de mi hermano, mi fuga á Africa, ¡Tarifal... ¡Oh! ¡Tarifa! ¿Por qué eres tú más cruel, don Lope, que aquel niño que yo degollé delante de su padre? ¡Ah! ¿por qué pienso esto? Mi razón se va perturbando, me acosa el remordimiento; tal vez lo que he creío ver, lo que he creído sentir, no ha sido más que un delirio de mi fantasía. Iba yo pensando en que llegaría un día en que mi sobrino se volvería contra su madre; contra su madre, que me ha salvado tantas veces la vida, que me ha perdonado tantas veces. ¡Ah! pero la corona... mis sobrinos los de la Cerda han sido excluídos, mi sobrino don Fernando es bastardo, el Papa no ha dispensado, no dispensará los parentescos que existían entre sus padres; Aragón y Francia se oponen á elio, un bastardo no puede ser rey, la corona de Castilla es mía, yo soy el hijo tercero del rey don Alfonso. ¿Qué beneficios tengo yo que agradecer á los que me roban la corona, ni cómo he de resignarme á ser vasallo de mis vasallos? ¿por qué estas dudas, por qué estos temores, por qué estos remordimientos? ¡Ah! me voy tornando débil, voy perdiendo la cabeza; sí, sí, un delirio mío, uno de esos momentos en que no sé lo que por mí pasa. ¿Para qué tenía que buscarme el alma en pena del conde don Lope? ¿Causé yo su muerte? ¿No caí en la celada que nos prepararon á los dos? ¿Me hubiera salvado si doña María no hubiera estado en el alcázar de Alfaro? No, no, yo no debo nada al conde, como no sea que se vuelva contra mí ofrendido en nombre de su hija, por el insensato amor, por el amor mortal que siento por Zayda Fatima. ¡Ah! ¡mi cabeza! ¡mi corazón!... ¿Pero qué es esto?

El infante tembló de los pies á la cabeza.

Se habían oído pasos de hombres que se acercaban rápidamente.

Era Juan Alfonso de Benavides con los hombres del rey, con quienes había ido al campo cerrado á decir al caballero del Aguila Roja que el rey quería hablar con él.

Detrás de Benavides venía Zayda Fatima con seis de sus escuderos.

El infante, convenciéndose al fin de que los que se acercaban no eran fantasmas, sino hombres, y recordando el mensaje que se había enviado al campo del caballero del Aguila Roja, exclamó:

—¡Ah de los que llegan! ¿sois los del rey?

—Sí, señor infante—contestó Benavides, reconociendo por la voz á don Juan.

Zayda Fatima le reconoció también.

—¡Oh!—exclamó para sí—; ese hombre...

Y volviéndose rápidamente á Alfon Gil, su alférez, que la acompañaba, le dijo:

—Ya sabéis que el caballero del Aguila Roja tiene hecho voto de silencio para los extraños, y que se ha mandado guardar el secreto á toda la gente, so pena de cuerda; conque hablad vos por mí lo que fuere menester con ese señor infante, como habéis hablado con el caballero que ha venido de orden del rey.

—Descuidad, capitán, que así se hará—contestó Alfon Gil.

A este tiempo ya habían hablado Juan Alfonso de Benavides y el príncipe don Juan, y enterado éste de que venía allí el caballero del Aguila Roja, capitán de la compañía franca del campo de los Molinos, adelantó y dijo:

—Guárdeos Dios, caballero; buenas noches; el rey nuestro señor se encuentra por accidente fuera de Valladolid; no quiere llamar á sus puertas dando su nombre, y ha pensado pasar la noche en vuestro campo. Qué, ¿no contestáis?—añadió después de un momento de silencio, en que había esperado en vano la respuesta de Zayda Fatima.

—Señor infante—dijo Alfon Gil—, no extrañéis que mi capitán no os conteste, porque tiene hecho á Dios solemne voto de silencio.

—¡Ah! sí, es verdad—dijo el infante—; me había olvidado ya de la extraña circunstancia de que uno de vuestros capitanes es mudo, y de que el otro no tiene nombre; pero si sois vos el encargado de llevar la palabra, hablad.

—Señor infante—contestó Alfon Gil—, de esto poco hay que hablar, porque dicho se está que el rey puede disponer de todo lo que es de sus vasallos; puede, pues, adelantar su señoría, que para hacerle homenaje y resguardarle viene mi capitán mudo con algunos hombres de armas.

—¿Y vuestro capitán Sin nombre?—dijo el infante.

—Anda fuera del campo, señor—contestó Alfon Gil.

—Y es el caso—dijo don Juan—que el rey se ha apartado de mí y que no sé por dónde anda.

—Y bien—contestó Alfon Gil—; vuestra merced haga lo que le parezca.

—Paréceme—dijo el infante—que lo mejor

sería que saliesen del campo gentes con antorchas á buscar al rey.

—En buen hora—contestó Alfon Gil—; y para ello dénos su merced licencia á mi capitán y á mí para que al campo volvamos.

—Id, y cuanto antes, salid con las antorchas; aquí esperamos para buscar, cuando volváis, á su señoría.

Zayda Fatima, su alférez y los soldados que la acompañaban, se volvieron al campo.

Zayda Fatima entró en la gran tienda que había en el centro.

En ella, entre sus dueñas, estaba la desconsolada doña Juana Núñez de Lara.

Desconsolada, porque la aventura en que se encontraba la contrariaba demasiado, se veía obligada á pasar la noche fuera de su casa, expuesta á que la llamase la reina, á que la visitase cualquiera de sus altos amigos, y se supiese que se había perdido.

Zayda Fatima se acercó á ella y la dijo:

—El rey viene á pasar la noche como vos en mi campo, y es necesario que no os vea en él; yo no autorizo ni puedo autorizar estos amores criminales; hacedme también la merced de no revelar á nadie que me habéis oído la voz: se ha dicho á la reina, al rey, á los servidores que acompañaban á sus señorías, que yo tengo hecho voto solemne de silencio; no quiero que se sepa que tal voto no existe: ¡callad, ó me tendréis vuestro enemigo.

—¡Oh! callaré cuanto queráis, señor mío—dijo la Palomilla, que tomando por un mancebo á Zayda Fatima, se había sentido súbitamente inflamada por él.

Esto quiere decir que doña Juana Núñez de Lara no conocía a Zayda Fatima, porque había andado ausente de la corte en sus tierras, ó acompañando en sus expediciones á su marido, en el tiempo que Zayda Fatima había estado en ella.

Zayda Fatima hizo que Alfon Gil condujese á doña Juana, á sus dueñas y á sus criados á su tienda, que como alférez de la compañía la tenía superior á las otras, y que pusiese en ella guardia para que nadie entrase ni saliese.

En cuanto al músico, esto es, al infante don Pedro de Aragón con sus escuderos, y Alvaro de Estúñiga con los suyos, se les había encerrado en distintas tiendas y puéstoseles guardia.

Zayda Fatima, enmascarada, acompañada de Alfon Gil y de treinta escuderos con antorchas, salió del campo y se dirigió adonde había dejado al infante don Juan, á quien encontró con Benavides, y seis de los hombres que habían escoltado al rey.

A la luz de las antorchas, el infante don Juan examinó profundamente á Zayda Fatima, ¿quién era, quién podía ser aquel caballero que servía á la reina y de tal manera se encubría, teniendo por compañero en el mando de su gente á otro encubierto, del cual no se conocía ni aun el nombre?

Este mismo tenaz incógnito demostraba que aquellos caballeros que de tal modo se encubrían y que eran bastante ricos para mantener á sueldo una compañía tan fuerte y tan numerosa, y para haber levantado un tan buen campo cerrado, debían ser muy principales, muy importantes, muy conocidos, en una palabra.

El infante don Juan pasaba lista en su memoria á todos los caballeros amigos ó enemigos de la reina, que podían hacer aquello, y los encontraba repartidos acá ó allá, en Castilla, en Portugal, en Aragón ó en Francia, sin que faltase ninguno.

El infante tenía, por decirlo así, el alta y baja de todos los traidores y de todos los leales; conocía á todo el mundo; así es que se aturdía, no pudiendo descifrar el logogrifo viviente que se e presentaba e Zayda Fatima y en su compañero.

El aparecimiento de don Lope Díaz de Haro se relacionaba en la imaginación del infante con aquellos dos caballeros incógnitos.

De improviso se le ocurrió una idea al infante don Juan; ó los de la compañía no conocían á sus capitanes, ó los conocían demasiado; en ese caso, el infante podía saberlo todo; había reconocido á Alfon Gil.

Ya hemos dicho que Pero Rojo con su banda de aventureros había estado al servicio del infante don Juan, cuando éste se llamaba rey de León.

Por Alfon Gil podía saber de seguro el infante quiénes eran los dos capitanes.

—Y bien, caballero encubierto—dijo á Zayda Fatima—, vamos á buscar á su señoría, que debe andar perdido por esos campos.

Zayda Fatima hizo con la mano derecha y con la cabeza la señal de adelante, y se pusieron en marcha por un caminejo de atraviesa que conducía desde el campo cerrado de la compañía franca, al arrabal de los Molinos.

Cuando hubieron adelantado algún espacio, Zayda Fatima se detuvo, se llevó su bocina á los labios, y dejó oir un toque particular de llamada.

—Ya que por vuestro voto no podéis hablar—dijo el infante—, habláis con vuestra bocina.

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Así se entiende el capitán con nosotros—dijo Alfon Gil—, así nos manda; atentos á su bocina, avanzamos ó retrocedemos, acometemos ó nos retiramos; bajo su bocina, hacemos todos los movimientos militares; cuando necesita comunicarnos otras órdenes, nos las da por escrito; es decir: me las da á mí, que soy su alférez, y yo las hago cumplir.

—¿De modo que vos—dijo el infante, dirigiéndose á Zayda Fatima—reducís vuestro voto á que no se os oiga la voz?

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Debéis, pues, ser muy conocido en la corte y debe importaros en gran manera el que no os conozcan.

Hizo Zayda Fatima una señal negativa.

—¿Qué es, pues, esto?

Zayda Fatima levantó la cabeza y la mano al cielo, como diciendo:

—Lo quiere Dios.

—¿Y quiere también Dios—dijo el infante comprendiendo la intención de Zayda Fatima—que vuestro compañero en mando se llame el caballero Sin nombre?

—Sí—afirmó con la cabeza Zayda Fatima.

—Estos misterios arguyen mal—dijo severamente el infante.

Zayda Fatima hizo una enérgica señal afirmativa con la mano y con la cabeza, y luego llevó bravamente como en señal de quien arroja un mentís y está pronto á sostenerlo con las armas, la mano á la empuñadura de su espada.

—Perdonad, no he querido ofenderos—contestó el infante.

Zayda Fatima saludó como satisfaciéndose de la explicación que se le había dado,

A este punto sobrevinieron de acá y de allá algunos ballesteros perfectamente armados que habían acudido al toque de llamada de Zayda Fatima.

Eran los escuchas nocturnos esparcidos fuera del campo cerrado.

Zayda Fatima ordenó por señas á Alfon Gil interrogase á los ballesteros.

—¿Habéis visto—dijo á estos Alfon Gil—á un caballero acompañado de algunos hombres?

—Allá, hacia la Enramadilla, hemos visto pasar hace poco algunos bultos—dijo uno de los ballesteros—; pero no sabemos si son caballeros ó no.

A este tiempo, uno de los escuchas que estaba algo avanzado de los otros, lanzó un vigoroso ¿quién va?

—El rey—contestó á poca distancia una voz enérgica; la voz del mismo don Fernando.

CAPÍTULO XIII

ZAYDA FATIMA SE ENTIENDE POR SEÑAS CON EL REY DON FERNANDO EL IV Á PROPÓSITO DE LA ESPADA DE DON JAIME EL CONQUISTADOR

Acercóse éste, y dijo con acento entre acre y burlón á su tío:

—¿Qué es esto? ¿Habéis parecido ya, señor infante? Yo creía que no habíais de parar de correr hasta el fin del mundo.

Esto lo había dicho particularmente el rey al infante don Juan.

—¿Sabéis—contestó éste—que lo que yo he visto es para poner espanto al más bravo?

—No me lo ha puesto á mí.

—¡Cómo, señor!

—Yo me quedé con el aparecido.

—¿Y habéis hablado con él?

—Sí por cierto, y el tiempo bastante para que haya podido decirme muchas y muy buenas cosas.

—¿Y era en efecto un aparecido?

—¡Pues no! ¿qué otra cosa que un aparecido queréis que sea aquel conde don Lope Díaz que murió tan bien muerto y tan de mala muerte en Alfaro, bajo las espadas y las mazas de las buenos ballesteros hidalgos de mi padre?

—¡Conque era él, en efecto!—dijo no pudiendo disimular su pavor el infante don Juan.

—Sí, él era, mi buen tío—dijo el rey—; y por cierto que antes de desaparecer, como desaparecen las almas en pena, me dijo muy buenas cosas.

—¿Y qué cosas os dijo, don Fernando?

—Mirad, tío—contestó el rey—, este vientecillo se va haciendo á cada momento más fresco y más húmedo, lo que no puede ser bueno para mis cuartanas; tengo además sueño; ha pasado la hora en que yo acostumbro á recogerme. Señor caballero del Aguila Roja, don Gutierre de Silva—añadió el rey con esa retentiva que suele ser tan común en los reyes volviéndose á Zayda Fatima—: guiad á vuestro campo resguardándonos.

Zayda Fatima tiró de la espada en honor del rey, y le saludó, hizo una seña á sus gentes, y los ballesteros, armando las ballestas, rodearon al rey.

Alfon Gil, con quien había hablado en voz baja y á hurtadillas Zayda Fatima mientras el rey hablaba con el infante don Juan, adelantó hacia el campo, acompañado de algunos hombres con antorchas.

Los otros que antorchas llevaban, rodearon á los ballesteros que rodeaban al rey.

Se emprendió la marcha; detrás iba el infante, pensativo y mohíno, por decirlo así, y tras el infante, Benavides con los hombres de la escolta del rey.

—Rica espada gastáis—dijo éste viendo á la luz de las antorchas la que en la mano llevaba Zayda Fatima; mostrad.

Zayda Fatima entregó su espada al rey.

Era como de cinco cuartas, de hoja muy ancha en su nacimiento, agudísima en su punta, fuerte, acanalada, acicalada y al parecer de corte muy duro.

La empuñadura se componía de un pomo, cuanto bastaba para la mano, de dos gavilanes largos y curvos, y era de oro macizo.

—¡Ah!—exclamó el rey, tomando la espada por la hoja y examinando la empuñadura.—Esta es la espada de un rey; corona real en el pomo; en la cruz las barras de Aragón; por el otro lado un rey en silla de justicia. Paréceme que esta imagen de rey es la misma que se ve en el gran sello de la cancillería de Aragón del tiempo de don Jaime I. ¿Cómo ha venido á vuestras manos esta espada, señor caballero del Aguila Roja?—añadió el rey, que continuaba examinando prolijamente la empuñadura de la espada.

Zayda Fatima hizo con el brazo derecho un movimiento, como el de quien combate; luego con los brazos una mímica, que indicaba un hombre caído al suelo; luego la acción de arrancar á aquel hombre su espada, y después la de ceñírsela.

—¡Ah, ya!—dijo el rey.—Comprendo; ésta es una prenda de victoria.

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Qué calidad era la de esa persona?—preguntó el rey.

Zayda Fatima hizo en el aire un círculo sobre su cabeza.

—¿Rey?—preguntó el de Castilla.

Zayda Fatima hizo con la mano una señal que quería decir: más bajo.

—¿Infante?

Zayda Fatima afirmó.

—Tal vez don Pedro—contestó con un acento en que vibraba algo de cólera el rey.—Ese que dicen anda de incógnito por Castilla y aun por nuestra corte, pretendiendo le tome por marido la reina, mi señora.

Hizo una nueva señal afirmativa Zayda Fatima.

—¿Fuísteis vos quien le venció?

Nueva señal afirmativa de la joven.

—¿Dónde?—preguntó el rey.

Zayda Fatima se volvió y señaló en el espacio, en la dirección de la Selva del Abrojo.

—No os comprendo—dijo el rey—; es mucha cosa vuestro voto de silencio.

Zayda Fatima señaló al campamento, que ya estaba cerca, y luego con la mano derecha sobre la izquierda hizo la señal de escribir.

—Sí, eso es mejor—dijo el rey—; así nos comprenderemos.

Y devolviendo la espada real á Zayda Fatima siguió marchando en silencio.

Poco después atravesaban la poterna del campo cerrado.

La compañía, aunque sin caballos los hombres de armas y sin arneses, ni más que las lanzas en que se apoyaban y los escudos que tenían embrazados, se extendía á los dos lados de la calle, por la cual se llegaba á la gran tienda, situada en el centro del campo.

De trecho en trecho, entre estos hombres había uno con una antorcha.

Las trompas, las trompetas y los atabales batían una magnífica y enérgica marcha guerrera.

El rey entró en la tienda.

Quedáronse á su puerta Zayda Fatima, los ballesteros que habían escoltado al rey, el in-

fante don Juan, Benavides, y los hombres de la escolta particular de don Fernando.

—Entrad, mi buen tío, entrad—dijo el rey—; no os quedéis ahí á la puerta; este vientecillo va haciéndose cada vez más frío, ó es que á mí me entra el frío de la cuartana.

Don Juan entró.

—Señor caballero—añadió el rey, dirigiéndose á Zayda Fatima—: haced que cesen esos instrumentos: con el silencio de la noche, y como está Valladolid tan cerca, puede ponerse en armas la villa, suponiendo otra cosa. Que se recojan vuestros bravos soldados; no quiero dar mal rato á nadie; en cuanto á vos, esperad á que os llame.

Zayda Fatima se retiró, cayó el tapiz de la tienda, y el rey y el infante quedaron solos.

CAPITULO XIV

EN QUE EL INFANTE DON JUAN EMPIEZA Á VER EN SU SOBRINO DON FERNANDO ALGO DE SU HERMANO EL REY DON SANCHO EL BRAVO.

—Sentaos, mi buen tío, sentaos—dijo el rey, que había tomado asiento en unos ricos almafares de terciopelo ó velludo, como se decía entonces, que al fondo de la tienda formaban un semicírculo, tras una mesa en que había una lámpara de hierro de cuatro mecheros y de muy buena labor, y recado de escribir. No quiero que os canseis, os estimo mucho.

El infante se sentó.

—¿No os parece que todo esto huele á moruno?—dijo el rey—: mirad los rapacejos y las briscaduras de oro de estos almohadones; las labores de los paños de la tienda; los tapices de la puerta por donde se entra y los de esas dos de los costados, y la alcatifa (1), que no puede ser más hermosa. ¿Tendrá algo de moro ese capitán mudo?

—No lo prueba, señor, por lo menos, el que sea moruno, todo lo que aquí se ve. Lo que esto prueba es la riqueza de ese capitán, que ha tenido oro bastante para comprar todo este lujo á los mercaderes judíos—contestó el infante, que estaba gravemente meditabundo.

(1) Alfombra.

—Y bien: ¿qué os parece de ese capitán y de su compañero el caballero Sin nombre, á quien por cierto no hemos visto esta noche?

—Paréceme—contestó el infante—, que para vos, y privadamente les hicieseis romper su voto y explicarse, porque esos votos pueden ser un pretexto de la traición.

—No me parece justo—contestó el rey—, tratemos de tal modo á quienes tan leales y tan generosos se nos muestran: dejémoslos estar, que ya tendremos tiempo de ver, y no nos rindamos tan fácilmente á los temores de traición. ¿Queréis creer que también me ha hablado de traiciones el alma en pena de mi tío el conde don Lope Díaz de Haro?

—¿De traiciones os ha hablado, señor?—dijo con cierto aturdimiento el infante don Juan.

—Sí por cierto, mi querido tío—contestó el rey mirando profundamente al infante; y de traiciones vuestras.

Demudóse el infante y exclamó con acento ronco y tembloroso, en que se notaba una cólera mal reprimida:

—Sólo un alma en pena, á quien no se puede arrancar la lengua, se atrevería impunemente á acusar de traición contra vuestra señoría á vuestro tío el infante don Juan.

—Pues tantas traiciones vuestras me ha recordado mi buen tío don Lope, contando entre ellas la que hicisteis a don Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, que, perdonad, pero me ha hecho sentir recelos á cerca de vos.

—Ved lo que decís, señor—contestó de muy mal talante don Juan.

—Paréceme que os encolerizais contra mí, mi buen tío—dijo el rey poniéndose pálido y mirando de una manera centelleante á don Juan.

—Me encolerizo contra los que me calumnian, no contra vos—contestó reprimiéndose el infante.

—Tened en cuenta—dijo el rey—, que los muertos están en el mundo de la verdad y no pueden ni calumniar ni mentir.

—¿Estais seguro, señor, de que ha sido el aparecido quien os ha hablado?

—Sí por cierto: ha sido mi buen tío el conde don Lope, á quien mató por traidor mi padre en Alfaro. A no ser que no muriera allí el conde, lo que no creo, porque hubo muchos testigos de aquella muerte, y se hicieron al conde don Lope Díaz grandes exequias, y se le enterró con gran pompa en el panteón de sus mayores; y desde

que tengo uso de razón, estoy oyendo hablar de esa muerte á los que me rodean, y por cierto que un día me dijo mi buena madre—: Hijo mío don Fernando, no lleveis nunca vuestras iras contra los traidores hasta el punto de llamarlos á vuestro alcázar y engañarlos y matarlos allí de mala muerte, como hizo vuestro padre que Dios perdone, con mi cuñado el señor de Vizcaya, que en esto aparece más la crueldad que la justicia, y más que el castigo la venganza, y no aprovecha el escarmiento, sino que irrita; con otras muchas cosas que me dijo la reina mi señora, que es una santa, y más valiera que no lo fuera tanto. Por ello, y por tantos testimonios como tengo de la muerte de mi tío don Lope Díaz de Haro, digo que esta noche se me ha aparecido su alma en pena.

—Murió, murio—dijo con la voz opaca y cobarde el infante; yo vi su mano asida aún al puñal con que quiso matar á mi hermano, separada de su brazo, caída en tierra; yo vi el raudal de sangre que de aquel brazo mutilado salía; yo vi al conde por tierra, aplastada la cabeza por las mazas de los ballesteros. Murió, sí, murió.

—Pues ya veis, mi buen tío; los muertos no pueden mentir.

—¿Y sabéis acaso, señor—dijo el infante—, si está condenada el alma del conde don Lope, que murió inconfeso en una mala hora de odio, de cólera y de traición? ¿Sabéis si esa alma condenada y traidora en vida, continúa siendo traidora en muerte? ¿Sabéis si quiere que vos me sacrifiqueis como á él le sacrificó vuestro padre, para que mi alma condenada le acompañe en pena cuando vaga entre las tinieblas de la noche?

—Oid, mi buen tío—dijo el rey, que estaba cada vez más pálido—; si llego á convencerme de que me hacéis traición, os mato, á no ser que el ángel de vuestra guarda ponga entre vos y yo á mi madre para que os salve una vez más.

—¿Pero qué horrores, qué infamias os ha dicho de mí esa sombra maldita?

—Mirad, mi buen tío: según lo que hemos sabido, está aquí, en este campo, mi prima, mi hermosa prima doña Juana Núñez de Lara. Voy á mandár que os la entreguen; lleváosla, y que no la vuelva yo á ver más. Salid, infante don Juan; mandad al caballero del Aguila Roja que entre, y esperad, para obedecer lo que yo os mande.

El infante salió aturdido, y poco después entró Zayda Fatima.

CAPÍTULO XV

EN QUE ZAYDA FATIMA HACE ALGUNAS IMPORTANTES REVELACIONES Y DA EXCELENTES CONSEJOS AL REY.

El rey se ponía á cada momento más pálido y tiritaba de una manera sensible.

Zayda Fatima conocía demasiado la enfermedad del joven príncipe; es decir, aquellas tenaces cuartanas que no se curaban con nada, y que estaban sostenidas tal vez por la intemperancia en el comer y en el beber, que no había podido corregir, á pesar de todos sus esfuerzos, de todas sus persuasiones, la reina doña María.

Era verdaderamente esta señora desgraciada: como reina, luchaba contra ambiciones indómitas; como madre, veía que su hijo primogénito había heredado el carácter violento, voluntarioso y antojadizo de su padre.

El valetudinario estado del rey reconocía por causa lo indómito de su carácter.

—¿Hace frío, caballero?—preguntó á Zayda Fatima Fernando IV.

Zayda Fatima se acercó á la mesa, tomó un pergamino y escribió en él lo siguiente:

—Tanto como frío, no, señor.

—Pues yo le siento, y grande, señor caballero—dijo el rey leyendo lo que acababa de escribir Zayda Fatima.

—Las cuartanas, señor—escribió la joven—; no debiérais salir de noche, ni venir á estos lugares de ribera, que son muy húmedos.

—¿Sabéis que yo adolezco de cuartanas?—preguntó el rey.

—¿Y quién no lo sabe, señor?—escribió Zayda Fatima.—Además, yo he oído decir á don Kag, físico que fué de vuestro padre y què ahora lo es de vuestra señoría, que las cuartanas os serían funestas si no os prestábais al remedio.

—¿Conocéis á don Kag?

—¿Quién no conoce á ese famoso médico judío?

—Creo que sois de la corte más de lo que parece.

—Yo no soy ni he sido nunca de la corte, sino del rey.

—Lo cual no es lo mismo; pero, sin ser de la corte, esto es, sin ser de los traidores, habéis podido vivir en ella y entre ellos.

—Si pretendéis descubrir mi incógnito con estas preguntas, nada conseguiré's — escribió Zayda Fatima de una manera nerviosa.

—Paréceme que os impacientáis—dijo con altivez el rey.

—Yo no puedo impacientarme contra el rey mi señor.

—¿Por qué no decís contra el rey mi señor natural?

—Porque no es mi señor natural vuestra señoría.

—¿Quién es, pues?

—No puedo revelarlo.

—Yo os lo mando.

—Vuestra señoría no es el Santo Padre.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que el mismo voto solemne que me obliga á guardar silencio, me obliga á ocultar mi nombre y mi patria.

—No insisto, caballero, no insisto—dijo el rey—, ni os pregunto tampoco quién sea ese vuestro compañero que se llama el caballero Sin nombre y que se encubre tal como vos.

—Si vuestra señoría me lo preguntara, no podría responderle.

—Pero podéis responderme bien y cumplidamente á otras preguntas; por ejemplo: ¿qué personas extrañas hay en vuestro campo esta noche?

—Una dama.

—¿Quién es esa dama?

—Doña Juana Núñez de Lara.

—¿Dónde la habéis encontrado?

—En una casa miserable y entre gente perdida, en el arrabal.

—¿Creéis que esa dama haya ido á esa casa deliberadamente?

—No sé si sería capaz de ir; pero esta noche ha ido por acaso.

—¿Creéis que doña Juana sea capaz de perderse entre estudiantes, soldados, aventureros y hampones?

—Yo creo capaz de todo á una casada que ofende á su marido.

—¡Oh!—exclamó el rey—: está de Dios que todos hayan de reprenderme esta noche. ¿Seréis vos también un alma en pena, capitán?

—Puede ser. Pero ¿por qué habla vuestra señoría de almas en pena?

—Decidme, ¿habéis conocido acaso al conde don Lope Díaz de Haro?

—No ciertamente, señor; pero he oído hablar mucho de él.

—Ved que ya habéis llenado ese pergamino.

Zayda Fatima enrolló el que acababa de escribir, y sujetándole en su cinturón, tomó otro pergamino, y esperó para escribir que la hablase el rey.

—¿Qué habéis oído decir del conde don Lope?—dijo el rey.

—Lo que dice todo el mundo—escribió Zayda Fatima—; que era un traidor y que hizo muy bien en matarle vuestro padre, como hizo muy mal vuestra madre en impedir que el señor rey don Sancho matase al infante don Juan.

—¡Vos también!—dijo el rey.

—Digo lo que he oído.

—¿No conocéis al infante don Juan?

—No, señor.

—Entonces no conocéis á nadie.

—Conozco lo bastante para ponerme decididamente y hasta morir al servicio de la señora reina doña María.

—¿Os conoce la reina?

—No.

—Debéis ser muy ricos vuestro compañero ó vos.

—Hemos encontrado un tesoro y le hemos destinado al servicio de vuestra señoría. Si con la gente que tenemos á sueldo no bastare, asoldaremos más, y mientras vivamos no dejaremos crecer á los traidores.

—¿Por qué os habéis puesto sobre Valladolid?

—Porque en el Campo grande—escribió Zayda Fatima—tiene su campo la fuerte mesnada don Diego López de Haro, señor de Vizcaya; porque don Juan Alfonso de Haro, señor de los Cameros, acampa la suya en el Espolón, y entre estos dos tienen también su fuerte campo don Juan Núñez y don Alvaro Núñez de Lara: todos, con color de servir á la reina, de la que toman crecidos sueldos, la tienen sitiada; y no es esto solo: los infantes de la Cerda, con un ejército de Aragón, á cuya cabeza suena el infante don Pedro, andan por tierras de León, ocupán-

doos villas y fortalezas y amenazándoos. El rey de Portugal adelanta por las Extremaduras con color de favorecer á los de la Cerda, olvidándose del pleito homenaje y del deudo que tiene con vos, por vuestro casamiento con su hija la infanta niña doña Constanza; pero en realidad, buscando las villas y castillos que pide á vuestra madre como condición para dejar de hacerla la guerra. El infante don Enrique, vuestro tío, allá en Andalucía pacta traiciones con el rey de Granada. El de Aragón y el de Francia oprimen al Papa para que no os legitime, manteniendo así las esperanzas del infante don Juan, vuestro tío, acerca de la corona, y las de acrecentamiento de los traidores. Las rentas reales se emplean en pagar á los ricos hombres y á sus caballeros, con cuyas lanzas no puede contarse, y la reina no tiene una sola lanza suya en quien poder fiar. Todos se vuelven codiciosos y aleves contra una viuda y un niño; todos tienden las manos crispadas de avaricia sobre vuestra herencia, y se olvida la patria, y se alienta á sus enemigos, y aun se pretende abrir por Tarifa las puertas de España al bárbaro Yacub. Se da ocasión á un día tan funesto como el de Guadalete, y no bastando tanto, tanta infamia de la codicia contra la patria y contra el rey, un infante de Aragón, don Pedro, se atreve á buscar el tálamo sin mancilla de vuestra madre.

—¡Vive Dios, caballero!—exclamó el rey. Dadme, dadme ese pergamino que acabais de llenar, para que yo le guarde, para que lea continuamente, para que me embravezca leyéndole, apurando la amargura de que está lleno.

Zayda Fatima enrolló el pergamino, le entregó al rey, tomó otro y escribió.

—En tal estado las cosas de Castilla, no es dudosa la decisión que deben tomar los leales. Combatir, luchar, morir por la patria y por el rey, si es necesario. El caballero Sin nombre y yo somos leales, y por eso, con nuestra brava compañía franca, nos hemos puesto frente á los infames, á los miserables, á los alevosos, que no obedecen al rey sino cuando medran por su obediencia, y siempre dispuestos á rebelarse en busca de nuevos medros.

—Quiero conoceros—exclamó el rey—; quiero recompensaros; yo echo sobre mí por ante Dios, por ante el Santo Padre, la responsabilidad del rompimiento de vuestro voto.

—Sois débil, señor, escribió Zayda Fatima; vuestro tío el infante don Juan halaga vuestras pasiones, y hace de vos lo que quiere.

—¡Os engañáis!—exclamó el rey:—yo soy hijo de mi padre, y no era ciertamente la debilidad la falta que podía achacarse al rey don Sancho el Bravo. Yo he creído en las protestas de arrepentimiento y amor del infante don Juan; yo, en la nobleza de mi alma, no he podido creer se albergase tanta alevosía en un caballero: me ha hablado esta noche una voz de la eternidad, ha tocado mis ojos una mano misteriosa, y les ha dado luz; he reconocido que me dejaba arrastrar por mis pasiones, y me he hecho atrás en la senda de perdición que seguía: podéis descubriros á mí sin temor, caballero; quiero conoceros, quiero recompensaros; yo os doy mi palabra de rey de que nada arriesgáis; y en prueba de ello, de que soy otro del que era, ó más bien de que he reconocido que no debo hacer lo que hacia, llamad á mi tío el infante don Juan.

—¿Y para qué? señor—dijo Zayda Fatima rompiendo al fin el silencio—, pero acercándose al rey y en voz baja, para evitar la oyese si escuchaba junto á la puerta de la tienda el infante don Juan.

—¡Esa voz!—exclamó el rey—: yo conozco mucho esa voz; pero no puedo atinar; no, no imposible: vos, un capitán de aventuras, un capitán bravo; no, no puede ser.

—Sí, sí, señor—respondió Zayda Fatima—: me conoceis mucho, me habéis visto durante tres años todos los días al lado de vuestra madre; pero hablad bajo, por Dios, no sea que os oigan: yo soy.

—¿Sois vos, en efecto—dijo el rey en voz contenida—doña María de Granada?

—Yo soy.

—¡Y vos habéis combatido como un esforzado hombre de armas!—exclamó con asombro el rey.

—Dios ha fortalecido mi corazón y mi brazo.

—¡Oh Señor!—exclamó el rey —, tú eres sabio é incomprensible, tú fortaleces al débil y debilitas al fuerte. ¡Oh qué asombro! una dama como vos, convertida en un terrible soldado. Id, doña María, llamad al infante don Juan; yo guardaré vuestro secreto; pero por lo que diga á mi buen tío, quiero que me comprendáis hasta qué punto me he arrepentido.

—No debéis avisar al que se duerme en la traición, al que sueña creyendo en la debilidad

de aquel á quien quiere hacer su víctima; la prudencia es la virtud más necesaria de los príncipes; cuando se conoce al aleve, cuando acusarle de su alevosía puede producir un acto rebelde, cuyas consecuencias acaso no puedan evitarse, la prudencia aconseja el silencio, el disimulo: no mostréis al infante don Juan que recelais de él; por el contrario, confiadle más y más: sobre todo, no tengáis rubor de vuestra madre, de vuestra noble madre, que es vuestra mejor amiga; confesádselo todo y seguid sus consejos. Su señoría os aconsejará infinitamente mejor que vos. En cuanto al infante don Juan, en vez de llamarle para decirle lo que no debéis decirle, llamarle para manifestarle que os vais á recoger, y que él puede recogerse: veamos si sabéis disimular, hi haceis de manera que nada sospeche el señor infante. ¿Me permitís que llame, señor?

—Llamad.

Zayda Fatima se llevó la bocina á los labios y produjo un sonido largo y vibrante.

Inmediatamente se levantó el tapiz que cubría la puerta y apareció Alfón Gil.

Zayda Fatima le indicó con un ademán que escuchase al rey.

—Suplicad de mi parte—dijo el rey á Alfón Gil—al infante don Juan entre á verme; id.

Alfón Gil se inclinó profundamente y salió.

A poco entró el infante don Juan.

Su mirada recelosa se fijó profunda y penetrante en Zayda Fatima, que estaba de pie é inmóvil al lado de los almafares, en que se recostaba el rey.

—¿Habéis logrado, señor—dijo con su audacia peculiar el infante don Juan—que el buen caballero del Aguila Roja deje de ser mudo?

—No por cierto, mi querido tío—contestó cariñosamente el rey—se me ha explicado muy mal por señas, y se ha mantenido inflexible en cuanto á no romper su voto: me ha dicho, por señas siempre, y sabe Dios cuánto trabajo me ha costado entenderle, que sólo por mandato del Santo Padre rompería su silencio; y como yo no soy Papa ni tirano, he tenido que reducirme á quedarme con toda mi curiosidad; pero no tengo duda de la lealtad de este buen caballero: ha sido una buena suerte que habiéndonos cogido el toque de queda fuera de Valladolid, y no queriendo hacernos abrir las puertas por nuestro mandato, para evitar murmuraciones de gente menuda, el que hayamos encontrado cerca e campo de este buen capitán.

—De estos dos buenos capitanes, señor—dijo el infante don Juan—que no cesaba de mirar con insistencia á Zayda Fatima; porque aunque aquí no hay más que uno, son dos

—Es verdad—dijo el rey—: también me ha hecho comprender, aunque con trabajo, por señas este caballero, que el otro anda por ahí fuera rondando, como buen capitán, para seguridad del campo.

—¡Ah! según eso, se teme algún peligro.

—No sé, no sé—contestó el rey—; lo que sé, mi buen tío, es que aquí estamos muy bien.

—Como pudiéramos haberlo estado en el campo de don Juan Núñez, ó en el de don Juan Alfonso de Haro, ó en el del señor de Vizcaya, don Diego.

—Indudablemente, tío, indudablemente; pero ya que estamos aquí, acomodémonos; es ya tarde, tengo sueño, y vos debéis tenerle también; mañana muy temprano entraremos en la villa encubiertos. Caballero, llamad á ese servidor que entró antes.

Zayda Fatima tocó de nuevo la bocina y se presentó otra vez Alfon Gil.

—Aposentad lo mejor que sea posible—le dijo el rey—al señor infante don Juan. Buenas noches, tío.

—Muy buenas noches, señor—contestó el infante con acento concentrado y lanzando una última y profunda mirada á Zayda Fatima.

Después salió, seguido de Alfon Gil.

—¿Qué os ha parecido, doña María—dijo el rey.—¿He disimulado bien?

—En primer lugar, os suplico, señor, no me llaméis por mi nombre, porque mis soldados me creen un mancebo y no una mujer, y no sabemos quién escucha; el infante don Juan está receloso; muchos de los soldadós que me sirven le han servido á él y los conoce; mucho será que yo no tenga que hacer una justicia.

—¡Ah! ¿Justicia delante de mí?

—El capitán tiene jurisdicción y mero mixto imperio sobre sus soldados; de otro modo, ¿cómo se gobernaría á la gente de guerra, toda brava y maleante?

—No pretendo entrometerme en vuestra jurisdicción, caballero—dijo el rey—; pero decidme—repito—: ¿he disimulado bien?

—No tanto, no tanto como hubiera sido necesario; la lealtad de vuestro corazón se aviene ma

con el fingimiento; había algo de trémulo y de enojado en vuestra voz; no importa; eso, cuando más, puede haber sido una sombra de sospecha para el señor infante; voy, si me lo permite vuestra señoría, á llamar otra vez.

—Llamad, llamad en buen hora, caballero—dijo el rey.

Zayda Fatima hizo sonar de nuevo su bocina.

Por aquella vez, Alfon Gil tardó algo más en presentarse.

Apareció al fin.

—¿Y el infante?—le preguntó Zayda Fatima.

—En la tienda del caballero Sin nombre—contestó Alfon Gil.

—Poned escuchas alrededor de la tienda—dijo Zayda Fatima—; que en el momento en que el infante salga de ella avisen con un toque de corneta; id, cumplid bien y volved al momento, tengo que preguntaros.

Alfon Gil, al oir el tono enérgico y aun puede decirse amenazador de las últimas palabras de Zayda Fatima, se puso pálido y tembló de los pies á la cabeza.

Salió.

—¿Por qué se ha turbado ese hombre?—dijo el rey.

—Porque si no me ha hecho traición, ha pensado por lo menos en hacérmela—dijo Zayda Fatima—; lo he leído en sus ojos; el infante ha estado hablando con él desde que se separó de vuestra señoría.

—¡Ah! ¿Es posible?—dijo el rey.

—Como es posible que yo haga con ese hombre un escarmiento.

—Y haréis bien—dijo el rey—; á los traidores no se les puede, no se les debe perdonar; se les castiga á sangre. ¿Pero puede haceros traición ninguno de vuestros soldados? ¿No decís que no os conocen sino como un mancebo?

—El infante don Juan sospecha; basta con que le hayan dicho que yo no tengo hecho tal voto de silencio, que tengo los ojos negros y la color morena, negro el cabello, que represento cuando más veinte años; con esto basta para que el infante don Juan me tienda asechanzas para aclarar una punzante sospecha que debe habérsele ocurrido; han podido, además, decirle que al caballero Sin nombre le falta la mano derecha, que es viejo y dominador.

—¡Qué decís!—exclamó el rey.—¿Al caballero Sin nombre le falta la mano derecha? ¿Sabéis su nombre?

—Sí, y le sabe la reina, mi señora—contestó Zayda Fatima—; pero la reina, mi señora, guardará profundamente el secreto como debe guardarle vuestra señoría.

—Le guardaré, le guardaré—dijo el rey.

—Pues bien, señor, desvanézcase todo el misterio; el caballero Sin nombre es el conde don Lope Díaz de Haro, á quien mató vuestro padre.

—¡Cómo!—exclamó el rey, levantándose.—¿El conde don Lope Díaz de Haro vive?

—Sí, vive.

—¿Luego no ha sido su alma en pena la que se nos presentó á mi tío y á mí junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen, haciendo huir aterrado á don Juan y llevándome consigo á una espesura cercana, donde me dijo cosas terribles? Por él, por él hablaba yo cuando os dije que me había hablado una voz de la eternidad.

—Pues por voz de la eternidad tenedla, señor, porque nadie sabe el secreto de la existencia del conde don Lope más que la reina mi señora, vuestra señoría y yo.

—¿Pero cómo, cómo han podido creer que murió, no habiendo muerto? Si estoy cansado de oir á mi tío cómo sucedió aquello y cómo le rompieron la cabeza á mazadas los ballesteros, y que se le hicieron luego grandes exequias, y que se le llevó con gran pompa á sepultar al panteón de los Díaz de Haro.

—Le salvaron sus criados sacándole vivo aún del alcázar de Alfaro, y mataron á un viandante, á quien cortaron la mano derecha y le magullaron la cabeza y le vistieron las ropas de su señor, y le entregaron como si su señor fuese queriendo con esta traza evitar que, airado vuestro padre, mandase le remataran, si sabía que era vivo.

—Todo esto parece increíble—dijo el rey.

—Pues nada es más cierto que la existencia del conde don Lope, y quiera Dios que por una traición de mi alférez Alfon Gil no sepa el infante don Juan que el conde vive.

Entró en aquel momento en la tienda Alfon Gil, y permaneció inmóvil á dos pasos de la puerta.

—Acercáos—le dijo Zayda Fatima—; ¿qué aconteció ha un mes justo después de la media noche en la Cruz del Camino, junto á la Selva del Abrojo?

La voz de Zayda Fatima era vibrante; la actitud, terrible y amenazadora.

Alfon Gil se arrojó de rodillas á los pies de Zayda Fatima.

—Yo no os he hecho traición—dijo.

—Pero y bien, bien—preguntó el joven rey, que estaba excitado por la curiosidad—; sepamos qué fué lo que sucedió esa noche junto á esa cruz.

—Lo que sucedió, gran señor—contestó Alfon Gil—fué que dos antiguos compañeros nuestros que se llamaban Ciervo-veloz y Farfán, fueron ahorcados de la cruz por traidores.

—Pues fueron muy bien ahorcados—dijo el rey—; lo mejor que se hace con un traidor es colgarle.

—Pero yo no he hecho traición á mi capitán, aunque se ha pretendido obligarme á ello.

—¡Lo veis, señor?—dijo Zayda Fatima.

—Alzad—dijo el rey—, y decid quién ha pretendido obligaros á que hagáis traición á vuestro capitán; os lo mando yo.

—El señor infante don Juan—dijo temblando Alfon Gil.

—¿Y por qué medios quería obligaros?

—Ofreciéndome dinero; pero yo me disculpé con el señor infante, diciendo que nada sabía acerca de mi capitán, el caballero del Aguila Roja, sino que era muy bravo, que nos pagaba bien y que tenía hecho voto de silencio y de no quitarse el arnés, ni comer á manteles, hasta que no hubiese un solo traidor enemigo del rey y de la reina.

—Gracias, caballero—dijo el rey—: y no habiéndoos vos vendido por dinero, ¿tentó algún otro medio el infante don Juan?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—No me atrevo á decirlo á vuestra señoría, porque vuestra señoría me mandará castigar.

—¿Sabe algo el infante don Juan por lo cual se os deba castigar á sangre?

—Maté á un hombre que me mancilló á una mujer á quien amaba.

—¿Le matásteis con alevosía?

—No, señor; le maté frente á frente y con peligro, pero le maté en lugar realengo.

—Si así fué, yo os doy por quito—dijo el rey—; pero con juramento por vuestra alma de que es verdad lo que habéis dicho.

—Por mi alma lo juro, señor.

—¿Habéis prometido al infante don Juan decirle lo que sabéis acerca de vuestros dos capitanes?

—No, señor; pero tenía miedo de que el infante, que sabía lo que he confesado, hiciese me acusasen de ello, y le prometí revelarle lo que sabía, pero en aquel momento me llamó la corneta del capitán.

—Pues bien—dijo el rey—; id, decidle cualquier mentira, y tened en cuenta que si por algo se descubre que habéis hecho traición á vuestros capitanes, yo, el rey, me torno á vos y os mando ahorcar.

—Callaré, callaré, señor.

—Idos.

Alfon Gil salió.

El rey volvió á reclinarse en los alfamares.

En aquel momento apareció en la puerta de la tienda un monje negro.

Al ver al rey, retrocedió.

—Entrad, entrad, conde don Lope Díaz de Haro—dijó el rey—; ya sabemos que no sois un alma en pena.

CAPITULO XVI

EN QUE EL CONDE DON LOPE DEJA DE SER PARA EL REY UN ALMA EN PENA

—¿Qué es esto?—dijo don Lope con acento severo y adelantando lentamente hacia el rey.

—Esto es—dijo el rey en voz baja y contenida—que la buena doña María de Granada y de Molina no ha querido tener secretos para mí.

—En buen hora—dijo el conde—; doña María es prudente y debe haber tenido razón bastante para esta revelación; pero yo hubiera querido que siempre me hubiera juzgado vuestra señoría un alma en pena; se teme mucho á una voz que se cree salida de la eternidad.

—Nada temáis, mi buen tío—dijo el rey—; y os llamo tío, y bueno, porque creo que no habéis mentido en lo que me dijísteis como alma en pena allá abajo entre los árboles: que os pesaba en el alma de vuestras antiguas traiciones.

—Nunca alentara yo la soberbia y la ambición, y otra sería la suerte de estos reinos, y otra la herencia que hubiérais recibido, señor; porque á veces la lealtad de un poderoso inclina la balanza de la suerte en favor del rey y del reino; pero la soberbia es un mal pecado, y la am-

bición una embriaguez que acaba por causar la locura; el horror ha sido conmigo, señor; me he arrepentido, y he aquí que os rindo pleito homenaje y os juro una lealtad sin límites, como la juraría al señor rey vuestro padre si viviese.

Y el conde se echó atrás el capuz del hábito, se acercó al rey, se arrodilló y le besó la mano.

—Mal os trataron los ballesteros de mi padre en Alfaro—dijo el rey, al ver las profundas cicatrices que el conde tenía en la cabeza.

—Justicia hizo en mí, aunque violenta, el señor rey vuestro padre—dijo el conde—; pero no podía ser de otro modo; yo levanté la aleve y sacrílega mano, armada del cuchillo, sobre mi rey y mi señor natural, y si vos, su hijo, me mandárais matar por aquello, justicia haríais.

—Alzad, tío don Lope, alzad—dijo el rey—: por muerto os doy y no os mato; además, para mataros tendría necesidad de decir que sois vivo, y faltaría á mi juramento de guardar el secreto de vuestra existencia; un rey no debe faltar á lo que jura.

—Si el perjurio es miserable en un hombre cualquiera, es imperdonable en un rey; Dios no puede perdonar ni ayudar á un rey perjuro; pero sin faltar á vuestro juramento, podéis decirme: —"Morid"; y yo mismo me daré la muerte.

—Creo bien que mi padre al veros convertido os perdonara, y yo os perdono en nombre de mi padre.

—¡Oh! ¡Dios os lo pague, señor!

—Pero decidme, conde: ¿por qué guardar el secreto de vuestra existencia? Si volviérais á la vida lo sentiría mucho vuestro hermano don Diego, porque al fin se quedaría sin el Señorío de Vizcaya; pero se alegraría mucho vuestra esposa, la buena doña Juana Alfonso de Molina, mi tía, que ha dado pruebas de amaros tanto, que á poco más mi padre la envía á acompañaros; bien es verdad que desde que sacrificó á vuestro hijo, empeñándole en vuestra venganza, y desde que vuestro hermano don Diego obligó á mi madre á que le diese el Señorío de Vizcaya, que mi padre os quitó, vuestra esposa se ha puesto de nuestro lado, y nos sirve bien... no sirviéndonos mal; cierto es que no puede hacernos daño, pero hay que agradecerla que no murmura de nosotros, y que visita á mi madre y que reza con ella.

El rey hablaba con una mal encubierta ironía, lo que probaba que no había perdonado muy de corazón á aquel viejo traidor arrepentido.

Y en efecto, por grande que fuese el arrepentimiento del conde don Lope, Fernando IV no podía mirar muy bien á un hombre que de tal manera había esclavizado en los tiempos de su tiránica privanza á su padre, y que había acabado por levantar contra él la mano alevosa.

El conde guardó silencio y permaneció con la cabeza inclinada.

Era la mayor prueba que podía dar de su completo cambio de carácter, de su humildad, en una palabra, de su completo arrepentimiento.

—¡Qué!—dijo el rey—, ¿nada me decís acerca de vuestra vuelta a la vida para todo el mundo?

—Yo morí en Alfaro—contestó el conde—, y vuestra señoría debe seguir teniéndome por un alma en pena, por un aparecido.

—Bien, sea así—dijo el rey—; porque, á la verdad, si os presentáseis de nuevo en el mundo, si dijérais: heme aquí, yo no he muerto, yo me vería obligado á matar al que hizo contra mi padre una tan gran traición como la que vos hicísteis; bien esta así, no hablemos más de esto. En cuanto á vos, doña María, ¿por qué no os quitais vuestro antifaz, como se lo ha quitado el conde don Lope?

Zayda Fatima se quitó su antifaz.

—¡Oh! sí, vos sois—exclamó el rey—; aún dudaba; ¿cómo creer en esta transformación? ¡Y tan hermosa como siempre! ¿Os acordais, doña María, de cuando mi madre, estando vos á su lado y siendo yo más pequeño, me daba sobre sus rodillas lección de latín? A mí se me hacía más ligera la lección cuando vos estábais delante.

—¡Oh! sí, me acuerdo de aquellas hermosas veladas en que, siendo vos más niño, crecíais al lado de vuestra buena madre. Aquellos eran unos tiempos tranquilos para la reina, para vos, para mí; en el interior del Alcázar, con la paz doméstica, nos consolábamos de las irritaciones, de las continuas contrariedades de lo exterior. Y digo que nos consolábamos, porque yo siento como mías las penas de la noble reina vuestra madre; ella lo ha sido mía, lo es aún, y yo la venero, la amo después de Dios y sobre todo en la tierra.

—¡Oh! bien se conoce, doña María, bien se conoce—dijo el rey, que no cesaba de mirar á la joven—; vuestro amor á mi madre es completamente desinteresado.

—Ella me amparó noblemente cuando no te-

nía adonde volver la cara, que no lo encontrase todo cerrado y oscuro. Ella ha sido para mí un ángel de misericordia, y mil vidas que tuviera las daría por ella.

—Y ella os ama, doña María, ella os ama; con mucha frecuencia os nombra y se duele de no veros.

—Sebrevino en mal hora el infante don Juan, y acabó nuestra paz; vuestro tío exigía, por razón de su próximo parentesco con vos, la guarda de vuestra persona, y la reina se vió obligada á acceder, por amor vuestro, cuando era más breve y más barato haber tomado por rebelde la cabeza al infante.

—Vuestra buena fe y la grandeza de vuestra alma—dijo el conde don Lope que, como vemos, nada había contestado á las acres palabras del rey, no sabemos si por humildad ó por respeto—os hacen imprudente; herir á un hombre tan poderoso, tan próximo pariente del rey como el infante don Juan, hubiera sido dar la señal del exterminio de todos los traidores; porque ¿qué razón habría para tomar la cabeza del infante don Juan, y no tomar la de todos los otros infantes y ricos hombres rebeldes, si no por lo que hacen ahora, por lo que han hecho antes? Esto no puede hacerse sino de un solo golpe y contando con una gran fuerza. Ya se lo he aconsejado yo á la reina, porque no veo salvación posible para la patria, si no se empieza por el exteminio de todos los ambiciosos, de todos los miserables, sea cualquiera el bando á que pertenezcan. La salud de la patria ante todo; repetid, señora, el día de Alfaro—la he dicho—; convocad Cortes á Valladolid, reunid en ellas á todos vuestros enemigos, que son á la par enemigos de la patria, y cuando todos estén juntos, echaos sobre ellos con vuestras lanzas; exterminadlos, poned sus cabezas en estacas en las plazas y en los caminos, que harto lo merecen, y sed una vez reina, y haced que os respeten dentro y fuera. Pero la reina tiene horror á la sangre, confía demasiado en Dios, y él quiera que cuando se acuda al remedio no sea ya tarde. O todos ó ninguno; herir á uno solo, sería aterrar á los demás, y hacer que, olvidados por el momento de sus diferencias, acometiesen unidos, formidables, invencibles, á una reina que mataba. ¡Ah! no, no, doña María; en muchas ocasiones, la debilidad, la paciencia, el sufrimiento, son una gran fuerza. La reina, mi cuñada, se espanta al solo pensamiento de una matanza tal como la que sería necesaria para restablecer la autoridad real. Teme que la llamen tirana, además de que su gran corazón la aparta de lo horrible, y no atreviéndose á tanto, es demasiado prudente para no provocar, con ejemplos aislados de rigor, una lucha demasiado peligrosa. Hay que admirar como corazón y como prudencia á la gran reina doña María.

—Tío don Lope—dijo el rey, que había escuchado atentísimo al conde—; tened por no dichas las palabras que antes me oísteis; hubieran convenido á un traidor hipócrita; pero acabais de convencerme con lo que me habéis dicho de vuestro sincero arrepentimiento, de vuestra conversión, y veo claramente en vos una acrisolada lealtad. No hablemos más de esto; pero por lo que me habéis dicho, creo que mi madre sabe que aún vivís y que hablais con ella. Espero que la reina mi señora no sepa estas aventuras mías, que no volverán á repetirse. Yo os lo juro.

—Espero que así sea—dijo con cierta autoridad don Lope—, porque así debe ser. Nada sabrá de esto la reina doña María; pêro no conviene que acabéis de pasar la noche fuera del Alcázar, y voy á conduciros á él.

—Será necesario dar mi nombre para que se abran las puertas de la villa—dijo el rey—, y yo no quiero esto.

—Yo tengo para entrar en el Alcázar una puerta, en la cual no hay guardas—contestó don Lope.

—¡Una puerta oculta!

—Sí tal. ¿Ignorais que yo fuí gran privado de vuestro padre? ¿que para mí no tenía secretos? Por esta razón conozco muchas minas que salen al campo, no sólo del alcázar mayor de Valladolid, sino de otros alcázares de Castilla. De otro modo, ¿cómo pudiera haber hablado yo con la reina doña María, sino conociendo una entrada oculta del alcázar mayor?

—¿Y donde está por el campo la entrada de esa mina?—dijo el rey.

—En la ermita de Nuestra Señora del Carmen, por fuera, á la parte de la ábside.

—Ahora comprendo vuestra aparición, conde, que hemos tenido por cosa del otro mundo el infante don Juan y yo. ¿Y dónde está dentro del Alcázar la puerta de esa mina?

—En la galería de los Apóstoles.

—¿Y quién más que vos conoce esa mina?

—La reina y doña María de Granada, que ha pasado por ella: vos la conoceréis muy pronto.

—Quiero también conocer, y cuanto antes, esta misma noche, todas las salidas y entradas ocultas del Alcázar.

—Las conoceréis, y para ello, marchemos al momento.

—Aún tengo que hacer algo aquí.

—¿Y qué es ello? Permitidme que os lo pregunte.

—En este campo están mi tío el infante don Juan, doña Juana Núñez de Lara, y además dos caballeros que se entraron riñendo en el arrabal de los Molinos, y que prendió en una mala casa doña María de Granada.

—Dejad, dejad eso para nosotros, señor—dijo Zayda Fatima. Doña Juana Núñez y el infante don Juan se volverán mañana á Valladolid, y el infante no sabrá qué pensar cuando nuestros camareros le digan que antes de la media noche os habéis recogido en vuestra cama, y cuando se informe y sepa que durante la noche no se ha abierto ninguna puerta del muro.

—Bien, iremos—dijo el rey—; pero quiero saber quiénes son esos caballeros que habéis preso, sin duda por algo.

—Esos caballeros, señor, son, el uno el infante de Aragón don Pedro.

—¡Ah! ¡el infante de Aragón! ¿Conque era cierto lo que decían de que andaba de incógnito por nuestra corte?

—Sí, señor.

—¿Y quién es el otro caballero?

—Alvaro de Estúñiga, paje de la reina mi señora.

—¿Y por qué reñían el infante y el paje?

—Porque el infante se había puesto de la otra parte del Esgueva, bajo los miradores de su señoría, á darla música.

—¡Oh!—exclamó el rey—: yo recompensaré al paje y castigaré al infante; quiero verle.

—No por cierto, señor—dijo Zayda Fatima—; no debéis vos verle; yo le castigaré; iremos de infante á infante, él de Aragón yo de Granada; descuidad, que don Pedro saldrá de Castilla, si sale, arrepentido de haber entrado en ella.

El rey, dominado por la influencia que sin pretenderlo ejercían sobre él tanto el conde don Lope como Zayda Fatima, se levantó y dijo:

—Marchemos.

—Quedaos vos, doña María—dijo el conde—; yo solo acompañaré al rey.

—Adiós, doña María, adiós—dijo éste—, y hasta que nos volvamos á ver, que deseo no sea tarde.

—Adiós, señor—dijo Zayda Fatima, acompañando al rey hasta fuera de la tienda.

—El conde don Lope, envuelto completamente en su hábito, calada la capucha y en paso firme y rápido, llegó hasta la poterna, seguido del rey, y á una señal del conde, la poterna se abrió; lo que demostraba que los aventureros reconocían en el conde á uno de sus capitanes, aunque fuese en hábito de monje.

Nadie acompañó al conde y al rey.

Adelantaron solos á través del oscuro campo, hacia la ermita de Nuestra Señora del Carmen.

Cuando llegaron á ella, el rey dijo:

—¿Quién vive en esta ermita?

—Dos ermitaños anacoretas, señor—contestó el conde.

—¿Y no conocen esos ermitaños esta entrada secreta?

—No, señor—contestó el conde—, porque los ermitaños están reclusos por una reja que impide la entrada en la ermita, y que no se abre sino cuando uno de ellos está enfermo ó muere.

—¡Santos varones!—dijo el rey.

—Siempre está uno de ellos en adoración de la santa imagen—contestó el conde—, y vuestra señoría puede verlo si quiere.

—Veámoslo—dijo el rey.

Y dieron la vuelta, y se colocaron delante de la reja, y á la opaca luz de la lámpara que ardía en el interior, vieron á uno de los eremitas prosternado, echado boca abajo y en cruz delante de la Virgen, que estaba en un retablo gótico.

—¿Sabéis que es muy hermosa esta ermita?—dijo el rey en voz natural, á pesar de lo que el ermitaño no hizo el más leve movimiento.

—Dió la idea para ella vuestro abuelo el señor rey don Alfonso el Sabio—dijo el conde—, y así es que tiene, aunque pequeña, ábside como las basílicas, y si hiciera luna y pasara ésta por detrás de la ermita, veríais las hermosas vidrieras de colores que cierran las ventanas de la ábside.

—Nunca había visitado esta ermita—dijo el rey—; pero prometo venir á visitarla, y hacerla mercedes, y darla privilegios, y aumentar hasta una comunidad el número de los ermitaños: esto, cuando pudiere; ahora soy menor de edad y pobre, y la señora reina, mi madre, tiene harto en qué pensar, y ya por sí y por mí, ha servido á Dios haciendo grandes fundaciones piadosas.

—Aquí hay un cepillo donde se echa limosna para los ermitaños y para el culto de la Virgen.

—Huélgome de que me lo hayáis dicho—dijo el rey.

Y sacando su bolsa, que no estaba muy bien provista, puso en el cepillo algunas doblas de la Banda.

En lo cual podía decirse hacía un gran sacrificio, porque la casa real estaba hasta tal punto pobre, que don Simuel, almojarife ó administrador de la reina, solía decirla con mucha frecuencia:

—Hase tenido que traer de fiado esta semana la carne, el pescado, la caza y la vitualla para la mesa de vuestra señoría.

Así es, que Fernando IV, dejando seis ú ocho doblas de la Banda en el cepillo de los ermitaños de Nuestra Señora del Carmen, hacia un enorme sacrificio, puesto que se exponía á que al día siguiente, cuando pidiese dinero para su bolsillo particular al almojarife de su madre, don Simuel, éste le dijese, no tengo ni una "meaja" (1).

Bien es verdad, que en estos apuros, el infante don Juan, que tenía dinero fresco, acudía al socorro de su sobrino; pero por las circunstancias en que el rey se encontraba colocado desde aquella noche, no podía ni quería recurrir á su buen tío carnal.

Quedábale, sin embargo, su otro tío segundo el infante don Juan Manuel, que también tenía dinero fresco, porque la reina le pagaba, no para que dejase de ser desleal, que nunca lo había sido gravemente, sino para que no lo fuese.

El rey y el conde se retiraron de la verja, y el buen ermitaño, que había oído aquella conversación que no se había recatado, oró á la Virgen para que intercediese con Dios por la buena ventura del rey.

Entretanto, habían llegado el rey y el conde á la lápida que servía de puerta en la parte exterior de la ábside de la ermita.

El conde oprimió el resorte, y la puerta se abrió con un sordo ruido apenas perceptible, dejando ver un fondo mucho más oscuro que la noche.

—Estremece el pensar en que un traidor puede conocer estas entradas secretas de nuestro Alcázar—dijo el rey.

(1) Moneda ínfima de cobre, cuyo valor equivalía á la quinta parte del valor de nuestro maravedí.

—Afortunadamente, señor—dijo el conde—, sólo la conocen dos leales, y ahora vuestra señoría.

—¿Y hay otras?

—Sí, sí, señor.

—Pues vamos, conde, vamos.

—Espere vuestra señoría; para atravesar la mina es necesario hacer luz, y voy á hacerla.

Se oyó á poco el golpe de un eslabón sobre una piedra, se vieron relucir algunas chispas entre lo oscuro, y al fin apareció un punto rojo.

Sintió luego el rey el acre olor del azufre, y vió su luz lívida.

A poco estaba encendido un farolillo.

El rey se volvió hacia la parte por donde había entrado, y sólo vió una gran losa de piedra ásperamente cortada.

El conde había cerrado la puerta antes de encender la luz.

—Descendamos—dijo el conde—; voy delante para alumbrar á vuestra señoría.

Y empezó á bajar por un estrechísimo caracol de piedra.

—Esta mina—dijo el conde—es solo para hombres; pero las hay por la cual puede marchar un hombre de armas con la lanza al hombro, llevando su caballo del diestro.

—¿Y hacia dónde caen minas como ésa?—dijo el rey.

—Esa mina, por la que puede entrar y salir gente de armas, nace en los sótanos del segundo patio del alcázar mayor, donde están las paneras y las bodegas, y va á dar á la huerta de San Benito el Viejo, que está diametralmente opuesto.

—¿Es decir, que se atraviesa por bajo de Valladolid?

—Exactamente, señor.

—Y decidme, conde: ¿es muy honda esta escalera?

—Aún tenemos que bajar otros dos tantos.

—¡Ah! pues llevo contados ya sesenta escalones.

—Cabalmente, señor; la escalera tiene doscientos.

—¿Y á qué tanta profundidad?

—Hay que pasar por debajo del Esgueva, y se ha querido sin duda evitar la influencia del agua sobre la bóveda de la mina.

—¿Sabéis que á cada momento se huele peor?

—Es natural—dijo el conde—; hay una gran humedad, y falta ventilación.

—Debe de haber aquí reptiles.

—Los había, señor; pero los hemos ahuyentado doña María y yo; todo esto estaba lleno de telas de araña; pero las pusimos fuego, dejando abierta la puerta de la mina por la parte de la ermita de Nuestra Señora del Carmen, y aconteció que los arañones y los lagartos y las culebras huyeron, entrándose muchos de estos animales en la ermita, y los ermitaños, por esto y por el humo acre y nauseabundo que envolvió durante algunas horas á la ermita, me dijeron al día siguiente que el demonio había ido á visitarlos y á tentarlos la noche anterior.

—¿Y qué otra cosa habían de creer esos buenos y sencillos varones?—dijo el rey.

—En efecto, señor; eso debió ocurríseles al verse envueltos por aquel humo infecto y asaltados por culebras, sapos y arañas, que de todo esto tenía gran población la mina; como que desde que se labró no se había usado.

—Aún debe de quedar algo de esas alimañas.

—Indudablemente, señor, aún quedan algunas cáncanas que se mecen sobre sus largas patas cuando ven la luz, y alguna culebra que de la luz huye; por lo demás, la mina está limpia, y vea vuestra señoría que entramos en ella.

Esta mina era como de una vara de ancho y dos y media de alta, fabricada con gruesos ladrillos y pavimentada de piedra tosca.

Esta mina estaba revestida de salitre petrificado.

—¿Es muy larga?—preguntó el rey.

—No, no, señor; porque va en línea recta.

—Pues marchemos deprisa—dijo el rey.

Diez minutos después, llegaron al pie de la otra escalera, y pasados otros diez minutos, á lo alto de ella, junto á una puerta secreta.

—Hemos llegado, señor—dijo el conde—; en abriendo esa puerta, pasaremos á la galería de los Apóstoles; por lo mismo, voy á apagar la luz, á entreabrir la puerta, y á ver si en la galería hay gente.

Hechas estas dos cosas, el conde dijo:

—La galería está de todo punto abandonada; podéis pasar sin inconveniente, señor.

El conde y el rey entraron en la galería de los Apóstoles, y la puerta secreta se cerró.

CAPILULO XVII

DE LO QUE HIZO CON SUS PRISIONEROS ZAYDA FATIMA

Apenas habían salido del campo el rey y el conde don Lope, Zayda Fatima hizo sonar su bocina: presentóse poco después Alfon Gil.

—Dad gracias á Dios—dijo Zayda Fatima—de que el rey nuestro señor ha tenido misericordia de vos, que por mí, yo os ahorco sin compasión.

—El infante don Juan es un demonio—dijo Alfon Gil—, ofrece y amenaza á un tiempo; y como ofrece mucho, y lo que amenaza lo cumple, y como yo estaba cogido por aquella muerte que hice, estuve á punto de revelarle de miedo...

—¿Y qué le hubiérais revelado?

—Lo único que podía revelarle, capitán; que no sois mudo, que sois joven y hermoso, que van y vienen del Alcázar al campo y del campo al Alcázar mensajeros de la reina, que el caballero Sin nombre es manco del brazo derecho, que tan pronto se viste de fraile como de luto, y que siempre lleva bajo el hábito y bajo el luto coselete, puñal y espada, cuando no arnés completo, que vos no os desarmáis nunca, ni para dormir, que coméis frugalmente y sin manteles, y que tenéis mucho dinero.

—¿Y le habéis dicho algo de eso?

—No, señor; porque no tuve tiempo.

—Pues alegráos, si nada de eso le habéis dicho, porque con la mínima parte de eso que dijérais al infante don Juan, le hubiérais dicho tanto, que yo no hubiera podido menos de ahorcaros para desagraviarme en lo posible del daño que me hubiérais causado; y como no sé lo que habrá en esto, os prendo. ¡Hola!—añadió Zayda Fatima.

Apareció uno de los soldados de la guarda de la tienda.

—Llevad al encierro al alférez—le dijo Zayda Fatima—y que se le guarde allí sin dejarle hablar con nadie hasta que yo avise. Espero, Alfon Gil, que podré sacaros muy pronto: id.

Alfon Gil salió.

Lo que había llamado encierro Zayda Fatima, era una gran barraca destinada á cárcel del campamento; como que donde hay muchos hombres, es frecuente la necesidad de encerrar alguno para hacer justicia.

Zayda Fatima volvió á llamar y se presentó otro soldado.

—Echadme para acá—le dijo Zayda Fatima —á mi aposentador.

El soldado salió.

Poco después entró un hombre, á quien ya conocimos en otra ocasión.

Era este Gutierre Mesa, aposentador, repostero y cocinero de Zayda Fatima, constituído en su categoría militar en uno de los cabos ú oficiales superiores de la compañía.

—Juraría yo á diez vírgenes y á diez mil santos, Gutierre mi tocayo, que por nada del mundo me harás tú traición—dijo Zayda Fatima.

—Ni porque me pusiesen un cuchillo á la garganta, capitán—dijo Gutierre—pero ¿por qué me dice eso vuesa merced?

Como se ve, Zayda Fatima se hacía dar tratamiento de infante, porque entonces la casa real estaba entre merced y señoría.

El tratamiento de alteza vino mucho después para los reyes, y el de majestad lo tienen los de España solamente desde el emperador Carlos V.

Hoy tiene señoría cualquier don Fulano á quien se concede una cruz: los tiempos han variado mucho.

Hemos hecho esta ligera digresión, para que nuestros lectores no eruditos no extrañen el que la reina doña María la Grande, tuviese el mismo tratamiento que hoy tiene un juez de primera instancia, y que á los infantes se les honrase con ese su merced que dan nuestros campesinos á cualquiera, y los portugueses á todo el mundo.

Bien es verdad que en esto de tratamientos, los portugueses son el *non plus ultra;* ellos han encontrado el secreto de que todas las mujeres sean señoras excelentísimas.

Pero en los tiempos de nuestra narración, el tratamiento de señoría representaba lógicamente el supremo dominio, y era alto y expresivo, como también era expresiva y honorífica la merced con que se distinguía á los infantes.

Entonces, y mucho tiempo después, ricos hombres de alto linaje, señores de horca y cuchillo, se llamaban simplemente el hombre bueno Fulano de Tal, y Fulano de Tal, sin don que le precediera, se llamaba el caballero viejo en lides y de solar hidalgo.

Hoy que nos hemos montado democráticamente, todo el mundo se llama don Fulano, y hay peste de excelencias y señorías; tanto da igualarse por lo alto como por lo bajo; la cuestión es que todos seamos iguales y lo somos ¡vive Dios! altísimos y aun altisonantes.

El pícaro licenciado de presidio ha dejado su chaqueta al tomar la licencia, se ha puesto su levita y su *chistera,* se llama don José, y se pasea por las Cuatro Calles muy tieso, con su bastón de hierro bajo el brazo. Echad mano á vuestro reloj cuando paséis junto á él, lo que no impide que sea un excelente ciudadano con *don,* y que tenga un aspecto completamente *comme il faut.*

La igualdad es muy cómoda; andamos siempre, en cuanto al aspecto y al sonido, entre semejantes, entre hermanos, lo que constituye la fraternidad; y como de estas dos situaciones nace la libertad, he aquí que se realiza en la práctica aquel lema que tantos creen irrealizable, de libertad, igualtad, fraternidad: adelante.

. . . . . .

—Tráeme á esos dos presos que tan bizarramente vestidos encontramos anoche en aquel bodegón del arrabal—dijo Zayda Fatima,

Gutierre Mesa salió, y volvió á poco con el infante don Pedro y con Alvaro de Estúñiga, que continuaban mirándose de reojo y con grandes deseos de acuchillarse.

Zayda Fatima había vuelto á ponerse su antifaz.

Gutierre Mesa había dejado solos con ella á los dos presos.

—No os mando dar un trato de cuerda, señor paje—dijo Zayda Fatima—para que en adelante no os metáis á campeón de su señoría la reina sin su permiso, por la buena intención con que lo habéis hecho; pero os apercibo para que no volváis á hacerlo, y os mando que en el momento salgáis de mi campo y os vayáis á pasar lo que queda de noche adonde mejor os pluguiere.

—Eso de darme á mí un trato de cuerda—dijo sulfurado Alvaro de Estúñiga—está por ver, que no hay quien me trate á mí de esa manera mientras yo tenga espada al cinto.

—Distraído andáis — dijo Zayda Fatima—porque ni espada ni puñal al cinto traéis.

—Verdad es que cuando me prendieron me desarmaron—dijo Estúñiga.

—Pues tened por seguro que quien os desarmó puede desconyuntaros, y salid de aquí y que os den vuestras armas y las den á los que con vos vinieron, y os echen fuera del campo y no

se hable más; y cuenta que á nadie contéis lo que ha sucedido esta noche, porque si tal hacéis á vos me torno, como dice el rey mi señor, y no lo pasáis bien. ¡Hola, Gutierre Mesa!

Entró el aposentador.

—Idos con este caballero; dad á él y á su gente las armas que se les quitaron, y echadlos á la hora fuera del campo. Id.

—Espero que nos volveremos á ver, señor capitán, y que ajustaremos cuentas—dijo Alvaro de Estúñiga.

—Pues id apuntando para que no se os olvide ninguna partida—dijo Zayda Fatima—; pero salid.

Alvaro de Estuñiga lanzó una tremenda mirada de reto á Zayda Fatima, y salió; pero apenas había salido, exclamó dándose un golpe en la frente:

—Ventrículo del diablo! Con la cólera no he reparado hasta ahora... esa voz...

Y quiso volver á entrar en la tienda.

En efecto, Zayda Fatima se había descuidado; se había olvidado de que Estúñiga la había conocido mucho como paje de la reina.

—¡Eh! ¿Adónde vais?—le dijo Gutierre Mesa.

—Voy á decir cuatro palabras á vuestro capitán.

—No ha lugar, señor caballero—dijo Gutierre Mesa—; mi capitán me ha mandado que os dé, y á vuestra gente, vuestras armas, y os eche, y eso va á ser y nada más.

—¿Y estáis seguro—dijo Estúñiga—que vuestro capitán es capitán y no capitana?

—¡Bah! Vos estáis loco—dijo Gutierre Mesa—; ¡capitana! ¡Mujer don Gutierre de Silva! ¡Que si quieres! Y da cada lanzada que parte un roble. ¡Jesucristo! Y hace zurrar de cuerda á un mílite por la falta más mínima, que cuando no es mínima le ahorca; y refrena y rige á un caballo que no hay quien le monte sin venir la suelo; ¡buena hembra nos dé Dios! Descuidaos y os raja de arriba abajo como si fuérais un papel. Id, si no, á tomarle á la niña la barbilla. Vamos, vos bebísteis en el arrabal más de lo necesario y no sabéis lo que decís, señor caballero; eso no tiene nada de particular; cuando yo levanto el codo más de lo que es menester, no digo más que tonterías; como que quien habla entonces no es uno, sino el vino, que es un tonto.

Hablaban esto mientras atravesaban el campamento para ir á la cárcel, donde estaban los cuatro escuderos de Estúñiga.

—¿Y decís que es buena lanza vuestro capitán?

—¡Que si es buena lanza! Dadle una barreada de Milán y la romperá en el aire como si fuese de vidrio.

—Eso también lo hago yo—dijo Estúñiga,

—No digo que no, y que Dios os aumente la fuerza; tenéis traza de ser pollo de buena casta, como mi capitán, ni más ni menos, que tiene así, la edad que tenéis vos; pero una mujer, á no ser que Dios lo mande, no hace lo que hace mi capitán; mirad, y acabemos de hablar, porque ya estamos á la puerta del encierro, y voy á soltar á los vuestros y á daros vuestras armas y á echaros fuera; un día, un renegado, á quien mi capitán había tomado á sueldo en Medina del Campo, uno que no se sabía de dónde era, pero fornido y con buena pinta de hombre de armas, quiso alzarse con el santo y la limosna, y nos amotinó parte de la gente; ¡qué había de hacer una mujer lo que hizo entonces mi capitán! Salió de la tienda con la adarga embrazada y empuñada la maza de armas, y á éste quiero, á éste no quiero, mató á tres ó cuatro, estropeó á ocho ó diez, descoyuntó al renegado, despidió de su servicio á los descontentos, se enterró á los muertos, fueron los heridos á curarse donde pudieron, y aquí paz y después gloria: á ver si eso lo hace una mujer.

—Tenéis razón—dijo Estúñiga—; pero decidme: ¿vuestro capitán es muy hermoso?

—¡Ah! Eso sí: la mujer más hermosa del mundo puede tener envidia á su cara.

—¿Es morena?

—¡Dale!—dijo Gutierre Mesa; moreno será, no morena.

—Hablo de la cara—dijo Estúñiga.

—Pues sí, señor; mi capitán tiene la cara morena.

—¿Y los ojos negros?

—Que sí.

—¿Y el pelo negro y rizado y muy sedoso y muy reluciente?

—Sí, señor.

—Pues bien; no digo que vuestro capitán sea capitana; lo que digo, es lo que no digo; bueno, echadme fuera á mis escuderos, dadlos nuestros broqueles, nuestros puñales y nuestras espadas, y no se hable más.

Un cuarto de hora después, Estúñiga, al fren-

te de los suyos, fuera ya del campo de Zayda Fatima, adelantaba hacia el arrabal de los Molinos, donde pensaba acabar de pasar la noche.

—¡Si será! ¡si no será!—decía—: la voz es la suya, las señas convienen, el semblante hermosísimo, la color morena, ojos y cabellos negros, y la estatura y el busto y aquel coselete tan realevado, todo parece demostrar; pero ese valor, esa fuerza... Y bien, los moros crían á sus hijas como salvajes: mi buen padre me contaba que allá en los tiempos de su mocedad, á poco de nombrarle los de Santiago comendador de Viedma, le defendió un castillo y la frontera de Granada una mora, mujer de un infante, mucho mejor que se la hubiera defendido un morazo; y no así como se quiera, detrás de las murallas, sino saliendo á combatirse cuerpo á cuerpo y de poder á poder: ¡Diablo, diablo! Y bien, si es, que sea, mejor. Era muy amiga de su señoría la reina: si es ella, á la reina sirve; pues se encubre, encubrirse la importa: callemos como muertos, y no digamos á nadie, ni á mi doña Mencía, lo que hemos sospechado.

Y entrándose en el arrabal, se metió luego en el burdel de Mariliada, donde seguían comiéndose y bebiéndose las doblas del infante de Aragón, y había una zambra infernal.

A Alvaro de Estúñiga no le espantaba nada; tenía el carácter más á propósito para que, á pesar de lo caballero, fraternizase con él la gente alegre y maleante.

Volvamos á la tienda de Zayda Fatima.

Apenas había salido Estúñiga, la joven se quitó el antifaz y dijo mirando á don Pedro con ojos centelleantes:

—¿Me conoceis?

—Si, os conozco, caballero—contestó el infante, que creía hombre á Zayda Fatima; lo que demostraba que el infante don Juan Manuel había sido prudente—; vos sois el capitán de las soldados francos de la Selva del Abrojo.

—El que os venció.

—No puedo negarlo.

—El que os juramentó.

—Lo que se jura bajo la presión de la fuerza, no obliga.

—Disculpas de la infamia—contestó con energía Zayda Fatima; ningún honrado deja de preferir la muerte á jurar lo que no ha de cumplir.

—Entonces, nadie hay honrado hoy—contestó el infante—; porque todo el que oprimido jura lo que no quiere, se libra del juramento en cuanto la opresión cesa.

—¿Y si ahora yo os arrojara á los pies una espada y tomara de vos el desagravio del juramento á que me habeis faltado?

—Venga la espada en buen hora—dijo el infante.

—Diría vestro hermano don Jaime el de Aragón que se os había matado aquí en Castilla á traición, y yo no quiero que se diga esto. Os mataré cuando estéis al frente de una hueste, cuando para llegar á vos tenga que atropellar por una espesura de lanzas enhiestas, cuando en nuestro alrededor vuele la muerte, ruja el estrago; ahora, no: lo que voy á hacer ahora es enviaros preso á ese ejército aragonés que en el reino de León, favorecido por traidores, espera al rey de Portugal, que avanza con poderosa hueste por la Extremadura.

—¡Preso yo!—exclamó el infante.

—Pues qué, ¿no lo estáis? ¿no os prendí ya otra vez? ¿No veis que llevo al costado la noble espada de vuestro preínclito abuelo el gran don Jaime el Conquistador?

—Yo os arrancaré esa espada al arrancaros el corazón—dijo el infante—, y esto será en cuanto me vea libre y os pueda haber á las manos, infante de yo no sé dónde.

—De casa tal y tan buena como la vuestra—dijo Zayda Fatima—; lo que no se sabrá nunca, por mi voluntad á lo menos; y abreviemos: salid y esperadme, que no tardaremos en encontrarnos.

Y tocó su bocina.

Entró uno de los cabos de la guardia.

—¡Hola, Miguel Ceballos!—dijo Zayda Fatima—: á cabalgar con veinticinco hombres: llevadme entre lanzas á este señor infante de Aragón y á los escuderos que con él han sido presos, al reino de León, donde está el ejército aragonés, y en llegando á la frontera, soltad al infante y á los suyos, y volveos, que no quiero que por ser vosotros pocos os tomen presos: tres días para ir y tres para volver. Gutierre Mesa os dará los dineros que sean necesarios. Id.

El infante de Aragón adelantó hacia Zayda Fatima, y la dijo trémulo de coraje:

—Llegará un día en que me pagaréis con usura todo lo que me habéis hecho sufrir.

—En buen hora—contestó Zayda Fatima—: cuidad no os cobre yo con creces lo que me habéis ofendido..

El infante salió, y con él Miguel Ceballos.

—Ya es hora—dijo Zayda Fatima asomándose á la puerta de la tienda y mirando á las estrellas, que apenas se vislumbraban en el oscurísimo cielo: la alborada viene; descansemos.

Y entrándose en la tienda, levantó los tapices de la puerta de la izquierda del interior, y armada como estaba, se arrojó en un magnífico diván que en un pequeño recinto había.

Dormía poco después como aquel que tiene la conciencia tranquila y fe en su fuerza de voluntad.

CAPITULO XVIII

EN QUE EL CONDE DON LOPE CONTIÑÚA DICIENDO AL REY MUY BUENAS COSAS

Una vez en la galería de los Apóstoles, el rey tomó hacia la izquierda, seguido del conde don Lope.

Al extremo de la galería pasó por una saleta á una antecámara, y de allí á su cámara.

La servidumbre se había retirado ya; así es que ni el rey ni el conde encontraron á nadie.

—Debéis conocer mucho esta cámara, mi buen tío—dijo el rey—; como que era la cámara de mi padre.

—Y en ella he velado muchas noches al lado de su señoría, ayudándole á gobernar sus reinos.

—Decid más bien, que gobernando vos á los reinos y al rey.

—Bien caro pagué mi soberbia — dijo el conde.

—Es cierto, y no hablemos más de esto—dijo el rey—; si deservísteis á mi padre, en cambio, después de vuestra resurrección, habéis servido muy bien á mi madre, y en este momento me estáis sirviendo con grande lealtad. Pero sentáos, mi buen tío, sentáos; debéis estar cansado, y necesito que toméis algún reposo para que me mostreis esas otras minas.

—Perdonad, señor, pero estoy bien así—dijo el conde.

—¿Qué, no os sentábais en otro tiempo á par de mi padre?

—Sentábame entonces por soberbio.

—Sentáos, pues, ahora por opediente.

El conde don Lope se sentó, pero manteniendo la actitud del vasallo respetuoso.

—Decidme, tío, mientras los dos descansamos: ¿qué os parece de mi otro tío el infante don Juan?

—Paréceme, señor, vuestro más crudo enemigo.

—De modo que, como debemos librarnos de nuestros enemigos, y de la mejor manera que nos libramos es matándolos, debo matar al infante don Juan.

—Es demasiado próximo pariente vuestro para que no se os achacase á crueldad: á más de esto, vos no gobernáis el reino; quien le gobierna es vuestra noble madre: amadla, obedecedla, seguid sus consejos, y todo os sucederá bien, porque Dios protege á los buenos hijos. En cuanto al infante don Juan, no le aviseis, no os demostreis desconfiado de él; por el contrario, oidle, procurad engañarle, y avisad de todo lo que os dijese, de todo lo que os aconsejase á vuestra madre: á los traidores, cuando no puede herírseles en la cabeza, no debe avisárseles, para que no oculten con el disimulo la traición: os lo repito: confiad en todo y para todo en vuestra madre, que si ella no os salva, si ella no asegura la corona en vuestra cabeza venciendo á vuestros enemigos, nadie puede salvaros.

—Mi madre está acosada por todas partes.

—No importa: la protege Dios y la ayuda la fe de su corazón; esperadlo todo de la reina.

—¿Y la tempestad que nos amenaza? Todo se vuelve contra nosotros.

—¿Es la primera tempestad que os ha amenazado terrible, y que se ha deshecho por la grandeza de vuestra madre? ¿No os acordáis de aquellas primeras cortes en Valladolid, en que el reino os reconoció por rey, á pesar de los Laras, de los Haros, de los Pimenteles, de todos los ricos hombres, en fin, vendidos los unos al infante don Juan, otros á los infantes de la Cerda, y muchos de ellos codiciosos de recibir un alto precio por su lealtad interesada? Aquello se deshizo como el humo: desde entonces acá, en tres años, ¿cuántas traiciones no han sobrevenido? ¿cuántas malas artes no se han empleado contra vuestra madre, contra vos? Y decidme: ¿no se ha deshecho todo, no continuais siendo rey, no gana cada día más en autoridad vuestra madre, no se dividen y se ensangrientan más y más los unos contra los otros, los ambiciosos? ¿por qué, pues, desconfiar? Los aragoneses serán vencidos, señor, yo os lo prometo, antes de que el rey de Portugal pueda juntárseles; y cuando haya sucedido esto, el rey de Portugal.

que se creerá débil para combatir solo con vuestra madre, se volverá á sus tierras, renunciando á las villas y castillos que pide en la frontera, no contento con el buen dote que se ha dado á su hija la infanta doña Constanza, vuestra esposa.

—¡Una esposa de ocho años!—dijo el rey—cambiando con la veleidad de los niños el curso de la conversación.

—Pero que dentro de cuatro, vos habréis cumplido diez y ocho, será una garrida doncella de trece, criada por vuestra madre, que la ama como si fuera su hija, y que ya veis no la separa un punto de sí, y la infanta es hermosa y muy crecida, y os ama y llora porque vuestra madre no la deja que esté á cada momento á vuestro lado.

—Y yo la amo también, tío, pero como á una hermana.

—¡Ay! ¡cómo se conoce que á despecho de vuestra madre, y por lo terrible de las circunstancias, está á vuestro lado el infante don Juan! ¡el niño hecho antes de tiempo hombre! ¡el niño arrastrado á torpezas! Recordad lo que os dije cuando me juzgábais un aparecido entre la oscuridad de la noche y la espesura de los árboles: reconocéos, uníos á vuestra madre, obedecedla, respetadla; solamente de ese modo podéis llegar á ser un gran rey: quien no escucha los consejos de su madre, no ama la justicia, no oirá mañana los consejos de los leales, sucumbirá á sus pasiones, y Dios levantará de sobre él su mano. ¡Ay de aquellos á quienes abandona la mano de Dios!

—Sí, sí, tenéis razón, mi buen tío—dijo el rey—: el infante don Juan es un protervo, y no es á él á quien debo oir, sino á mi madre, á mi buena madre, á quien tanto debo; yo os prometo seguir vuestros consejos; pero hemos descansado ya y quiero que me mostreis alguna de esas minas.

—¿Por qué no lo dejamos para otra noche, señor? es ya muy tarde.

—No importa, no importa; tiempo me queda para dormir: llevadme á San Benito el Viejo por esa larga mina, por donde caben hombres de armas.

—Voluntarioso como su padre—murmuró el conde.

Y se levantó, obedeciendo al rey.

—Habéis dicho que á esa mina se entra por los sótanos del patio de las paneras y de las bodegas.

—Así es, señor.

—Pues vamos allá.

—Habrán de vernos los guardas y habremos de pedir las llaves de los sótanos.

—¿Qué importa? Echáos bien el capuz sobre la cara, ocultad vuestro brazo mutilado; no creerán otra cosa sino que sois un monje.

—Obedezco—contestó el conde.

Y siguió al rey, que salió de su cámara por otra puerta distinta de aquella por donde había entrado.

Atravesó una antecámara y una saleta, y llegó al fin á una galería, donde ya encontraron guardas de los ballesteros hidalgos de maza,

De la galería salieron á los anchos corredores del patio de Honor, seguidos por dos pajes con luces y cuatro ballesteros, que, según costumbre, siempre que el rey salía de su cámara, le acompañaban.

Bajaron por las magníficas escaleras, y atravesando una grande arcada, entraron en el segundo patio.

Este patio estaba muy lejos de asemejarse al ostentoso patio de Honor.

En vez de aquellas arcadas labradas, ornamentadas, afiligranadas, en que aparecía un precioso bizantino en el punto de su transición al gótico, se veían robustos pilares y arcos sencillos, desnudos, deprimidos.

En las galerías del patio había de trecho en trecho puertas por las cuales se bajaba á las bodegas.

—Pedid, señor—dijo el conde—la llave de una puerta que hay bajo el hueco de la escalera por donde se sube á los graneros.

El rey envió á buscar aquella llave.

Cuando se la trajeron, por consejo del conde hizo se retirase al segundo patio la gente que le acompañaba, y solo con el conde, que iba alumbrando con una antorcha que había tomado de las manos de un paje, se dirigió hacia un ángulo del patio, en que había una grande arcada.

En la parte interior de aquella arcada empezaban unas anchísimas escaleras de piedra.

El conde buscó en el hueco de aquellas escaleras una pequeña puerta de hierro, la abrió con sumo trabajo, porque la cerradura de su cerrojo estaba muy premiosa á causa de la humedad, y una vez franca la puerta, se encontraron en unas estrechas escaleras de caracol.

—¿Y decís que por aquí puede salir un hombre á caballo?—dijo el rey.

—Por aquí, señor—dijo el conde—se baja á los sótanos del Alcázar, en los cuales había antes una ancha salida al patio, que fué cegada.

—Veamos, adelantemos—dijo el rey.

Bajaron aquellas escaleras, que eran profundas, y se encontraron en los infectos sótanos.

El conde los atravesó en parte, ahuyentando con la luz de su antorcha los murciélagos que allí anidaban, y después de haber vuelto y revuelto por una sucesión de arcadas, de haberse detenido en algunos lugares y de haber observado con atención, se inclinó sobre el suelo, examinó profundamente y dijo al rey:

—No tengo más que una mano y necesito servirme de ella; perdonadme, señor, si os ruego que toméis esta antorcha.

El rey la tomó.

El conde desnudó su puñal y profundizó con él en el suelo.

—Sí—dijo—, aquí hay hierro; pero este hierro está podrido: mejor, mucho mejor.

Y descubriendo con su puñal una gran parte de una compuerta de hierro, cubierta superficialmente con una capa de tierra viscosa, hirió la plancha de hierro, que estaba tan oxidada, que se rompió con facilidad.

En poco tiempo el conde abrió en aquella plancha podrida un agujero bastante para que pudiese pasar holgadamente una persona.

—Dadme la antorcha, señor—dijo bajando por aquella abertura—, á fin de que yo os alumbre por la parte de adentro.

El rey dió la antorcha al conde, que por la parte de adentro alumbró:

Inmediatamente al agujero que el conde había abierto, empezaba una rampa bastante pendiente.

El rey pasó por el agujero, y siguiendo al conde empezó á descender por aquella rampa, cuya inclinación no era tanta que no pudiera superarla un caballo.

—Ahora lo comprendo—dijo el rey—; he aquí una soberbia mina, por donde bien puede entrar un bravo esfuerzo para el Alcázar.

—El señor rey don Alfonso, vuestro abuelo, lo había previsto todo; tanto le acosaron las rebeldías.

—¡Las rebeldías!—exclamó el rey—; temo que no se acaben nunca, porque nuestros buenos vasallos se han acostumbrado de tal manera á ellas, que si no se rebelan, no viven bien.

—Cuando lleguéis á vuestra mayor edad—dijo el conde adelantando siempre—, gobernad en justiticia, haceos amar de vuestros vasallos por el bien que les hayáis hecho, sed inexorable para con los traidores, y todo os irá bien.

—Pero para matar á todos los traidores, mi buen tío—dijo el rey—, por lo que yo veo y entiendo, sería necesario matar á toda Castilla.

—Herid las cabezas más altas, y las otras se bajarán ante vos.

—¿Sabéis, tío, que sería necesario hacer cosas horribles? ¿Qué se diría de un rey que matase á sus parientes próximos?

—Dirían de ellos, no del rey, si los había matado con justicia.

—Muy terrible habéis resucitado, tío.

—El que fué traidor, conoce demasiado á los traidores.

—Paréceme, tío, que por esta mina adelante viene un vientecillo que huele á traición.

—Esperad—dijo el conde deteniéndose—; puede ser que hayáis acertado, cuando sólo pensábais decir un gracejo: esta mina va á dar á San Benito el Viejo; don Frotardo, su abad, es muy antiguo amigo y muy gran deudo de don Diego López de Haro, mi hermano, y don Diego López de Haro, mi hermano, y mi otro hermano don Juan Alfonso, ven con sobrecejo lo que con vos priva el infante don Juan.

—No privan ellos menos—contestó el rey—; la verdad es que yo los acojo muy bien.

—Pero no están tan cerca de vos como lo está el infante don Juan, y temen que éste acabe por hacer de vos quiteis el Señorío de Vizcaya á don Diego, para darlo á doña María, mi hija, esposa del infante don Juan.

—¡Ah! hasta ahora no me habéis hablado de mi hermosa prima doña María, conde.

—No ha venido á cuento, señor, aunque la amo mucho, como que es mi hija: en mal hora la casé con el infante don Juan.

—¿En mal hora, y por su casamiento con mi tío ha sido no sé cuánto tiempo reina de León?

—Por lo cual se ha hecho ambiciosa, y por lo tanto infeliz. Pues como os decía, señor, mi hermano don Diego no puede mirar sino con un gran recelo, el que el infante don Juan prive tanto con vuestra señoría, porque está viendo la reclamación que, si no un día otro, hará el in-

fante don Juan del señorío de Vizcaya, á nombre de su mujer.

—Y si esto aconteciera, conde, ¿qué creéis que debería yo hacer?

—Obrar en justicia; esto es, dar á mi hija lo que es suyo: porque en verdad, en verdad, si el señorío se dió á mi hermano don Diego, fué porque con él se compraron sus servicios, y porque entonces mi hija, rebelada como su esposo, se llamaba reina de León. Se temía que mi hermano, por su próximo parentesco, se pusiera de parte del infante don Juan; y como mi hermano, con señorío ó sin él, es muy poderoso y muy temible, se le dió lo que quiso, no tanto para que fuese amigo, como para que no fuese enemigo.

—¿Sabéis que ya es cosa grave el reinar en estos tiempos?

—Siempre ha sido cosa grave el reinar; como que hay que contentar á todos ó estar en guerra á muerte con todos.

—¿Y la lealtad?

—¡La lealtad! ¿Y quién es leal de balde? Desengañáos, señor, leal hay que no se vendería por un tesoro, y que, sin embargo, se vende á una honra, á un halago; cada hombre tiene su precio.

—Entonces, conde, no puedo fiar en vuestra lealtad.

—Yo, señor, no soy un hombre; soy un alma en pena que, sirviendo al rey y á la justicia, busco el perdón de Dios.

—Siempre un premio.

—Pero un premio imperecedero.

—¿Y creéis que ese abad don Frotardo puede favorecer á los desleales?

—Sí, si le ofrecen un privilegio más para San Benito el Viejo.

—¿Queda mucho de la mina, conde?

—No, no, señor; ya vamos tocando á su fin.

—¿Y adónde sale la mina?

—A una gruta que hay en la huerta de los Benitos.

—Es posible que la salida esté tan difícil como hemos encontrado la entrada.

—No, no, señor; por esta parte la mina no tiene más puerta que la maleza.

—Parece que me da algo de aire libre en la cara.

—Eso es, señor, que estamos cerca de la salida: en efecto, ya empieza la cuesta.

Y así era la verdad: la rampa empezaba en aquel punto, tan pendiente como la otra que correspondía á la parte del Alcázar.

Cuando hubieron llegado á lo alto, encontraron obstruída la mina, ó mejor dicho, cortada por una especie de muro de maleza, pero tan tupida, que parecía impenetrable.

El conde y el rey, impulsados por un mismo pensamiento, desnudaron las espadas, y gracias á lo ancho y á lo tajante de las de aquella época, lograron abrirse paso; y era de ver cómo el conde usaba de su mano izquierda con la misma seguridad con que hubiera podido usar de la derecha, y con la misma fuerza.

—¡Diablo!—dijo el rey reparando en ello—; pues no puede decirse que al dejaros manco en Alfaro os pusieron fuera de combate; todo se reduce, conde, á que cambieis vuestro escudo al brazo derecho, que para esto bien os sirve, y que hiráis con la mano izquierda; habeis debido de ser muy buen hombre de armas, mi querido tío.

—Y espero serlo aún si llega el caso; pero estamos ya en la huerta de los Benitos.

—¿Hemos salido de la gruta?

—Sí, señor, atrás la hemos dejado.

—No he reparado en ello.

—Es una gruta de hiedra y de verdura, sostenida por los troncos y las ramas de algunos árboles; pero tan espesa, que ni entran el sol, ni el aire, ni aun la lluvia; yo creo que la vieja hiedra, entrelazada y retorcida, se ha convertido en una pared; recuerde si no vuestra señoría lo que nos ha costado abrirnos una entrada.

—Es inmensa esta huerta—dijo el rey—; pero parece hermosísima: se oye más de una corriente de agua.

—Los buenos monjes Benitos se buscan todas las comodidades que pueden sin ofender á Dios, y á Dios no ofende el que hayan rodeado su convento con las hermosuras de la naturaleza; hay aquí claras fuentes para que con su murmurio hagan encantador el silencio de la noche, y para que sus corrientes rieguen las flores y las hortalizas; hay grandes estanques donde se crían el galipago, la anguila, la trucha, el salmón, el cangrejo, en lo que tampoco se ofende á Dios; hay largas espesuras de árboles por donde pasear á la sombra y grutas de follaje que convidan a la meditación.

—Pues tío, me parece que en Castilla viven mucho mejor los montes que los reyes.

—A los reyes los ha hecho Dios para que sean mártires de su deber ó se condenen faltando á él; para un rey no hay reposo posible: es el pa-

dre de una inmensa familia llena de necesidades, á las cuales tiene que atender; un monje no tiene otro cuidado que el de la salvación de su alma, ni más familia que él mismo.

—Pero tiene la caridad, el socorro á que le obliga su sagrado ministerio acerca de sus hermanos.

—Eso se queda para los religiosos andantes que tratan y hablan con todo el mundo, no para los monjes que viven encerrados en sus monasterios, sin salir de ellos ni ver en ellos á nadie más que á sus compañeros.

—Entonces, conde, si aquí no puede entrar nadie, no puede haber aquí conciliábulos de traidores, y estoy advirtiendo una cosa.

—¡Qué, señor!

—Que se oye así como rumor de voces que hablan calurosamente, y entre aquellas ramas estoy viendo, á lo lejos, en la parte baja del monasterio, la luz que se filtra á través de los vidrios de colores de una gran ventana.

—Creo no engañarme, señor, si digo que esa es una de las ventanas de la sala de Capítulo.

—¡Ah; luz y gente esta noche en la sala de Capítulo de San Benito el Viejo! Paréceme, tío, que nos han llamado como con bocina y que vamos á oir y ver muy buenas cosas.

Puede ser señor.

—Y decidme, ¿qué hago con los monjes si conspiran contra mí? Porque este es asunto arduo; esos mílites de Cristo no dependen de mí, sino del Papa.

—En los tiempos de revueltas, señor, el clero, tanto regular como secular, procura como todos engrandecerse, mandar, dominarlo todo; hay que tener paciencia, y sobre todo mucho tino; no confundir lo que es de Dios con lo que es de los hombres; no consentir que la ambición, la intemperancia y la soberbia se guarezcan impunemente bajo los ornamentos sacerdotales; velar á un tiempo por la inmunidad del rey y del reino, evitando que ningún poder extraño usurpe lo que no le pertenece, y por la pureza del dogma y de la disciplina eclesiástica; á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; la traición, las malas pasiones y los crímenes deben perseguirse allí dondequiera que se encuentren, y que lo sagrado de la investidura no encubra lo miserable ni establezca la impunidad; asuntos son éstos gravísimos en que debeis evitar, de una parte, como rey católico, la herejía, y de otra, como rey justiciero, la injusticia: respetad lo sagrado, respetadlo siempre, pero acometed el crimen en el hombre y castigadle con tanta más energía cuanto menos debiera el hombre castigado ser criminal.

—¡Ah!, muy soberbios andan nuestros monje y nuestros prelados.

—Pues he aquí la gran cuestión: amparáos para ello del Papa; á él y sólo á él corresponde reformar los vicios en que haya caído ó pueda caer el clero arrastrado por la ambición y por las pasiones mundanas, á que no debiera dar oídos, porque la misión del sacerdote pertenece al espíritu, á lo eterno, á lo incontestable, á lo absoluto, á lo santo, y no debe inmiscuirse en lo terrenal, en lo material, en lo perecedero.

—Adelantemos, adelantemos, tío, á ver si esos santos varones están rezando ó conspirando.

—Veámoslo, señor, pero recatemos nuestros pasos á fin de no ser sentidos, y adelantemos con cuidado, no sea que haya en la puerta vigilantes, aunque bien me parece que no, porque los muros son muy altos y tienen por defuera cava y barbacana, y no han podido suponer los buenos monjes que nadie entre por la huerta.

—Valía un mundo mi abuelo el rey don Alfonso el Sabio—dijo el rey—; y bien se conoce su buen ingenio en esto de haber hecho minas para su alcázar de Valladolid, y minas que den á monasterios de monjes.

—Me parece, señor, que sería oportuno guardáramos silencio.

—Callemos, pues—dijo el rey.

Y adelantaron sin hablar ni una palabra más y recatando cuanto pudieron sus pasos, hacia la gran ventana, cuyos vidrios de colores transparentaban la luz del interior.

CAPITULO XIX

CÓMO LA TRAICIÓN SE AMPARABA DEL SILENCIO Y DE LA SOLEDAD DE LAS ABADÍAS

A medida que salían de la espesura de los árboles frutales, se iba descubriendo más espacio del edificio de la abadía, y al fin aparecieron tres grandes ventanas de igual tamaño, cuyas vidrieras estaban iluminadas al trasluz; pertenecían, en efecto, aquellas tres ventanas á la magnífica sala de Capítulo de San Benito el Viejo.

Estaban tan bajos sus alféizares, que se podía ver desde fuera, sin empinarse, lo que acontecía dentro; impedíalo, sin embargo, la densidad

de los vidrios coloridos que interceptaban la vista.

Encontró el rey una mira en un pequeño claro producido por la rotura de un vidrio, miró al interior y se puso pálido de cólera.

La sala de Capítulo estaba iluminada por su gran lámpara de hierro, cargada de velas de cera, y por los candelabros, cargados también da velas, de una larga mesa cubierta con un tapete de velludo carmesí con adornos de oro, teniendo detrás, y sobre sí, un dosel, en el que se veía un gran crucifijo de tamaño natural.

La sala era marcadamente bizantina y de un gran lujo, dorada y pintada la piedra, labrada peregrinamente, con grandes tablas en que se veía pintada la vida de San Benito y con una orla sobre los sillones capitulares, que eran de roble, primorosamente labrados, cuya orla se componía de retratos de los sucesivos abades mitrados de San Benito el Viejo, cuya fundación se remontaba á los tiempos del señor de Valladolid, el conde don Pero Ansúrez, fundador del monasterio.

La techumbre, de roble primorosamente entallado, dorado y fileteado, era un tesoro artístico.

Los monumentos de tal género se han perdido casi todos; el tiempo, único revolucionario que reconocemos, los ha destruído, sepultándolos en el caos de lo pasado.

Lo que había hecho palidecer de cólera al rey era el haber visto que en la gran silla abacial, y presidiendo á todos los hombres que con hábitos ó sin ellos se encontraban allí, estaba el mismo que el día anterior por la mañana se había llamado su grande amigo, su lealísimo vasallo, y le había prometido ir en persona con su estandarte y con sus lanzas á combatirse con los aragoneses que, proclamando á los infantes de la Cerda, se habían entrado por el reino de León.

Este caballero era don Juan Núñez de Lara.

A su derecha tenía á don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, alférez mayor del rey y comendador de la orden del Templo.

Y á su izquierda, su hermano don Juan Alfonso López de Haro.

Por bajo del estrado, donde estaban estos sillones con estos señores, en escalón más bajo y á una regular distancia, delante de una barra que corría á lo ancho de la sala, había la larga mesa con cubierta de velludo carmesí de que hemos hablado, y sentados á sus dos extremos, como secretarios, vió el rey á Martín Gil de Aguilera del un lado, miserable ingrato que debía la vida á doña María Alfonso de Molina, que le salvó del furor de su esposo Sancho IV.

—He aquí lo que se gana con favorecer traidores—exclamó el joven rey—; el traidor va siempre á la traición como el río va á la mar.

Al otro extremo de la mesa, y también como secretario, vió el rey á don Lope González de Aytona, mayordomo del infante don Juan Manuel.

—¡Viene por sí ó por su señor!—exclamó acreciendo en su cólera el joven príncipe.

Y continuó mirando y reconociendo á los que en la sala había.

A la derecha de don Diego López de Haro estaba don Frotardo Sánchez de Villamanrique, abad mitrado de San Benito.

A la izquierda de don Juan Alfonso López de Haro, vió á don Nuño González de Lara.

A la derecha de don Frotordo, á don Remon Falque, señor de Cardona, marido de doña María Alvarez, hija de don Juan Alfonso López de Haro.

A la izquierda de don Nuño González de Lara, á don Juan Alfonso de Alburquerque, alférez mayor de Portugal, venido á Castilla con la reina doña Constanza.

Todos estos señores ocupaban las sillas del frente de la sala de Capítulo.

A la derecha y á la izquierda había monjes y caballeros, á los cuales no conocían ni el rey ni el conde, que atisbaba también á través del vidrio roto.

Cuando el rey llegó y se puso en acecho, llevaba la palabra don Juan Núñez de Lara.

—No hay espera que prudente sea—decía—; apoderado se ha del ánimo del rey el infante don Juan, la reina le escucha y se somete á sus consejos, y nada bueno podemos esperar de un hombre que todo lo quiere para sí: la ocasión no puede ser más propicia: don Jaime II rompe con un ejército, acaudillado por el infante don Pedro, su hermano, por las fronteras del reino de León, trayendo consigo á don Alfonso de la Cerda, y proclamándole rey de Castilla; camina hacia Mayorga, villa cuya posesión importa mucho, porque puede ser el abrigo de un ejército que amenace á Castilla. El rey de Portugal se entra por las Extremaduras; el rey de Francia

se pone sobre la frontera de Navarra; el rey de Granada amenaza de una parte á Tarifa y Algeciras, y de otra al reino de Jaén: ¿con qué cuenta doña María para repeler toda esta tempestad que se la viene encima? Con nuestras lanzas, caballeros. ¿Y qué ha hecho la reina para merecer nuestra ayuda? ¿por qué, si quiere favorecernos, favorece al infante don Juan contra todos nosotros, y contra el tutor del rey el infante don Enrique? ¿Pues qué, no sabemos lo que es el infante don Juan? ¿no sabemos que su lealtad al rey es un antifaz con que encubre su ambición? ¿que su único objeto es apoderarse de la corona por un golpe de mano, y que si esto logra, para asegurarse por medio del terror, no dejará sobre nuestros hombros nuestras cabezas? ¿Habrá quien dude de que ha llegado el momento de que sostengamos á don Alfonso de la Cerda, cuya legitimidad es notoria, como hijo de bendición del infante don Fernando, hijo primogénito del señor rey don Alfonso? ¿Y hay quien desconozca que el rey, así como sus hermanos, está, según nuestras leyes y libres fueros y costumbres, excluído de la sucesión á la corona, á causa de bastardía, puesto que no se han dispensado por el Santo Padre los parentescos que anulaban la unión de don Sancho y doña María, haciendo de esta unión, no un consorcio legítimo, sino un amancebamiento?

Rugió sordamente el rey, y el conde don Lope hubo de asirle para que, rompiendo la vidriera, no se lanzara dentro de la sala.

—Estaos quedo, señor—dijo el conde—nosotros somos dos y ellos muchos; no deis un gran día de triunfo á los traidores, que tal vez os mataran si en esta ocasión entre ellos os vieran.

—¡Oh! ¡infames! ¡infames!—exclamó el rey—; conspiran contra nosotros y están cargados de nuestros beneficios: tenéis razón, mi buen tío, es necesario matar, matar, y siempre matar.

—Pero en buena ocasión y en buen tiempo, señor—dijo el conde—; cuando la sangre de los traidores no pueda producir retoños: continuemos, continuemos escuchando.

Al decir sus últimas palabras, interrumpió don Juan Núñez de Lara su discurso como para darle mayor efecto, y estuvo callando y como quien descansa de un vigoroso esfuerzo todo el tiempo que emplearon en su breve diálogo el rey y el conde.

—Por la atención con que me escucháis—continuó don Juan Núñez de Lara—, paréceme que encontráis razonable todo cuanto he alegado.

—Sí, sí, sí—se oyó acá y allá en las bocas de todos sordamente.

—Cuando los pareceres son conformes—dijo don Juan Núñez—, es inútil insistir en la conveniencia de lo que debe hacerse; paréceme que ha llegado el caso de contar nuestras fuerzas. ¿De cuánta gente de guerra disponéis, don Diego López de Haro?

—Mi mesnada y la de mi hermano don Juan Alfonso—contestó el señor de Vizcaya—, montan á trescientos hombres de armas, doscientos rocines y dos mil peones.

—Bien—dijo don Juan Núñez—; á esto pueden añadirse los quinientos hombres de armas y los tres mil ballesteros de las mesnadas de mi hermano don Nuño y mía: ahora bien, don Juan Alfonso de Alburquerque: ¿con cuánta gente de guerra viene vuestro amo el rey de Portugal para cobrar el pleito que trae con la reina doña María, sobre villas y castillos en Extremadura, como dote de su hija doña Constanza?

—El rey, mi esclarecido é invicto señor—contestó con una inflada prosopopeya Alburquerque—, trae seiscientos feroces caballeros, espanto de quien los mira, y seis mil terribles ballesteros, con muchos y buenos ingenios y máquinas de guerra; y en verdad os digo que tal y tan buena gente es, que aunque el rey mi señor no tuviera quien con él se ligara para este hecho, de la propia manera vencería, y quizá más prontamente.

—Nadie pone en duda—dijo don Juan Núñez de Lara—la gran pro, los grandes merecimientos y el prepotente esfuerzo de los hidalgos portugueses; pero tanto mejor si á esos leones se agregan algunos miles de perros de presa. Veamos ahora, señor Remon Falque, señor de Cardona, con cuánta gente viene en nuestra demanda el señor rey de Frrncia.

—Trae su señoría—contestó el catalán francés—ochocientos gendarmes, trescientos jinetes y diez mil peones.

—¿Y qué noticias se tiene de la gente que trae el rey de Aragón, abad don fray Frotardo?

—Poca caballería; pero buena—contestó el abad—: ocho mil ballesteros montañeses y gran fuerza de máquinas de guerra.

—¿Y qué ayuda nos envía el rey de Granada, don Lope González de Aytona, que según creo

andáis trayendo y llevando cartas al infante don Enrique?

—El rey de Granada—contestó Aytona—no nos envía gente: en Castilla se mira mal á los moros por la desconfianza que de ellos se tiene; pero moverá guerra por el Andalucía, y pondrá cerco á Tarifa para entretener por allá á las fuerzas de don Alfonso Pérez de Guzmán y á las de la caballería de Santiago.

—Veamos, veamos cuánta gente resulta—dijo don Juan Núñez de Lara.

Martín Gil de Aguilera, uno de los secretarios que había ido anotando el número de la gente de guerra enunciada, halló que toda ella sumaba veintitrés mil doscientos hombres, divididos en la forma siguiente: mil setecientas lanzas, quinientos jinetes y veintiún mil peones, con gran número de máquinas de guerra.

—Pues ¡sus!—dijo don Juan Núñez de Lara—; no esperemos ni un momento más.

Y se levantó.

—Todas las palabras que se dijesen serían inútiles; levantemos nuestros campos esta misma noche los que los tenemos cerca de Valladolid y marchemos sobre Mayorga.

—Marchemos—exclamaron todos.

En aquel momento se oyó un estruendo, un estrépito especial; la mitad de una vidriera de la ventana del centro había venido á tierra, y por ella había saltado, dentro de la sala, el conde don Lope Díaz de Haro.

Se había echado atrás la capucha, había desembarazado su brazo sin mano de la manga del hábito, y en medio del estupor general, porque la mayor parte de aquella gente, que le conoció en otro tiempo, le había reconocido, en particular sus dos hermanos y don Juan Núñez de Lara, exclamó con voz potente, entrecortada por una carcajada convulsiva:

—Sí, sí, llevad á cabo una nueva traición; id sobre Mayorga; allí os esperan la ira y la maldición del Señor.

Aún no había acabado el conde de pronunciar estas palabras, cuando la sala se quedó completamiente desierta.

Todos habían huído; para todos, el conde don Lope Díaz de Haro era un muerto levantado de su tumba, un aparecido.

Apenas impulsados por el terror habían dejado libre la sala del Capítulo los conspiradores, saltó dentro de ella, pálido y demudado y con todos los signos fisiológicos de un león hambriento, el rey don Fernando IV.

Habían quedado sobre la mesa los pergaminos en que habían escrito los secretarios.

El rey se apoderó de ellos.

—¡Ah!—dijo—aquí tengo sus cabezas.

—No podeis cobrarlas todavía—exclamó el conde—; dejad, dejad que fructifique en ellos el terror que les ha causado mi aparición; irán sobre Mayorga, sí, pero irán aterrados, desalentados, y cuando nos metamos entre ellos, los mataremos como ovejas. Salgamos de aquí, y salgamos cuanto antes, señor; dejad, dejad ahí esos pergaminos, que para nada nos sirven; es necesario que no vean nada que destruya el pavor que les ha causado mi aparición; seguidme, yo os lo ruego.

El rey siguió al conde don Lope, que volvió á salir por la vidriera rota, así como el rey.

Atravesaron la huerta, tan solitaria y tan silenciosa como antes, llegaron á la gruta de verdura y entraron por la mina.

—Y bien—dijo el rey—; mañana verán este agujero abierto en esta espesura, penetrarán por él y llegarán hasta mi alcázar.

—Este agujero, señor, puede cerrarse aparentemente con las mismas ramas de la espesura, y no repararán tan fácilmente en ello.

Y el conde, atando las ramas de los costados, destejiendo hiedra, hizo como si dijéramos un zurcido en aquel rompimiento, cobró la antorcha que había dejado arrimada á la pared, y se perdió con el rey en el fondo de la tenebrosa mina.

Era el amanecer cuando el rey entraba en su cámara y se recogía, y el conde don Lope, por la galería de los Apóstoles, entraba en la mina que conducía á la ermita de Nuestra Señora del Carmen.

En aquel mismo punto levantaban sus campos don Juan y don Nuño de Lara, don Diego y don Alfonso López de Haro, y dejando á Valladolid, marchaban en abierta rebeldía á unirse al ejército aragonés, que estaba ya dentro del reino de León.

LIBRO TERCERO

El cerco de Mayorga.

CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO ANDABAN LAS COSAS EN CASTILLA

Había empezado el mes de Agosto, y las tardes eran ya frescas; por la noche se levantaba del Pisuerga una leve neblina.

El invierno se anticipa en Castilla la Vieja.

Habían pasado cerca de tres meses desde los acontecimientos en que termina el libro anterior.

El rey de Portugal no se había unido á los aragoneses que sitiaban á Mayorga, villa fuerte en los confines del reino de León; se mantenía en las Extremaduras cercando villas y castillos, que tomaba, porque la reina no había enviado ni podido enviar allá ejército alguno, y había dejado estas villas y estos castillos entregados á los escasos recursos de defensa de sus tenientes.

Allá en el Andalucía, el infante don Enrique, observado siempre por Guzmán el Bueno, nada había podido hacer en su proyecto de vender á Tarifa al rey de Granada, á pesar de que había estado en esta ciudad tratando largamente de ello con el rey, Mojammet-el-Ansarí.

Los dos hermanos don Juan y don Nuño de Lara, despavoridos por la tremenda aparición, que tal la habían juzgado, del conde don Lope en la sala de Capítulo de la abadía de San Benito el Viejo, así como don Diego y don Juan Alfonso de Haro, habían llegado, es cierto, á las fronteras del reino de León con intento de unirse al aragonés; pero habido consejo entre aquellos ricos hombres, determinaron que puesto que Dios les había avisado por medio de una aparición tremenda que el cerco de Mayorga que se intentaba debía serles funesto, era una temeridad ir contra la voluntad de Dios, y que mejor sería dejar pasar las circunstancias, y que los aragoneses solos, ó con el rey de Portugal, hiciesen lo que pudiesen.

Tomado este acuerdo, don Diego y don Juan Alfonso de Haro se fueron para Vizcaya, si no leales, desrebelados, y don Juan y don Nuño de Lara con Remon Falque se fueron al señorío de este último, que, como sabemos, era Cardona, en la Cataluña.

La estratagema del conde don Lope Díaz había producido su efecto, privando á los aragoneses, ó lo que es lo mismo, privando á don Alfonso de la Cerda, que había entrado con voz de rey de Castilla en León, de dos poderosísimos auxiliares, cuya defección no influyó poco para que el rey de Portugal no avanzase, quedándose con su hueste á las puertas de su reino, dispuesto á meterse en él si venían mal las cosas.

Pero los aragoneses no podían ya retroceder, y además el infante don Pedro, su caudillo, estaba irritado y empeñado.

Miguel Ceballos, con veinticinco hombres de armas de Zayda Fatima, había cumplido su encargo, llevándole á la frontera del reino de León, y soltándole en ella con los escuderos que con él habían sido presos en el arrabal de los Molinos.

Don Pedro era demasiado bravo para olvidar el reto que tenía empeñado con el caballero del Aguila Roja.

Impulsábale sobre todo el violento amor que le inspiraba sin quererlo la reina doña María, y este amor se justificaba demasiado.

Doña María Alfonso de Molina estaba en lo mejor de su vida, en la fuerza de su juventud, como que apenas contaba treinta y cuatro años, y era hermosa, espiritual, y más que hermosa, atractiva sin pretenderlo, de una manera irresistible.

El amor, la ambición, el empeño, todo concurría á exacerbar al infante; para él era innegable que, tomada la ciudad de Burgos, proclamado en ella rey de Castilla el infante don Alfonso de la Cerda, apoderado el rey de Portugal de media Extremadura, sosteniendo el rey de Granada en la frontera del Andalucía una cruda guerra, privada la reina de defensores, desamparada, agobiada, sin esperanza de ningun género, sucumbiría al único recurso que la quedaba, esto es, su unión con el infante don Pedro, que la procuraría una fuerte alianza con don Jaime de Aragón.

De lo que resultaba, atendidos los proyectos del infante, que don Alfonso de la Cerda no era otra cosa que un pretexto, del que se usaba y aun se abusaba.

Ahora bien: el infante don Juan, alarmado por el cambio brusco que se había efectuado para con él en el rey, que á pesar de los consejos que don Lope Díaz de Haro le había dado, no había sabido ser prudente, conociendo que

el rey le aborrecía y que le acechaba, sintió miedo viéndose abandonado por sus deudos por parte de su mujer, los Haros, y por sus aliados por parte de la Palomilla, los Laras, y se escapó con su mujer y con sus hijos de Valladolid, llevándose cuanto tenía, yendo á incorporarse con los aragoneses, y tomando de nuevo el título de rey de León, de Galicia y de Sevilla que había abandonado poco antes.

Por su consejo, el infante don Pedro, que había pensado marchar directamente á Burgos, volvió al proyecto de apoderarse de Mayorga, que, por su posición cerca de la frontera de León, y por su fortaleza, era un excelente centro de operaciones.

Mayorga fué sitiada; pero la reina había tenido tiempo de abastecer la villa y de ponerla bajo el mando de dos ricos hombres de probada lealtad, llamado el uno Diego Ramírez de Cifuentes, y el otro García Fernández de Villamayor, con mucha y buena gente de guerra, los cuales llegaron antes que la hueste aragonesa, que se encontró con la villa cerrada y puesta en defensa.

Los altos muros y las fuertes torres de pedernal de Mayorga, eran para aquellos tiempos inexpugnables, y en vano fueron las *cabritas*, las *gatas* y demás máquinas de guerra de que iban muy provistos los aragoneses.

Y vinieron días, y tan reciamente defendieron la villa los dos ricos hombres y los hombres de armas de la reina y los vecinos, que los aragoneses fueron un día y otro rechazados, y hubieron de contentarse con tomar las villas de Oter de Humos, Villagarcía, Tordesillas, Medina de Ríoseco, La Mota y Villafáfila.

Había, además de los que defendían la villa por dentro, un lobo suelto fuera de ella.

Este lobo, al cual podía llamársele bien león, era la compañía franca de Zayda Fatima, esto es, del caballero del Aguila Roja y del caballero Sin nombre.

Tomaban una de las pequeñas villas circunvecinas los aragoneses, y allá se iba sobre ellos Zayda Fatima, los acometía, los echaba, causándoles grandes pérdidas, y sin retener la villa, de la cual solían apoderarse otra vez los aragoneses, se marchaba á otra, de la cual parte de los aragoneses estaban apoderados, y sucedía lo mismo.

La intención de Zayda Fatima, ó más bien del conde don Lope Díaz de Haro, no era librar una batalla campal y decisiva con todo el grueso del ejército aragonés, lo cual hubiera sido una temeridad á causa de la desproporción de las fuerzas, sino acometer á los enemigos en detalle y causarles continuas bajas, que aumentaban imponderablemente las que producía la brava defensa de la villa.

Pretendióse más de una vez por el infante don Pedro coger con todo el grueso de la hueste aragonesa á la compañía franca; pero ésta escapaba, yéndose á embestir allí donde parte de la hueste de Aragón ofrecía probabilidades de triunfo.

Era Zayda Fatima un enemigo formidable, incansable, tenaz: ese irritante enemigo que no comete imprudencias, que rehuye el combate cuando, aceptándolo, no puede menos de ser vencido, que acecha y acomete sobre seguro.

A más de esto, Mayorga no hubiera podido resistir por falta de mantenimientos, á no haberse constituído en proveedora de ella Zayda Fatima.

Había días, uno tras otro, en que ninguno de los campos aragoneses era molestado por aquel enemigo volante, por decirlo así: esto consistía en que de dentro de la plaza se había avisado á Zayda Fatima de que escaseaban las vituallas.

Entonces Zayda Fatima, saliéndose de la periferia del cerco, se iba á las villas inmediatas, cargaba acémilas de cuanto era necesario, y esto sin que para ello se la hubiera dado ni un solo maravedí; y cuando se había abastecido lo bastante, volvía una noche, acometía crudamente uno de los campos aragoneses, y mientras duraba el combate, los acemileros entraban en la villa y la proveían.

En estas escaramuzas, perdía, como era necesario, gente Zayda Fatima; pero por cada hombre que se perdía se reponían dos perfectamente armados y montados, que los cabos de Zayda Fatima iban á tomar á sueldo con las bolsas bien llenas á Burgos y aun á Valladolid, que hervía entonces, como hemos dicho, en aventureros.

Muchos de los que en la noche de marras estaban en el figón de Marilinda cuando entró en él Zayda Fatima, habían tomado sueldo en su compañía, enganchados por sus cabos, y entre ellos, aquel bachillerote que parecía ser el jefe de los hampones asistentes al arrabal.

Un día se maravilló Zayda Fatima al ver que uno de sus soldados, agigantado, formidable, es-

taba soltando una exhortación en latín á un aragonés que tenía bajo su rodilla, y al cual, acabada la exhortación, le cortó la cabeza con su cuchillo, arrojándola luego como un proyectil á un grupo de aragoneses y aventureros que combatían á pie firme á poca distancia.

Un momento después, se decidió la batalla.

Los aragoneses huyeron dejando un considerable número de muertos y heridos y el aventurero latino, recogiendo su lanza que tenía en el suelo, acudió á su caballo que estaba inmóvil, no lejos de él, montó, tomó del arzón una bota de vino, y se puso á beber tranquilamente.

—Venid acá—le dijo Zayda Fatima—; yo os he visto alguna vez.

—Créolo bien, "quia nemo uvi ego sun intrat sine..."

—Alto, alto—dijo Zayda Fatima—; habladme á mí en romance liso y llano y dejaos de latines, no sea que lo tome á burla y os asiente la mano.

—Decía, pues, mi noble, mi egregio, mi invicto capitán, señor caballero del Aguila Roja—contestó el bachiller—, que nada tiene de extraño que vuesa merced recuerde haberme visto, porque nadie entra adonde yo estoy que en mí no repare, á causa de mi humanidad corpulenta y de un no sé qué atractivo de que Dios me proveyó en sus altos juicios, y vuesa merced me vió, hará como cosa de un mes, una noche, en un burdel y con brava compañía, en el arrabal de los Molinos de Valladolid.

—Ciertamente—dijo Zayda Fatima recordando—; ¿y qué erais entonces vos?

—Entonces era yo bachiller en derecho civil y canónico en la Universidad de Valladolid, y vivía á expensas de un tío canónigo que me daba algún por qué, aunque escaso; pero habiendo muerto el canónigo mi tío, y habiéndole heredado, héme quedado pobre.

—¿Tan poca hacienda os dejó vuestro tío el canónigo?

—No verdaderamente, que dejóme tres molinos en el Pisuerga, seis casas en la villa y quinientas aranzadas de pan llevar, con unos cuantos miles de ducados viejos; pero aunque dejárame las tercias y las alcabalas del rey, y los pontazgos y barcazgos de siete reinos, y las minas de Golconda, y el sol metido en una redoma, durárame á mí lo que dura la luz del relámpago; que Dios ha hecho los dados, y los naipes, y las mujeres, y las bizarrías, y las galas para derretir dineros, y yo me dije: Melchor, vamos á cuentas: tú puedes vivir como un buen hidalgo todos los días de tu vida, pero llenos de privaciones y de disgustos por no gozar lo que gozar se puede: ¿á qué quieres tú andar peleando con los renteros, y cuidando de paneras llenas de grano, y de bodegas llenas de vino, si tú no has nacido para eso? ¡Sus! oros son triunfos; cambia en dinero molinos, casas y tierras, y esto súbito, en un solo día, en una sola hora, en un solo minuto; y así fué, que caliente todavía el cadáver del buen tío, metiéronme en mi posada no sé cuántos talegos de dinero; y tal bebí, tal comí, tal enamoré, tal juzgué, tanto fué el furor con que yo me dí á gastar, que no parecía sino que al dinero le nacían alas y escapaba por no tratarse conmigo, y á los ocho días cabales encontréme sin dinero, sin ropa, sin amigos, y lo que es peor, con deudas, aunque esta peoría no es para mí sino para aquellos que, creyéndome todavía rico, me prestaron, y que no volverán á ver sus dineros en todos los días de su vida. Así pues, echóme el gancho uno de vuestros cabos, ofrecióme, porque era grande y fuerte y decía que yo servía para meter miedo, aunque no fuese para otra cosa, cuatro maravedises de sueldo al día, encajóme sobre las bayetas un arnés, me puso debajo un caballo, me entregó una lanza de media legua de andadura, como la estáis viendo, y esta adarga aquí presente, con la cual se puede tapar la plaza mayor de Valladolid, trájome, llegué, aprendí en dos días el oficio de la guerra, y por lo que acaba de ver vuesa merced, me parece que sirvo yo para algo más que para meter miedo.

—¿Y cómo os llamáis, buen mozo?—dijo riendo Zayda Fatima.

—Llámome Melchor Zancudo, para servir á Dios, al rey mi señor y á vuesa merced.

—Pues ¡vive Dios! que por lo que os he visto hacer en la pelea, os aprovecho: mientras combatíamos vino al suelo mi estandarte, á causa de haber muerto mi alférez Alfon Gil, por castigo sin duda de Dios, que no quiere traidores: rodando ha andado el buen estandarte de soldado en soldado mío durante la pelea, y quiero que le tenga quien sepa y pueda sustentarle: sois además hombre de buen ingenio, y me serviréis para mucho. Vamos, ya han recogido nuestros heridos, y nos retiramos; antes de que nos retiremos, voy á entregaros ese estandarte, que os

confío, seguro, por lo que os he visto hacer, de que le mantendréis con honra.

Y Zayda Fatima, llamando á uno de sus cabos, que tenía el estandarte, y delante de su gente formada, entregó con gran solemnidad el estandarte al alférez Melchor Zancudo, que parecía entonces más grande á causa de lo que le había inflado la vanidad.

Hemos consignado este episodio, porque nuestro Melchor Zancudo es, como verán nuestros lectores, un importantísimo personaje de esta verídica historia.

Cuando Melchor, por sus merecimientos como hombre feroz, ascendió á la categoría de alférez del muy noble caballero del Aguila Roja, hacía cabalmente un mes desde que los aragoneses, acaudillados por los infantes don Pedro, don Juan y don Alfonso, habían emprendido el sitio de Mayorga.

La reina, viendo que con sus propias fuerzas no podía disipar tan grande y tan amenazador nublado, contemporizó todavía, hizo como que olvidaba las nuevas injurias que la habían hecho los Haros y los Laras, y las traiciones y las malas artes del infante don Enrique, y les escribió cartas pidiéndoles fuesen á su lado á defenderla de sus enemigos.

Acudió el primero el infante don Enrique, que veía málo lo de Tarifa, á causa de la presencia de Guzmán el Bueno, y cuando llegó á Valladolid, sin parar en ninguna otra parte, se fué al Alcázar y encontró á la reina oyendo misa en la capilla.

Acabada la misa, y recibido el infante por la reina en su cámara, éste la dijo:

—Ya veis, señora, con cuánta lealtad y apresuramiento vengo de las Andalucías, donde importaba mucho que yo estuviese, llamado por vos, que decís os encontráis en gran cuita, y bien veo que esto es cierto, porque tenéis sobre vos al rey de Aragón, y al de Portugal, y al de Granada, y contra vos al infante don Juan, á don Diego de Haro, á don Juan Núñez de Lara y otros muchos ricos hombres y caballeros de gran poder y cuantía; y ved cómo se encuentra vuestra hacienda, lo uno porque el rey mi señor es muy mozo aún, y vos viuda, y yo viejo y cansado, por lo que podrá suceder muy bien os tomen el reino y se lo repartan; pero ya dije en buen tiempo, y torno á decíroslo ahora, que si vos quisierais bien podría remediarse todo, con que al fin, y viendo de qué manera se ponen las cosas, triunfaseis de vuestros enemigos y reinase vuestro hijo.

—Bien veo la enemiga con que me tratan el rey de Aragón, el de Francia, el de Portugal, el de Granada; lo desleales que me son parientes y vasallos, y Dios sabe cuán sin derecho es esto; pero fío en la misericordia de Dios, que él me ayudará, y todo cuanto yo pueda hacer porque reine mi hijo, lo haré.

—Repito lo que ya os dije antes, señora; mujer manceba sois y con hijo mozo, á la que cumple casarse y tener en un buen marido consejo y defensa; y si vos hicierais lo que hicieron otras reinas mozas que quedaron con hijos, y casarais con el infante de Aragón, todo terminaría felizmente para vos y para vuestro hijo, y vuestro hijo reinaría, y vos os veríais servida y respetada.

—Maravíllome mucho—contestó la noble reina—de que os atreváis á repetir lo que nunca decirme debierais, atendiendo al parentesco que conmigo os une: y no hay por qué traerme á mí para la que me habéis aconsejado ejemplos de reinas que obraron mal, que yo he tomado y tomaré el ejemplo de las que obraron bien y fueron muchas que quedaron mozas y viudas con hijos pequeños, señaladamente de mi linaje, y las ayudó Dios. Y estad seguro de que si yo supiera que por manchar la memoria del rey mi amado esposo había de ser rey sin contradicción de nadie mi hijo, y aunque ganara con ello otros tantos reinos más que los que le dejó su padre, yo no lo haría, y que más quiero vivir buena con lo que Dios quisiese, que no con gran poder y con grande honra haciendo lo que tan malamente me aconsejáis, y confío en Dios que más ayudaré á mi hijo siendo buena, que olvidándome de mi decoro, del amor de mi esposo y de la dignidad de mi hijo.

Esto disgustó grandemente á don Enrique, que veía su provecho en que la reina casase con el infante de Aragón, porque de este modo podría apartarla del rey, y apoderarse de él, y gobernar á su antojo, y medrar hasta donde la sed de su ambición le movía.

Llegaron pocos días después don Diego de Haro y don Juan Núñez de Lara con sus armas y sus caballos, y no vinieron don Nuño González de Lara porque estaba muy doliente en Burgos de la enfermedad en que murió, ni don Juan Alfonso de Haro, que dijo que no quería venir

BIBLIOTECA Granada 69 HEMEROTECA

mientras no le diesen el señorío de los Cameros, á que decía tenía derecho.

La gente que habían traído los que vinieron, se halló que eran cuatro mil de á caballo; y queriendo ir todos los hidalgos y ricos hombres de mesnada que allí venían con don Diego y con don Enrique á levantar el cerco de Moyarga, don Enrique no lo consintió, porque por nada del mundo quería ir contra los aragoneses, y alegó por pretexto que necesitaba ir á Granada á procurar la avenencia de aquel rey con el rey de Castilla.

Hacía esto don Enrique por poner discordia en la gente de armas que estaba reunida de una parte, y de otra por ir á vender al rey de Granada la villa de Tarifa, á cambio de grandes riquezas.

Pero viendo esto la prudente reina doña María, y por entretener á don Enrique, tomando pretexto de que la ciudad de Zamora no estaba muy tranquila, le dijo fuese allá con el rey, y que después de sosegada Zamora, hiciese lo que quisiese; y fueron á Zamora, pasando por Segovia, y en las dos ciudades acogieron con gran entusiasmo al rey, y pasaron en cada una de ellas ocho días, después de lo cual se volvieron á Valladolid, donde la reina entretuvo aún á don Enrique con el pretexto de que no quería quedarse sin el auxilio de sus consejos.

Tal era el tutor del rey don Fernando; tales arrimos tenía su buena madre la reina doña María de Molina.

Quedó sola la reina con don Diego López de Haro y don Enrique; y viéndose tan acometida y tan desamparada, envió á su hijo el infante don Felipe, que era de pocos años, á Villalpando; á Palencia á su otro hijo niño, el infante don Pedro; á Toro al otro infan e niño don Enrique; á Toledo la infanta doña Beatriz, y á Guadalajara á la infanta doña Isabel.

Esto hacía la sagacísima reina para enaltecer la lealtad de aquellas villas y ciudades; no podía defender á sus hijos; necesitaba además quedarse libre para combatir, y les entregaba sus hijos para que los guardasen.

No podía hacerse más; doña María Alfonso de Molina se batía ya á la desesperada, resuelta á todo.

Después de esto habló con los concejos de Castilla, que estaban reunidos en Valladolid, mostróles en qué situación se encontraba el rey su hijo, que esperaba defendiesen como leales, y ellos lo juraron y se volvieron á sus villas, quedándose de nuevo la reina sola con don Diego López de Haro y el infante don Enrique.

Algunos días después llegaron don Juan Ozores, maestre de Santiago; Pero Díaz de Castañeda y Fernán Ruiz de Saldaña, con alguna gente de armas, y ofrecieron pleito homenaje á la reina, diciendo que querían ponerse á su merced, porque el otro camino que seguían no era derecho.

Recibiólos muy bien la reina, y mandó á Pero Díaz de Castañeda á la villa de Carrión, y á Fernán Ruiz á la villa de Saldaña.

Empeoraron por entonces las cosas.

El rey de Aragón en persona, con un fuerte ejército, invadió el reino de Murcia, cuyas villas y castillos, por consejo de sus habitantes, que eran catalanes, se le entregaron, á excepción de Lorca, Alcalá y Mula, en que habitaban castellanos.

Al mismo tiempo, el rey de Granada hacía una cruda guerra en la frontera, resistido por don Alfonso Pérez de Guzmán el invencible, que mantenía á raya á los infieles, á pesar de que no le sobraban fuerzas.

Entretanto, los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso, que tenían cercada la villa de Mayorga, viendo que no la podían tomar, enviaron mensajeros al rey de Portugal pidiéndole que viniese á ayudarles.

Y el rey de Portugal, no considerando el deudo que tenía con el rey de Castilla y la pleitesía de ayudarle y de que le había tomado las villas de Serpia, Mora y Morón, sin desafiarle se puso en marcha con todo su poder para ir á ayudar á los que cercaban á Mayorga, como quien quería separar los reinos de Castilla y de León y tomar su parte en el de Galicia.

En tal estado estaban las cosas á principios del mes de Agosto.

CAPITULO II

EN QUE EL AUTOR RETROCEDE EN SU RELATO, PORQUE ASÍ LO RECLAMA LA CLARIDAD DEL ASUNTO

El sitio de Mayorga continuaba con grande encarnizamiento; á medida que la hueste aragonesa menguaba por las continuas bajas, se aumentaba el empeño de sus capitanes.

Las escaladas se repetían, inútiles siempre.

Las máquinas combatían en vano aquellos gruesísimos muros construídos con fragmentos de pedernal, como se ven ahora en los restos que de ellos quedan.

La peste negra que vagaba por Castilla había empezado á diezmar el campo aragonés, aconteciendo el fenómeno de haber respetado á los habitantes de la villa.

Teníase esto á milagro; se atribuía, tanto el que las acometidas de la numerosa hueste enemiga fuesen inútiles, como el que sólo entre ellas se cebase la peste, á las rogativas de los frailes, á las oraciones de las monjas, y sobre todo á la decidida protección que el cielo dispensaba á la reina doña María.

Zayda Fatima estaba tanto dentro de la villa defendiendo sus muros, como fuera acometiendo los campos enemigos ó protegiendo la entrada de vituallas.

Tampoco en los soldados de Zayda Fatima había un solo caso de peste, pero sí muchos de traición.

Con frecuencia, Zayda Fatima se veía obligada á ahorcar á alguno ó á algunos de sus soldados.

Llegó el caso de que no pudiese reposar sin una fuerte guardia.

Generalmente, mientras Zayda Fatima dormía por un breve espacio, velaba en su tienda el conde don Lope.

Las asechanzas contra Zayda Fatima venían desde el principio del sitio.

Consistía esto en una conversación que tuvo el infante don Juan al amanecer de aquella noche que pasó en el campamento de Zayda Fatima con Gutierre Mesa, que fué el encargado de poner al infante en libertad.

—Y bien—le dijo el infante—, ¿qué ha pasado esta noche en el campo?

—Pasar, nada: han estado aquí presos, como vuesa merced, una dama y dos caballeros; la dama se ha ido al amanecer con sus dueñas y sus criados, honradamente acompañada por gente del campo, y los otros dos caballeros, al uno se lo ha llevado preso con veinticinco lanzas mi compañero Miguel Ceballos, y al otro, de orden del capitán, le eché yo fuera; y ¡qué aprensiones tenía el tal señor! ¿Pues no se le puso en la cabeza que mi capitán era mujer?

—¡Bah!—dijo el infante—que tenía una gran serenidad y ocultaba profundamente lo que sentía: ¡mujer vuestro capitán! es necesario estar loco para pensar en esto. ¿Y quién era ese señor que levantaba á vuestro capitán tal calumnia?

—Un joven muy buen mozo y muy ricamente vestido, que á lo que creo es paje de la reina.

—¿Y qué motivos tenía ese señor para creer mujer á vuestro capitán?

—Manías; como no fuera porque mi capitán es muy joven y muy hermoso, tan hermoso como pudiera serlo una mujer, y porque tiene unos ojos negros que encantan; pero eso es que Dios ha hecho muy buen mozo á mi capitán.

—Tenéis razón —dijo el infante—lo que vuestro capitán ha hecho y está haciendo no es de mujer, sino de hombre y de muy hombre. ¿Y qué mensaje traéis para mí?

—Que vuestra merced puede irse á Valladolid cuando quiera, y si desea que se le resguarde se le resguardará.

—Me basta con mis escuderos—contestó el infante.

—Y con los del rey. que aún están ahí, contestó Gutierre Mesa.

—¡Cómo! pues qué, ¿su señoría no está en el campo? dijo el infante.

—No, señor, se fué ya después de la media noche con el caballero Sin nombre.

—¡Ah! ¿y dónde estaba el caballero Sin nombre que yo no le he visto?

—Andaba fuera.

—Decidme, amigo: el caballero Sin nombre, ¿suele ponerse hábito benedictino?

—Sí, señor, contestó Gutierre; eso lo sabe todo el mundo; y cuando no se pone el hábito benedictino, se pone una sobrevesta de luto, porque es de lana blanca sin ningún otro color ni adorno.

—Y decidme, porque creo yo conocer al caballero Sin nombre: á ese caballero, ¿le falta la mano derecha?

—Yo no sé decir á vuesa merced si le falta ó no, porque yo nunca se la he visto; la tiene siempre escondida bajo la manga del hábito ó de la sobrevesta.

—Entonces no es quien yo creo—dijo el infante.

—Nada tiene de extraño, dijo Gutierre Mesa, que al caballero Sin nombre le falte la mano derecha, porque ha debido estar en muchas lides; dígolo, porque cuando monta á caballo parece un grande hombre de armas.

—De esos los hay por todas partes en Castilla, y vos tenéis trazas de serlo muy bueno.

—Como que me he hallado en más de treinta batallas campales, y siempre, dicho sea en buen hora, he salido de ellas sin que el hierro me toque á la carne.

—Suerte habéis tenido.

—Llevo yo siempre un escapulario de la Virgen del Carmen, y tengo en él tal fe, que con él sobre el pecho iría á meterme sin miedo en el infierno. Pero como decía, tan buena pinta de hombre bravo y de buen capitán tiene el caballero Sin nombre, que no cuesta trabajo creer que en algún lance apretado le echaran la mano al suelo.

—Puede ser, puede ser que en algún lance apretadísimo le aconteciese esa desgracia. Pero vamos: puesto que vuestro capitán me despide de este modo, soltad á mi gente y á la del rey, y conducidme hasta la poterna, á fin de que me la franqueen: vuestro capitán debe de tener en vos una gran confianza, porque parecéis muy leal.

—Tenéis razón; por nada del mundo vendería yo á mi capitán.

—Como no fuera que le vendiérais sin pensarlo.

—Estad seguro de que no, ni en sueños puedo yo pensar en una traición; yo no vendo á aquél cuyo pan como, ni soy como esos señores que se rebelan cuando el rey no les da lo que quieren, y que para servir á su señoría necesitan que se les pague á peso de oro.

—Tenéis razón—dijo el infante—hombres lea les como vos son inapreciables: vamos, vamos, que ya entra bien el día y deben estar abiertas las puertas de la villa.

Algunos minutos después, el infante, acompañado de Benavides, y seguido de sus hombres y de los del rey, salía del campo, y por un mal caminejo se dirigía á Valladolid.

—Sabéis, Benavides—dijo el infante—que esta noche han sucedido cosas extraordinarias?

—Ya lo creo, señor infante—contestó Benavides.—¿Dónde está el rey? Paréceme que no habrán querido quedarse con su señoría esos capitanes.

—El rey ha vuelto solo esta noche á Valladolid con el caballero Sin nombre—dijo el infante.

—¿Y cómo es que su señoría ha arrostrado por dar su nombre para que le abran las puertas de la villa, cuando mostraba tan viva repugnancia á ello?

—Al rey nos le han vuelto, Benavides.

—¡Bah! la Palomilla tiene mucha fuerza para con su señoría, el rey la adora, y ella ha sabido manejarse de tal modo, que hará del rey lo que quiera.

—Sin embargo, Juan Alfonso,—dijo el infante—el rey puede haber encontrado alguna otra hermosura más incitante que la de doña Juana.

—¿Y cuál, si gustáis, señor?

—¿Os acordáis de doña María de Granada?

—¡Oh, Dios mío—exclamó Benavides—¡la infanta mora! ¡la amiga de la reina!...

—La misma.

—Hermosísima, sobre todas las hermosuras que he visto, señor infante; pero doña María desapareció: hay quien cree que su padre el rey de Granada, que la adoraba y que la había maldecido por su fuga, envió emisarios sagaces que, á lo que se cree, supieron apoderarse de ella y llevársela á Granada: tal vez á estas horas, la pobre infanta esté encerrada en alguna torre de la Alhambra, si no es que en su furor la ha matado su padre.

—Ni está encerrada, ni muerta, ni mucho menos en Granada—dijo el infante—sino libre y campando por su respeto en estos reinos de Castilla.

—¿La habéis visto, señor?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el campo de donde acabamos de salir.

—¡Ah! se enamoró tal vez del caballero del Aguila Roja y se escapó con él. ¿Quién había de creer esto de la zahareña virtud de doña María?

—Nada tiene de extraño—contestó el infante—que doña María ame con toda su alma y sobre todas las cosas al caballero del Aguila Roja, porque lo primero que en este mundo amamos, es á nosotros mismos.

—¿Qué es lo que quiere decir vuestra merced? —exclamó maravillado Juan Alfonso Benavides.

—No quiero decir, sino digo—contestó el infante—que el caballero del Aguila Roja y doña María de Granada son una misma persona.

—¡Tanto se aman!

—No seáis torpe, Benavides; voy á explicarme clarísimamente: el caballero del Aguila Roja no es hombre, sino mujer, y esa mujer es doña María de Granada.

—¡Imposible!—exclamó Benavides—; los soldados del campo, con quienes he hablado, cuentan de su capitán cosas terribles, cosas que hacen de él un hombre formidable.

—No hay nada más valiente, ni más fuerte, n i

más cruel que una mujer cuando se olvida de su sexo—dijo el infante:—á más de eso, los moros crían á sus hijas de una manera brava, y tanto más, cuanto son de mejor linaje. Dios os guarde de una mora granadina; están acostumbradas á la sangre: era necesario que viéseis vos unas fiestas en Bibarrambla: se rejonean toros; perecen más de cuatro caballeros en las terribles astas, sin que ninguna dama empalidezca; las cañas producen encuentros formidables, caídas de hombres que son hollados por los caballos: con mucha frecuencia se ven pasar por la ciudad los heridos y los muertos de algún combate contra los cristianos. Estos espectáculos de sangre hacen muy bravas á las mujeres granadinas: además, los moros nobles llevan á sus hijas á la montería, y con mucha frecuencia acompañando á su harem, á la guerra: los moros de por acá no son como los de la otra banda: en Marruecos, la mujer está encerrada, y si sale alguna vez á la calle, siempre después de haberse casado, va cubierta de los pies á la cabeza, revuelta ésta con la toca y sin dejar ver más que un ojo, y aun así á medias: las granadinas entran y salen, llevan el semblante descubierto, se van á los cármenes á solazarse y estar en ellos mezcladas con los hombres, asisten á las zambras y van á las mezquitas; viven, en fin, como nuestras castellanas, porque de la misma manera que hemos tomado nosotros costumbres suyas, ellos han tomado costumbres nuestras.

—Gran maravilla sería que vuesa merced no se hubiese engañado—dijo Benavides.

—Tan no me he engañado—le respondió el infante—, que veo que el rey se ha enamorado de doña María de Granada, y nos ha hecho completamente inútil á doña Juana Núñez. Pero ved que llegamos á la puerta de Nuestra Señora. Procurad sacar de los guardas si ha entrado esta noche por aquí el rey, si no porque os lo digan, por la manera con que os lo nieguen: yo sigo delante y os espero en mi casa.

Y entrándose el infante con los suyos por la puerta de Nuestra Señora, dejó en ella con los del rey y harto pensativo á Benavides.

—¿Quién ha entrado por aquí esta noche después del toque de queda?—dijo de improviso Benavides á uno de los guardas, con la autoridad que le daba su privanza con el rey, que todos conocían.

—Nadie, señor—contestó tan naturalmente el guarda, que Benavides se convenció de que nadie había entrado por la puerta de Nuestra Señora.

Siguió adelante, llegó al Alcázar y se metió en el cuarto del rey.

—¿Y su señoría, Sandoval?—preguntó á uno de los camareros.

—Está durmiendo—contestó Sandoval—; hace poco entré á ver si la lámpara lucía bien, y su señoría dormía profundamente.

—¿Pues por dónde ha entrado su señoría en el Alcázar—dijo para sí Benavides—: que el rey entrase en Valladolid por cualquiera de las puertas y valiéndose de alguna industria, no lo extraño; pero estoy seguro de que el rey no daría su nombre para que le bajasen el puente, á la puerta del Alcázar, porque al toque de queda se llevan las llaves á su señoría la reina, y sería necesario ir á pedírselas, á lo cual de seguro no se expondría el rey. ¿Qué es esto, Señor, qué es esto? No lo entiendo; lo que entiendo es que esto basta para volver loco á cualquiera; porque pensar en que la reina puede tolerar trasnochos y malas costumbres del rey, es pensar en lo imposible; esto es de todo punto extraño: ¿qué habrá aquí?

Y Benavides se aturdió como todos los cortesanos, cuando ven en el palacio de sus señores algo que no se explica por sí mismo.

CAPÍTULO III

EN QUE SE VE Á CUÁNTOS PELIGROS ESTABA EXPUESTA ZAYDA FATIMA

Aquel día supo don Juan que don Diego López de Haro, su pariente por parte de su mujer, y su hermano don Juan Alfonso de Haro, y don Juan Núñez de Lara, y don Nuño González, habían desaparecido, poniendo fuego á sus campamentos del Campo Grande y del Puente Mayor.

Envió á sus servidores á todas las puertas de la villa, y resultó que por ellas, desde el toque de queda al toque de alba, no había entrado nadie.

Envió espías al campo del caballero del Aguila Roja, y los espías volvieron y le dijeron que aquel campo había sido abandonado, que habían desaparecido las tiendas, que ardían las barracas, y que se podía pasear libremente dentro de su estacada.

Esto significaba que todo el mundo se ponía en movimiento para tomar parte en la lucha.

El infante don Juan se fué á ver á doña Jua-

na Núñez, y la encontró de todo punto cambiada, distraída, oyendo de mala gana el nombre del rey, y hablando hasta por los codos del caballero del Aguila Roja.

—No hay que contar con esta loca—dijo para sí el infante—; sobrepone sus caprichos á su ambición: vámonos á ver á mi cuñada.

La reina habló ardientemente con el infante don Juan, le puso ante los ojos la situación en que se encontraba, desamparada de todo el mundo, sin dineros, sin soldados, sin más amparo que el de Dios, sin más apoyo que el de los pocos leales que la quedaban, y le excitó á que con la autoridad que tenía, como tío carnal del rey, levantase en Valladolid la gente que pudiese y se fuese detrás de los Haros y de los Laras, y los combatiese, antes de que pudiesen unirse á la hueste de Aragón y la robusteciesen.

Púsole ante los ojos cuántas veces le había favorecido, cuántas le había librado de la muerte, y que se lo había perdonado todo: la violencia que pretendió ejercer contra ella la noche en que moría Sancho IV, como el haber usurpado á su sobrino el reino de León y haber tomado autoridad y nombre de rey contra todo derecho; apeló al grito de la sangre, á la generosidad del honor, á todo cuanto puede apelar una madre desventurada que ve en peligro la vida de su hijo.

El infante don Juan prometió mucho, pero con la torcida intención de obrar todo al contrario de lo que prometía.

Apareció ante la reina generoso y aun admirable, y dejándola consolada, porque el infante don Juan podía hacer mucho, puesto sinceramente de parte del rey, se fué á ver á éste, á quien encontró acariciando á un azor mudado que tenía en el puño, y con el que se entretenía dándole á comer moscas, que cogía con gran paciencia y con gran destreza y al vuelo Juan Alfonso de Benavides.

Como la estación era avanzada y había gran follaje alrededor, abundaban las moscas y los moscones, que son compañeros inseparables del verano.

—¿Cómo es que os separásteis de mí señor?—dijo suavemente el infante don Juan.

—La corriente, tío, la corriente—contestó el rey, dando á su azor una gran mosca de cabeza azul que acababa de cazar Benavides; sin saber cómo me he encontrado en mi cámara y en mi lecho. ¿Y sabéis que son unos buenos pájaros los Haros, los Laras, los Alburquerque, los Falque y qué sé yo cuántos otros? Si se convirtieran en moscas haríamos que las cazara Benavides, que se pinta solo para esto, y saldríamos del paso haciendo que se las almorzase Valeroso; pero son unos moscardones de coselete duro y aguijón fuerte, que el diablo que los eche mano; para ello se necesitaría una red que no tenemos, gracias á Dios; quiero decir, un ejército de buenos y leales caballeros como vos, mi buen tío.

Creyó encontrar el infante una expresión duramente hostil y fríamente sarcástica en las últimas palabras de su sobrino.

—Dios da su derecho á quien le tiene—contestó el infante.

—Pero es necesario confesar, tío—dijo el rey—, que nuestro derecho nos viene bien torcido. Tomad, Benavides, á Valeroso y ponedle en la percha; me canso de todo.

Y dió el azor á Benavides, que se fué con él.

—¿Y qué haceis, infante don Juan, qué haceis que no retumban ya nuestras trompas por todo Valladolid llamando gente de guerra? ¿Creéis que esto tiene espera? ¿Creéis que si los dejamos engordar y robustecerse podremos con ellos? ¡Vive Dios que nos hemos quedado solos, sin más que cien ballesteros hidalgos y los doscientos malos rocines y los quinientos peones cansados que están en el Alcazarejo!

—¿Y la compañía franca del caballero del Aguila Roja, señor? ¿No fiais en la lealtad de ese caballero y de su conjunto, el que se apellida el Sin nombre?

Miraba profundamente el infante al rey al pronunciar estas palabras.

—Sí que confío—dijo el rey, sosteniendo mal la tenaz y profunda mirada del infante—; pero ellos son pocos y los otros son muchos: es necesario ayudar á los leales.

El infante don Juan prometió al rey levantar en armas media Castilla y ponerse á su frente, y se fué, no para cumplir su promesa, sino para cargar en acémilas todo lo precioso que en su casa tenía, para marcharse aquella noche, como lo hizo, con su mujer y sus hijos y unirse á los rebeldes.

Ya hemos dicho los medios á que apeló, viéndose tan desamparada la reina doña María.

Vengamos ahora á las asechanzas de que era objeto Zayda Fatima y que la obligaban á cuidar de su seguridad.

De una parte la acosaban emisarios de su pa-

dre, que había trocado de tal manera el amor que la había tenido en aborrecimiento, que no pretendía menos que apoderarse de ella para castigarla á sangre.

Ya Zayda Fatima se había visto obligada á dominar una insurrección de parte de sus soldados, motivada por un renegado que había tomado bandera en la compañía en Medina del Campo.

Este renegado era un moro granadino que, habiendo sido hecho cautivo en uno de los combates de los moros con los cristianos en la frontera de Granada, se había enamorado en Jaén, donde le había vendido el soldado que le había cautivado, de la sobrina del canónigo que le había adquirido como esclavo.

Enamoróse á la par la sobrina del cautivo, que era muy buen mozo, burlaron la vigilancia del canónigo, le robaron y se escaparon á tierras de Castilla, en donde, convirtiéndose el moro, se bautizó y se casó con su amante para desarmar al airado tío, cuya pingüe herencia en tierras, que no habían podido traerse los prófugos, debía heredar la sobrina.

Pero aconteció que ésta murió á poco de haberse casado; que nuestro renegado gastó bizarramente el dinero robado al canónigo, y que se encontraba sin blanca cuando Zayda Fatima levantó bandera en Valladolid para asoldar gente al servicio de la reina.

Rodríguez, que tal apellido con el nombre de Pablo había tomado el renegado, conoció á Zayda Fatima en el momento en que la vió, porque Hamete-el-Zeirí, que así se llamaba el renegado antes de cristianarse, había pertenecido á la guardia del rey de Granada, y por esta razón conocía mucho á Zayda Fatima.

Ocurriósele la idea de una gran ganancia á Rodríguez, y pidiendo con un pretexto licencia de algunos días á Zayda Fatima y obteniéndola, se fué á Granada, se presentó en la Alhambra y dijo al alcaide de la Puerta Judiciaria:

—Si tú quisieras, walí, ganar una gran recompensa, dirías á nuestro excelente señor Mojammet, á quien Dios prospere, que aquí está uno de sus soldados que fué hecho cautivo hace un año en la batalla de Arjona, que ha andado por tierras de Castilla, que ha encontrado á la noble infanta Zayda Fatima, su muy querida hija, y que le trae noticias de ella.

El walí no esperó á que se lo dijese dos veces Hamete-el-Zeirí.

Público era el duelo que el rey de Granada había hecho por la desaparición de su hija, y notoria la recompensa que daría al que le llevase noticias de ella.

Así es que el walí se llevó á Hamete á los Alijares, donde estaba el rey de Granada, al que encontraron en un magnífico jardín entreteniendo su tristeza, que no le abandonaba un punto desde que perdió á su hija predilecta, con echar pan á los ánades de todos colores que poblaban un clarísimo estanque.

Dió el walí el mensaje, púsose pálido el rey al escucharle, despidió al walí, y llevando al renegado á una galería tan primorosa, que parecía hecha de marfil, le dijo, mostrándole el Generalife, la Alhambra, el Albaicín, la ciudad, la vega, los montes, todo lo que se veía desde allí:

—Tráeme mi hija y te entrego toda esa maravilla.

—Tu hija, señor excelso é invencible—contestó Hamete—, no es tan fácil de traer como tú piensas, porque la rodean leones.

—¿Y qué leones son esos que la rodean?—dijo con desprecio Mojammet: ¿los castellanos, á quienes yo venzo siempre que se ponen al alcance de mi lanza?

—Tu hija la noble infanta Zayda Fatima, señor—contestó Hamete—, no es ya una débil mujer, sino un león bravo.

—Ya sé, ya sé—dijo el rey—que después de haber estado tres años al lado de la noble reina de Castilla, ha desaparecido, no se sabe con quién ni por qué.

—Yo no sé nada de eso, señor—contestó Hamete—; lo que sé es que, habiéndome llevado mis desventuras á Medina del Campo, viéndome pobre, desesperado y desconsolado, y habiendo levantado bandera para tomar gente á sueldo un capitán de aventuras, me presenté á él, y juzga cuál sería mi sorpresa cuando en aquel capitán reconocí á tu hija, la alegría del cielo, la luz de la hermosura, el arcángel del séptimo cielo, Zayda Fatima.

—¿Y no te diste á conocer á ella?

—No, por el Dios Altísimo y Unico—contestó Hamete—; porque como todos tus esclavos, señor, sabíamos lo que había llorado á tu excelente hija, yo dije para mí en cuanto no tuve duda que era ella; disimularé, y á la primera ocasión iré á decir al rey mi señor que su hija está en Castilla con el nombre del caballero de-

Aguila Roja, y como capitán de una brava compañía franca.

Ardió la mirada del rey Mojammet.

—¡Cómo!—dijo—; ¿la sultana Zayda Fatima es capitán de una compañía franca? ¡ella, convertida en un guerrero formidable, porque no puede serlo menos el que gobierne á esos tigres castellanos, á quienes no podemos echar más allá de nuestras fronteras! ¿Y cómo esas rudas gentes obedecen á una mujer.

—Por mujer no la tienen ni la conocen—contestó Hamete—, sino por un fuerte mancebo, tan esforzado y tan diestro en armas, que fué bastante para matar en buena lid, y de un bote de lanza al que era capitán de aquella gente, y para hacerse aclamar y respetar como capitán por la compañía.

—¿Y con qué dineros mantiene la sultana Zayda Fatima esa gente de guerra?—preguntó el receloso Mojammet.

Debe tener tesoros, porque en Medina del Campo tomó á sueldo mucha gente y buena, así de á pie como de á caballo, y la proveyó de armas y de cuanto era necesario para hacer la guerra; y tan bien armada y montada está esta gente, y es tan escogida y tan dura, que difícilmente podrá encontrarse otra compañía franca ó de rey tal y tan buena como la del caballero del Aguila Roja, que así se llama la sultana Zayda Fatima.

—¿Y por quién tiene esa gente la sultana?

—Por la reina doña María.

—Y dice: ¿no hay ningún hombre á su lado tal, que pueda decirse que ella le ame?

—No, señor invencible, porque al lado de la sultana, y como otro capitán de la compañía, no hay más que un caballero viejo de larga barba blanca, que unas veces lleva sobre las armas sobrevesta de luto, y otras viste hábito de fraile benedictino.

—La edad no impide el amor de las mujeres —contestó con voz ronca Mojammet-el-Ansarí.

—La sultana no se quita el arnés nunca, más que de tiempo en tiempo, para mudarse las vestiduras interiores; vive sola en su tienda; en ella, después del toque de queda, no entra nadie ni hay nada que indique que ese caballero anciano sea amante de la sultana.

—Dios sabe lo oculto—dijo el rey—; cuando las mujeres se olvidan de la vergüenza, cuando atropellando por todo abandonan su padre y su familia, no hay que esperar nada de ellas; yo te agradezco el que hayas venido á avisarme el paradero de la sultana, y te mando que vuelvas allá y hagas de modo que de ella te apoderes y me la traigas; para que puedas obedecer mi mandato, llevarás contigo mucho oro para que pagues á aquellos cuya ayuda necesites para llegar al intento. Ahora, vete.

Al día siguiente, con cartas del tesorero del rey de Granada para judíos de Valladolid, en que se les mandaba diesen á Hamete cuanto dinero necesitase, partió aquél de Granada, y tomó la vuelta de Valladolid, llegando á él al décimo día.

Nuestros lectores saben que se urdió contra Zayda Fatima en su mismo campo una conspiración para apoderarse de ella; pero, como también dijimos, Zayda Fatima deshizo por la fuerza aquella conspiración, y ahorcó y mató á los principales conspiradores, y si no ahorcó á Hamete, fué porque éste tuvo la suerte de escapar.

Pero no habían cesado por esto las persecuciones contra Zayda Fatima.

El infante don Juan sabía que ella era el caballero del Aguila Roja, y no había ocasión en que la compañía franca entrase en combate con la gente del infante don Juan, sin que muchos hombres escogidos no se lanzasen como fieras sobre ella, excitados por la gran recompensa que había ofrecido el infante á los que tomasen preso al caballero del Aguila Roja.

Pero fuese providencia de Dios, fuese el grande esfuerzo de Zayda Fatima, que parecía también providencial, fuese que sus aventureros se sacrificasen por su capitán, la verdad era que los hombres escogidos por el infante don Juan para aquella empresa, ó eran muertos ó tomados á prisión, en vez de ser ellos los prendedores.

De estas asechanzas se salía bien porque se rechazaban á lanzadas.

Pero había otras asechanzas sordas mucho más difíciles de evitar.

Estas asechanzas provenían de Hamete-el-Zeirí, ó si queremos, de Pablo el Renegado, que provisto en gran manera de dinero y recatándose, había logrado seducir á algunos de los aventureros de Zayda Fatima.

Sucedió en una ocasión que Zayda Fatima, después de haber cenado y haberse recogido, se aletargó de una manera profundísima.

Inmediatamente algunos de los soldados que daban la guardia á la tienda de Zayda Fatima y que estaban vendidos á Hamete, sorprendien

do á los pocos que no lo estaban, y matándoles en medio del silencio de la noche y del reposo del campo, penetraron en la tienda, envolvieron á Zayda Fatima en una alfombra, y salían con ella, cuando una casualidad inesperada impidió el logro de esta traición.

Esta casualidad fué que el infante don Juan, ansioso también por su parte de apoderarse de Zayda Fatima, y siendo la noche muy oscura, pretendió sorprender su campo, y marchando solamente con peones para escalar la estacada, acometió bravamente y de improviso; pero tan buenos soldados eran los aventureros de Zayda Fatima y tan vigilantes cuando de guardia estaban, especialmente de noche, que los escuchas esparcidos fuera del campo sintieron venir al enemigo, le dejaron pasar, y antes de que hubiera llegado á la estacada, tocaron sus bocinas, se replegaron, y unidos, acometieron á los del infante don Juan por la espalda.

Eran los del infante muy buena gente, y mandábalos además Ben-Tayde.

Salieron por la poterna gran número de los de la compañía franca, y se trabó un combate encarnizado.

Las voces, las bocinas, el chasquido de las ballestas, el crujir de las armas, los alaridos, el estruendo, en fin, del combate, pusieron de improviso en armas todo el campo en el momento en que los traidores sacaban aletargada de su tienda á Zayda Fatima.

Acudió el conde don Lope, que tenía su tienda junto á la de Zayda Fatima, en el brazo derecho una adarga, en la mano izquierda una espada, y llegó á la tienda de Zayda Fatima á punto en que la sacaban los raptores.

Al ver el conde al escaso reflejo de la lámpara del interior, que de la tienda de Zayda Fatima salían soldados con un bulto, oyendo aquel estruendo de combate, creyó que en el campo había estallado una insurrección, y que los soldados robaban la tienda.

Arrojóse á cuchilladas sobre ellos, los arrolló, y miró al bulto, que al huir habían dejado sobre el suelo, encontrándose con Zayda Fatima aletargada.

Metióla adentro, acudió al lugar donde resonaba el combate, que cesó muy pronto, porque las gentes de don Juan habían sido bravamente rechazadas, y se convenció de que lo que había causado la alarma no había sido una insurrección, sino una acometida del enemigo.

Este no había pasado de la poterna, á la cual no había podido llegar: ¿cómo, pues, había soldados de la compañía muertos junto á la tienda de Zayda Fatima, y el conde había encontrado á ésta fuera de ella envuelta en una alfombra?

Llamóse á don Tobías, hebreo, que asistía como médico en la compañía franca, y examinando á Zayda Fatima, declaró que había sido aletargada con beleño, á juzgar por el sabor que tenía el agua que había quedado en el jarro de plata en que bebía Zayda Fatima.

Esto exculpaba á Gutierre Mesa, repostero, proveedor y cocinero de Zayda Fatima.

El narcótico no había sido en la cena; se había puesto en el agua, y era probable hubiesen hecho esto los de la guardia, que habían matado á sus compañeros que no habían tomado parte en la traición.

El alférez Melchor Zancudo, que había nombrado á los de servicio, sacó un papel y buscó los nombres de los que habían sido puestos de guardia en la tienda del capitán.

Compulsó luego, por decirlo así, los cadáveres, y halló que los traidores eran seis, cuyos nombres dijo.

Confirmó la traición el que cuando se buscó á estos miserables, no se les encontró.

Sin duda habían saltado la estacada durante el calor del combate y se habían ido á la hueste enemiga.

No había, pues, á quién castigar.

Don Tobías dió á Zayda Fatima algunas fricciones con una especie de licor rojo, la hizo aspirar un pomo, volvió en sí Zayda Fatima, y se maravilló cuando la contaron lo que había acontecido.

—En efecto—dijo Zayda Fatima—; al beber el agua noté que tenía un sabor nauseabundo; pero en los campamentos no hay que reparar en el sabor de las aguas; se tienen como se pueden: gracias á Dios que no se ha llevado á cabo una infame traición.

Desde entonces la guardia de la tienda la daban hombres de confianza, mandados alternativamente, ya por Melchor Zancudo, ya por otros dos de los cabos con cuya fidelidad podía contarse, y además de esto, mientras dormía Zayda Fatima, velaba, como hemos dicho, en su tienda el conde don Lope.

Cuando se tocaba á cabalgar para ir á arremeter con los aragoeses, no se separaban de Zayda Fatima, el uno á la derecha y el otro á la

izquierda, el conde don Lope y Melchor Zancudo, con su estandarte, que en el momento de arremeter retenía en la mano izquierda, y armado con una formidable maza, abría un portillo en las más cerradas filas del enemigo.

Un día, un peón se deslizó junto al caballo de Zayda Fatima, y le puso un abrojo entre la silla y la grupa, en el momento en que las trompas de la compañía tocaban á arremeter.

Aquel hombre había sido sin duda grandemente pagado, cuando se atrevía á un hecho tan temerario: y no fué esto solo, sino que al deslizarse á lo largo del caballo, cortó, con una pequeña segur que llevaba en la mano, una de sus riendas.

Apercibióse Zancudo, pero por pronto que quiso acudir al castigo de aquel infame, ya éste había escapado como un gamo hacia los aragoneses, que en escuadrón cerrado esperaban sobre una pequeña loma.

Zancudo arremetió antes de que arremetiese todo el escuadrón obedeciendo al toque, pero no pudo alcanzar al que huía.

Entre tanto, el caballo de Zayda Fatima, aguijado por el abrojo y sin gobierno, partió desbocado, apenas hubo hecho aquel hombre su mala hazaña, hacia el escuadrón enemigo.

La velocidad de un caballo cuando se desboca, es infinitamente superior á la de los otros que van regidos.

El escuadrón aragonés se abrió y cogió en medio á Zayda Fatima, emprendiendo en el momento la retirada.

—¡Voto á cribas, y á cien truenos, y á Júpiter, y á Bacol—exclamó el bachiller alférez en cuanto vió aquello—: que nos le llevan, señor caballero Sin nombre, que nos le roban; que él solo, aunque es bravo como un león, no puede valerse contra tantos. ¡Aquí de los puños y del corajel

Y espoleando á su caballo y dando la rienda y haciendo lo mismo el conde y lo propio las lanzas de la compañía, á revienta caballo, sin reparar en tropiezos ni en obstáculos, y perdiendo algunos jinetes en aquella violenta corrida, alcanzaron á los aragoneses.

Arrollaron, desordenaron, y al fin el conde y el bachiller lograron llegar adonde estaba Zayda Fatima, fatigada del rudo pelear y herida en muchas partes.

Era la primera vez que Zayda Fatima había sido herida.

Esto causó un gran furor en su gente, que se ensañó contra los aragoneses, en los cuales hizo una gran matanza, y es fama que el mismo infante don Juan, que había asistido á aquella especie de celada, escapó milagrosamente á uña de caballo del furor del alférez bachiller Zancudo, que estuvo á punto de meterle una lanzada por la espalda, á vuelta de los latines que le encajaba, viendo que no podía detenerle á que se volviese á pelear hablándole en castellano.

Pero como quiera que el infante se aproximase al escuadroncillo de lanzas aragonesas que cargaba en su socorro, el alférez revolvió su caballo y se volvió con los suyos, poco dispuesto á que de él, cogiéndole sólo, se burlasen los enemigos.

Previnose que de allí en adelante el caballo de Zayda Fatima fuese encubertado de mallas, y que por riendas llevase cadenas.

Entretanto, Zaida Fatima, porque sus heridas tenían alguna gravedad, fué conducida á Mayorga, en cuyo castillo la aposentó con grandes consideraciones, debidas á quien tan bien servía á la reina, el rico hombre Garci Fernández de Villamayor.

El conde don Lope, por su parte, envió un correo á la reina, que estaba en Valladolid, harto apesarada por lo que acontecía y por lo que la pedían los y Haros los Laras para servirla, avisándola del mal estado en que se encontraba el caballero del Aguila Roja.

CAPÍTULO IV

LO QUE HABLARON UN ABAD Y UN PRIOR

Era una hermosa tarde del mes de Agosto, y una muy hermosa huerta: la del convento de Dominicos de San Pablo de Valladolid.

Cerca del portalón de la huerta que daba á la calle, bajo un tupido emparrado, junto á una puerta que conducía á una hermosa y fresca sala baja, donde habitaba el prior, sentado en un ancho sillón de roble, delante de una pequeña mesa en que había conservas de monja, y en una jarra de búcaro agua enfriada en un pozo, estaba un señor con traje entre eclesiástico y seglar, como de cincuenta años, de complexión delicada, de fisonomía expresiva y benévola, de mirada inteligente, muy pálido, y con el cabello entrecano.

Hablaba con él, sentado en otro sillón, del otro lado de la mesa, con voz estentórea, á pe-

sar de que la contenía, un religioso robusto, de buena estatura al parecer, aunque no podía juzgarse bien de ella por estar sentado; de buen color, buen semblante, mirada viva y profunda, y dotado al parecer de grande inteligencia.

El primero de estos personajes era don Nuño Pérez de Monroy, canciller y tesorero de la reina doña María, y abad de Santander.

Era el otro don Lope López de Cifuentes, maestro doctor en sagrada teología y cánones, y prior de los Dominicos de San Pablo.

Dos pajes, con el mismo lujo que podían gastar los de un gran señor ostentoso, con las armas de Santo Domingo sobre el pecho, servían la mesa.

Un lego, sentado en una banqueta junto al portalón que estaba abierto para que corriese bien el aire, daba la guardia para impedir penetrasen perros ó mendigos, por lo cual tenía junto á sí una larga caña de escoba, no para los mendigos, que esto no hubiera sido caritativo, sino para los perros.

Del mismo modo tenía orden de no dejar penetrar ningún profano, á no ser aquellos caballeros que de antiguo eran conocimiento de la comunidad.

Don Nuño comía poco, á pesar de que las conservas eran exquisitas; se comprendía que se prestaba á comer por no desairar el agasajo que de tan buen talante le había ofrecido el prior.

—Desganado andáis y pensativo, señor don Nuño—dijo el prior—, notando el poco apetito y la abstracción del canciller de la reina.

—¿Y cómo queréis que ande—dijo éste—, si lo que sucede es para desesperar á un santo? ¿Adónde van? ¿qué quieren? ¿en qué sueñan esos que se revuelven contra el rey legítimo? No pararán hasta hacer trizas esta desgraciada patria. ¿Qué les importa á ellos de todo, si medran? Esto es escandaleso, don frey Lope: me he venido del Alcázar aburrido, desesperado, harto de leer cartas en que piden á la reina por servirla ricos hombres y caballeros mal nacidos, villas y lugares y castillos, de tal manera, que para tener reino es necesario quedarse sin él. Nada, nada, me dije; á ver á mi amigo don frey Lope me voy, á pasear un momento por la hermosa huerta del monasterio, y á beber una poca de agua frisísima del pozo. ¡Y qué reina, señor, qué reina! ¡y que la traten así esos malsines! ¡Una reina que se ha quedado pobre, no solamente por sostener los derechos de su hijo, sino por evitar sacrificios á sus reinos! ¿Queréis creer, don frey Lope, que de las muchas y riquísimas alhajas que la reina había heredado de sus mayores, y que valían un tesoro, no la ha quedado más que un vaso de plata y una sortija, y esto porque en aquel vaso de plata bebía cuotidianamente su vino el rey don Sancho, y la sortija porque es su sortija de desposada? Por lo demás, la reina come con trinchete de hierro, en escudilla de barro y no gran comida. Y lo que viste, ya lo veis, tocas y hábito, y para los días grandes tiene guardado un traje de vellorí con poco oro, y una diadema de plata: una santa, don frey Lope, una santa, á quien Dios ilumina, porque la verdad es que entre tan recias tormentas, ella ha sacado á salvo á su hijo; pero esta de ahora es negra, y no sé, no sé lo que sucederá si don Diego y don Juan Núñez no se avienen con la reina, y los aragoneses toman á Mayorga y se van sobre Burgos, y el de Portugal viene á sitiarnos á Valladolid.

—Esperad, esperad, don Nuño—dijo el prior—que si á tanto llegan las cosas, nosotros saldremos con el Cristo en las manos á levantar hasta las piedras por la reina.

—Ah, don frey Lope, que cuando Dios no quiere no hay Cristo que valga! Ya salieron en Tordesillas la otra vez los padres franciscos con el Santísimo Sacramento en las manos á detener á los portugueses, y éstos adoraron al Santísimo Sacramento, pero tomaron la villa. No vayáis con Dios ni con los santos á detener á los ambiciosos, porque están condenados y atropellarán por todo, aunque sepan que por atropelladores de lo divino y lo humano, van á dar, cuando se mueran de cabeza en los infiernos.

—Contra Dios nadie prevalece—dijo el prior.

—Así es la verdad—contestó don Nuño—, y en Dios confío, que Él dará á la noble reina en esta tribulación la victoria, como se la ha dado en otras. Pero cuán inútil es el sacrificio de su señoría.

—¡Inútil! ¿y por qué?

—¡Ah, madre, madre heroica, madre mártir! el rey...

—¿Qué decís del rey?

—Retirad esos pajes—contestó don Nuño.

—Idos á jugar á la huerta, hijos míos, hasta la hora de vísperas en que os iréis al coro—dijo el prior.

Los dos pajecillos partieron, saltando como dos podencos á quienes se suelta la trahílla.

—¿Qué decís del rey—repitió don frey Lope?

—Su señoría no es malo; tiene grandeza y buenos pensamientos, pero es, de una parte iracundo, de otra débil; no puede sufrir que se le reprenda; á pesar de sus pocos años, se cree ya hombre, le pesa la tutela, no sabe contrariarse ni la voluntad ni el apetito, y sus cuartanas, esas tenaces cuartanas que se van haciendo peligrosas, provienen de su intemperancia en el cómer y en el beber. No está nunca más satisfecho que cuando le ponen delante mucha carne, y en vano don Kag y don Abraham le advierten; en vano su madre le amonesta; se irrita y es necesario darle gusto; y no es esto lo peor, sino que carece absolutamente de prudencia, quiere llevarlo todo á sangre y fuego; es hijo, en fin, de su padre, el que se rebeló contra el rey don Alfonso, el que mató vasallos por su mano. Abandonado á la ira, el rey no vivirá mucho, y es posible que muera de mala muerte; me lo dice un presentimiento tenaz; el mismo presentimiento tiene la reina, y sufre y llora la pobre mártir; ¿qué va á ser del rey y de sus reinos—me dijo un día no pudiendo contener su dolor—cuando deje de estar bajo mi tutela? ¡Bah! ¡bah! esto es muy doloroso.

Y el buen abad se limpió dos lagrimones que se le habían saltado.

—Su señoría es muy mozo aún—dijo el prior—y los buenos consejos y la buena crianza que le da la reina le corregirán.

—No ha muchos días corrió por el Alcázar, puñal en mano, á su camarero Guillén de Meneses porque no encontró el desdichado pronto el capacete que le había pedido, y á no ampararse de la reina hasta el punto de abrazarse á ella, le mata. ¿Cómo creéis que el rey acabe en bien, si tal hace en su mocedad y bajo tutela? Y luego, que es su mayor amigo el que más le adula, el que más le complace; tenía antes por favorito á su tío el infante don Juan, y ahora parece que se inclina á don Juan Núñez de Lara, que se aprovecha de la ocasión, y cada día exige más de la reina.

—Prometo rogar á Dios todos los días, en el acto de la consagración—dijo el prior—por que se moderen esas funestas inclinaciones del rey.

—Dios os pague vuestra buena intención, don Frey Lope, y él os oiga, que bien lo habemos menester. ¿Y qué se dice de aquel aparecido, don Frey Lope, vos que sabéis todo lo que se dice en Valladolid?

—Pues se dice nada menos—contestó el prior—que don Lope Díaz de Haro no ha muerto, lo cual, ya veis, es un dislate, porque todo el mundo sabe que murió, y que murió bien, aunque le mataron mal: cosas del vulgo, que es capaz de creer que los asnos vuelan si se lo dicen: ¡y ahí es nada, de otra noticia que corre por Valladolid!

—¿Y qué noticia es esa, don Frey Lope.

—Una noticia increíble? figuraos que afirman que ese caballero del Aguila Roja, que tanto y tan bien está sirviendo á la reina en el cerco de Mayorga, es una mujer, y no así una mujer como se quiera, hombruna y atravesada y zahareña, de las cuales bien se puede creer cualquiera fiereza, sino una dama, y no solamente dama y delicada, sino una infanta; en una palabra, dicen que es aquella infanta mora que apareció no se sabe cómo en la corte la misma noche en que murió el rey don Sancho, y se cristianó y se llamó doña María de Granada y de Molina por el madrinazgo de la reina, y fué doncella noble de su señoría, y desapareció hace algunos meses, creyéndose por todos que la habían robado algunos emisarios del infante don Juan, que dicen andaba enamorado de ella.

—¿Y vos qué decís, don Frey Lope?

—Digo que no puede ser: ¡cómo! ¡aquella dama tan vergonzosa, tan tímida!...

—Don Frey Lope, la verdad sea dicha: las mujeres son cosa de que no entendemos mucho nosotros por nuestro estado; pero acordémonos de que el diablo tentó, perdió y transformó á Eva, nuestra común madre, y que desde entonces el diablo anda tentando á las mujeres y cambiándolas de lo que son en lo que nadie hubiera creído pudiesen ser, á más que hay muchos ejemplos de mujeres que han combatido en la guerra con tanta ó más pujanza que los hombres, sin contar con las mujeres fuertes de la Sagrada Escritura, que de esto no puede dudarse.

—¿Sabéis vos algo, señor don Nuño?—dijo el prior—mirando fijamente al canciller.

—¡Saber! no—respondió éste—; pero nada extraño, porque todo es posible mediante la voluntad de Dios.

Se oyeron en aquel momento trompetas y ata-

bales, lo que no inquietó á los dos eclesiásticos, porque aquellos timbales y aquellas trompetas no significaban otra cosa sino que se acercaban el rey ó la reina en corte.

Pusiéronse, sí, vivamente de pie, y llegaron cuanto deprisa pudieron al portalón.

CAPITULO V

EN QUE SE VE EL TERRIBLE ALIADO QUE DIOS HABÍA CONCEDIDO Á LA REINA DOÑA MARÍA

El apuro del prior fué terrible cuando vió que del cortejo real que venía por la calle arriba, en dirección al convento, se destacaba un jinete y adelantaba á media rienda hacia el portal.

—Pues sus señorías vienen aquí, señor don Nuño; de otra manera, no sé para qué había de venir á buscarnos ese señor escudero del rey; ¡y sin haber avisado!

—Pronto, hermano Pánfilo, id, avisad á la comunidad que salga con palio. ¡Válgame Dios, señor! ¡Y se va reuniendo gente! Mirad, mirad cómo aclaman á la reina: el buen pueblo ama á su señoría. Guárdeos Dios, caballero—añadió dirigiéndose á un jinete perfectamente montado y galana y bizarramente vestido á lo hidalgo, que acababa de refrenar á su caballo junto al portal.

—Señor prior—dijo el jinete—; sus señorías el rey y la reina vienen á orar ante el Santísimo Cristo de los Desamparados que se venera en la santa iglesia de San Pablo.

—Vengan sus señorías muy enhorabuena—dijo el prior . , pero á fe á fe que me cogen desprevenido, y la comunidad tardará en reunirse, y no se podrá hacer á sus señorías el recibimiento que les es debibo.

—Sus señorías dispensan á vuestra paternidad—contestó el escudero del rey—: que Dios os guarde, padre.

—Él vaya con vos y os bendiga, caballero—contestó el prior.

Y recejando el escudero su caballo, cuando estuvo á alguna distancia, le revolvió y fué á incorporarse á la regia comitiva, que estaba ya muy cerca.

La gente crecía, y muy pronto estuvo lleno de ella el ancho espacio que se extendía delante del monasterio y de la iglesia de San Pablo: se oía un murmullo sonoro que de tiempo en tiempo rompía en una aclamación.

Es posible que aquel inmenso popular hubiera aclamado de igual modo á don Alfonso de la Cerda ó al infante don Juan con tal de que se les hubieran presentado llamándose reyes y con la corona en la cabeza.

Lo que aquella multitud aclamaba, como sucede casi siempre, era al rey, no á la persona.

Las multitudes son como el mar: cualquier viento fuerte las levanta en olas, venga de donde viniere; esto importa poco.

Llámasa con cierta propiedad masas á las multitudes, porque son inertes, sin movimiento propio y propensas siempre á ceder á cualquiera influencia.

Esto significaban las aclamaciones del popular de Valladolid agolpado en el ancho espacio que se extendía delante del monasterio de San Pablo, que veía ante sí dos testas coronadas en medio de un aparato de corte al son de trompetas y atabales.

Los trompeteros y los atabaleros llegaron, y haciéndose á un lado, se detuvieron delante del portalón de la huerta.

Detrás venía una nube de caballeros de los que, manteniéndose leales, pertenecían á la casa real.

Luego algunos ballesteros de maza á caballo.

Después conducidas por mulas enjaezadas, llevadas del diestro por palafreneros de la casa real, cuatro literas, en torno de las cuales iban algunos caballeros.

Por último, una escolta de ballesteros hidalgos de maza, á caballo también, cerraba la comitiva.

La primera litera adelantó, llegó junto al portalón, la abrió uno de los altos dignatarios de la corte, y salió la reina doña María sencillamente vestida, con uno de aquellos trajes de vellorí, de que había hablado don Nuño, con tocas, y con la diadema de plata sobredorada, que era una de las pocas alhajas que le habían quedado.

La reina se dirigió afablemente al prior y á don Nuño, su canciller, en tanto que de otra litera salía el rey, también muy sencillamente vestido, y llevando en la cabeza un birrete con diadema.

De las otras dos literas salieron doña Juana Núñez de Lara, dama de la reina, y el ama de ésta, Mari Fernández, que era ya bastante entrada en años.

Pajes y camareros echaron pie á tierra, y vinieron á formar el séquito de los reyes.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío—dijo el prior, be-

sando primero la mano á la reina y después al rey—y qué desprevenido que me cogen vuestras señorías! Mientras que la comunidad se reúne...

—¿Y qué importa eso?—dijo la reina—yo no me pago de las cosas aparentes; yo busco la lealtad y el afecto, y sé que los encuentro aquí. Pero adelante; la huerta debe estar hermosísima, y quiero recrearme en ella. Entremos.

El prior echó á andar hacia adentro; la reina iba junto á el por acaso. El rey iba detrás, y junto á él, por acaso también, ó por haber avanzado demasiado, iba doña Juana Núñez de Lara.

El rey aún no había perdido su afición por la Palomilla, ni ésta había renunciado sus proyectos respecto al rey; todo consistía en que éste, impresionado por los consejos del conde don Lope, irritado por la conducta desleal del infante don Juan, había hecho un desaire á la Palomilla, no teniendo para ella ni aun la consideración de enviar á informarse acerca de su salud, ó de si la había acontecido algo la noche aquella de las aventuras del arrabal de los Molinos.

Como el infante don Juan había dejado el servicio del rey su sobrino para volver á tomar el título de rey de León, de Galicia y de Sevilla, había faltado un intermediario para poner al rey en contacto con doña Juana.

Esto no podía ser en el Alcázar, aunque la Palomilla era dama de la reina, porque en el Alcázar, tanto las damas como las doncellas ó meninas, estaban severamente vigiladas, reducidas casi á la estrechez de la clausura, mientras en el Alcázar estaban, por las dueñas de la reina.

La virtuosa y severa doña María no toleraba en su Alcázar aproximaciones de damas y caballeros. Así es que desde aquella noche no habían vuelto á verse la Palomilla y el rey.

Pero el rey no se había olvidado de ella.

Por el momento, habían influido en Fernando IV los consejos del conde don Lope Díaz de Haro; pero los consejos de los viejos fructifican poco en el ánimo de los niños.

El hombre necesita de la experiencia propia para conocer la verdad de la experiencia ajena.

Fernando IV, por otra parte, era voluntarioso, y estaba en esa edad peligrosa del tránsito de la adolescencia á la juventud, en que tan fácilmente se vicia el hombre. Los amores de Fernando IV con la Palomilla eran tanto más peligrosos, como que no teniendo nada de impuros, nada habían perdido de la soñada poesía del amor del alma; y no se crea por esto que aquellos amores, aunque puros, tenían nada de espirituales.

El rey se sentía embriagado por la excesiva hermosura de doña Juana.

Para el rey, la suprema felicidad era sentir sobre sí la satánica mirada, la incitante sonrisa de la Palomilla; asir sus manos y quedarse absorto en la contemplación de tanta belleza horas enteras; oir aquella voz opaca, dulce y ardiente que le juraba un amor eterno.

Así, pues, no dejó de pensar en la Palomilla, á pesar de los consejos de don Lope, que se fueron gastando, y pudieron al fin mucho menos que el incitante recuerdo de doña Juana Núñez de Lara.

Esta no había prescindido tampoco de su ambición, y á pesar de que estaba en la corte su viejo marido, con el que no había contado para su intriga con el rey, aprovechó aquella ocasión que junto al rey la ponía.

La huerta era frondosísima.

Delante del rey y de doña Juana iba la reina, en gran conversación con el prior de los Dominicos y con el abad de Santander.

Mari Fernández, nodriza de la reina, iba por respeto muy detrás del rey y de doña Juana.

Algo más atrás de Mari Fernández seguían los caballeros de la servidumbre interior.

El rey y doña Juana podían hablar lo que quisiesen sin ser oídos.

—¡Cuánto os habéis olvidado de mí, señor!—dijo doña Juana—; desde aquella noche funesta en que sin saber cómo me vi envuelta entre gente perdida, habéis sido para mí como si os hubierais muerto.

—¿Y qué fué de vos aquella noche, doña Juana?—dijo el rey.

—Qué había de ser de mí, sino que me tuvieron encerrada toda la noche con mis dueñas en una tienda de soldado, y por la mañana me dijeron, sin meterse en cortesías, que ya estaban abiertas las puertas de la villa y que podía irme cuando quisiese.

—¿Y no hablasteis con nadie?

—Sí, sí, señor—dijo afectando una indiferencia que no sentía doña Juana, porque recordaba, creyéndola hombre á Zayda Fatima, con más amor de lo que hubiera sido justo—; hablé con un capitán enmascarado que tenía en la sobrevesta, bordada en seda roja, un águila volante.

—¿Y qué os parece ese capitán, señora?

—Ni mal ni bien—contestó doña Juana.

—Pues sois sumamente descontentadiza—dijo el rey—; porque ese capitán es un joven hermosísimo, que por cierto está sirviéndonos á maravilla en el cerco de Mayorga.

—Tenía cara y aliento de bravo—dijo doña Juana.

—¿Y no os parecen esas prendas dignas de la estimación de una mujer tal como vos?

—En Castilla, señor, abundan los caballeros alentados, y no hay por qué interesarse por uno, porque lo sea: ahí tenéis á mi marido, que ha estado siendo el terror de los moros de Granada, y los ha dejado descansando con su venida.

—No tanto, no tanto, doña Juana; que allá se queda mi noble vasallo don Alfonso Pérez de Guzmán, á quien sobrenombran el Bueno por lo de Tarifa.

—Sí, es verdad—contestó con cierto desdén doña Juana—; pero los moros se alegran de no tener ya más que uno de los dos enemigos que antes tenían, y el menos formidable, porque dicen que como don Alfonso Pérez ha vivido tanto entre moros, se entiende bien con ellos.

—Ahí veréis—dijo el rey con punzante sarcasmo—; pues sin haber vivido nunca entre moros vuestro marido, según fama, se entiende mucho mejor con ellos que don Alfonso Pérez de Guzmán; como que afirman que si vuestro marido ha dejado aquella tierra, ha sido aburrido porque Guzmán el Bueno no le dejaba que vendiera á Tarifa al rey de Granada.

—Esas son calumnias, señor, de que nadie está libre—contestó doña Juana—; la verdad es que si don Enrique pretende vender á Tarifa, por la que el rey de Granada ofrece tesoros, no es ciertamente para quedarse con lo que el rey de Granada dé por aquella villa, sino para tener dinero bastante con que defender como tutor vuestra corona.

—Pues si para defender mi reino me le vende, ¿sobre qué vamos á reinar cuando mi buen tutor haya vencido á nuestros enemigos?

—Buena conversación me traéis—dijo doña Juana— después de un siglo en que no nos vemos.

—Tráigoos esta conversación—dijo el rey—y no otra, porque me parecéis muy distraída y no tan contenta conmigo como otras veces; sin duda pensáis en otro nombre: puede ser que en el caballero del Aguila Roja.

Púsose vivamente encendida doña Juana, porque el rey había dado en el blanco.

En efecto, doña Juana estaba enamorada de Zayda Fatima, creyéndola un hermoso mancebo, y de una manera grave, maldiciendo el cerco de Mayorga, que impedía al caballero del Aguila Roja aproximarse á la corte.

—Paréceme que he acertado—dijo el rey.

—¿Y en qué habéis acertado, señor?

—En que estáis enamorada como una loca, doña Juana.

—Tenéis razón; amo mucho más de lo que debiera amar—contestó doña Juana, lanzando una traidora mirada al rey.

—No, no es á mí á quien amáis—dijo Fernando IV—; vuestro amor es el caballero del Aguila Roja, y me alegro ¡vive Dios! me alegro; en la misma persona á quien amáis, tenéis el castigo de la traición que me habéis hecho, porque yo he nacido para que todos me sean traidores, todos, hasta la mujer á quien amo.

—Pero ¿qué estáis diciendo, señor?—exclamó doña Juana—; yo no os comprendo; ¿quién os ha dicho que yo amo á ese capitán de aventuras?

—Lo encendida que os habéis puesto cuando os lo he nombrado.

—¡Que me he puesto encendida! Pues miradno he reparado en ello. Si me he puesto encendida, ha sido, sin duda, por el amor que me inspiráis.

—¡Eh, silencio!, me parece que mi madre anda más despacio y que pretende oir lo que hablamos; yo os enviaré á vuestra casa á mi camarero Juan Alfonso de Benavides, á fin de que os entendáis con él y veamos el medio de que volvamos á vernos en aquella tan silenciosa y bella casita del barrio de los Molinos.

—Tened en cuenta, señor, que mi marido vive ahora conmigo.

—Juan Alfonso de Benavides es muy prudente y no faltará con qué entretener á don Enrique cuando sea necesario que nosotros nos veamos.

Y como la reina se detuviese, el rey y doña Juana cesaron en su conversación.

La reina se había detenido, porque al llegar á la puerta que desde la huerta comunicaba con el claustro, había visto avanzar á la comunidad, formando dos hileras, con hachas encendidas en la mano, el guión de la Orden con sus ciriales á la cabeza, y al fin sostenido por seis religiosos, el palio.

La reina adelantó, saludó afablemente á los religiosos y en particular á algunos de ellos á

quienes conocía personalmente, y poniéndose bajo el palio con el rey y tomando, así como éste, en las manos un cirio encendido, y tomando cirios doña Juana, Mari Fernández y los caballeros de la alta servidumbre que acompañaban á la reina, dieron procesionalmente la vuelta al claustro y entraron en la iglesia por la puerta del Perdón, que á él correspondía.

Repicaban entretanto las campanas, sonaba el órgano; la iglesia, que había sido abierta, estaba llena de una inmensa multitud.

La reina penetró en la capilla del Santísimo Cristo de los Desamparados, en la cual se había improvisado una iluminación, y los religiosos, fuera de la capilla, formando calle y arrodillados, con su prior al frente, acompañados del órgano, cantaron una solemne rogativa por que Dios amparase al rey y á la reina, al niño y á la viuda.

A la reina no le quedaba otra cosa que el amparo de Dios.

En vano había pretendido consolarla é inspirarla confianza durante su conversación por el huerto el prior; la reina veía claro; había que comprarlo todo, lealtad y lanzas, y no tenía dinero ni de qué hacerlo.

Los señores á quienes se daban villas y castillos para que defendiesen al rey, en cuanto se apoderaban de los castillos y las villas y ponían guarda en ellos, volvían á rebelarse, sin duda para que por su nueva misión les volviesen á dar villas y castillos.

Así lo había hecho Fernán Pérez de Castro, que después de obtener la villa y castillos de Monforte de Lemus, abandonó á la reina y se perdió en cuantas traiciones son imaginables, lo que no impidió que sobre aquella donación real los Fernández de Castro tomasen el título de condes de Lemus, como si hubieran arrancado al enemigo á escala franca y con perdimiento de su sangre y sirviendo á la patria, los muros sobre que titularon.

Así han nacido muchas grandezas en Castilla, y casa hay que se enorgullece de su origen que debiera avergonzarse de él; que los títulos honran á toda una descendencia cuando generosamente se han adquirido por un Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno ú otro semejante; pero ante la luz de la historia hay otros que son un padrón de infamia, porque han nacido de una traición.

La usura explotaba cumplidamente á la pobre reina doña María, y sucedíale lo que sucede con el dinero que da la usura, con los servicios que la daban aquellos usureros señores; no la lucían, ni nunca salía de miseria.

Por eso, en vez de cobrar cabeza á cabeza tanta infamia, como hubiera sido mejor, se arrojaba anegada en lágrimas, acosada por todas partes, desprovista de toda esperanza, en nombre de su hijo, á los pies del Santísimo Cristo de los Desamparados.

Rezaban con ella los religiosos y el pueblo, el buen pueblo de Valladolid, que siempre ha sido tan leal á sus reyes, mereciendo por esto ser por tanto tiempo la vieja corte de Castilla.

Aquello era solemne y conmovedor.

Reina, rey, prelados, caballeros, pueblo, esperaban de un momento á otro ser cercados por el rey de Portugal, por el rey pérfido que olvidaba por su ambición el deudo que tenía con el rey don Fernando IV, y las solemnes promesas de alianza que le había hecho, y avanzaba sobre Valladolid, que no tenía fuerza para defenderse.

La reina se había preparado al combate enviando á los infantes sus hijos menores á las villas y ciudades que ya hemos indicado, con objeto de despertar su entusiasmo, y había pretendido enviar al rey á Toledo; pero bien aconsejada, desistió de ello.

Sus más leales servidores la pusieron ante los ojos, que más la respetarían sus vasallos rebeldes que venían acompañando y ayudando al rey de Portugal, unida á su hijo, que separada de él.

Acabó la solemnidad religiosa, y la reina salió con el rey bajo palio procesionalmente por la puerta principal del templo.

La multitud que se agolpaba fuera aclamó con frenético entusiasmo.

En aquel momento, abriéndose paso por entre aquella multitud, apareció un jinete rudamente armado, cubierto de polvo y de sudor.

Era no menos que el bachiller alférez del caballero del Aguila Roja, Melchor Zancudo, que traía un pergamino enrollado en la mano, y que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Plaza, plaza! ¡quiero ver á la reina! ¡victoria por Castilla contra Aragón!

A estas voces, la reina se detuvo pálida de emoción, y mandó dejasen llegar hasta ella á aquel jinete que tan fausta, tan inesperada noticia voceaba.

Zancudo llegó á caballo junto al palio, echó pie á tierra y besó la mano á la reina.

Esta le alzó.

Zancudo, conmovido á la vista de doña María, se olvidó de hacer acatamiento y besar la mano al rey.

No se reparó en esto, ni eran para que en ello se reparase las circunstancias.

—¿Qué decís de victoria sobre los aragoneses?—exclamó con ansiedad la reina.

—La peste negra, señora—exclamó con sobrealiento aún Zancudo.

—No os hablo yo de la peste negra, que es una calamidad horrible—exclamó vivamente la reina, sino de nuestra victoria sobre los aragoneses.

—Pues bien, señora, la victoria nos la da la peste negra.

—Milagro—exclamó el prior de San Pablo.

—Sí, milagro—dijo Zancudo—; vos lo habéis dicho muy bien, padre, sin saberlo, porque el milagro consiste en que la peste se ha encerrado en el campo de los aragoneses, y no ha entrado ni en Mayorga ni en las villas circunvecinas, ni aun en las alquerías.

—¡Dios mío!—repitió la reina, más pálida aún.

—Milagro notorio—repitió el prior: el cielo se pone en defensa de vuestra señoría.

—Hablad, hablad, concluid—dijo la reina á Zancudo.

—En conclusión, señora: hace cuatro días don Gutierre de Silva, el caballero del Aguila Roja, fué malamente herido en un recio combate que tuvimos con los aragoneses.

—¿Y qué, y qué? ¿está en peligro el caballero del Aguila Roja?

—Sí, noble señora, sí; ha cogido algunas lanzadas: su oficio no es para otra cosa; y si no acudimos pronto el Sin nombre y yo, allí se acaba la historia de don Gutierre; pero eso sí, había matado lo menos diez aragoneses: en fin, el caso fué que le sacamos de allí, primero á testarazos, y luego á puñados, y le llevamos á Mayorga: nada de esto hubiéramos venido á decir á vuestra señoría, porque no merece la pena de molestar á un rey la muerte ó el peligro de un capitán; pero es el caso, que al día siguiente, y apenas amaneció, los atalayas de la puerta de Santa María de la villa, vieron que se acercaba á los muros un jinete con el casco puesto en la punta de la lanza, como en señal de parlamento: abrióse le, y de que entró, empezó á gritar: ¡frailes, frailes que nos ayuden á bien morir! ¡la peste negra! ¡cuatrocientos han muerto esta noche, y más del doble están expirando ahora! y qué quiere vuestra señoría, como que somos cristianos, y la religión nos manda perdonar á nuestros enemigos cuando los vemos en peligro de muerte, allá salieron los padres capuchinos de la Penitencia, que son ciento y la madre, y los carmelitas descalzos y los franciscanos cenicientos, que todos eran pocos para la gente que moría, y yo me fuí allá también á ver cómo aquellos bravos se las habían con la peste; y era un dolor ver, señora, á un ballestero como un gigante vacilar, bambolearse como un hombre borracho, caer y morirse en menos tiempo que el que necesita para rezar tres credos: y esto, acá y allá, por todas partes: allí no había soldados, sino muertos, apestados, y hombres de rodillas levantando las manos y los ojos al cielo, y haciendo votos al Señor de dejar de haceros la guerra á vos y á vuestro hijo si los libraba de la peste. *Ergo victoria pro nobis*.

La reina tenía la cabeza inclinada sobre el pecho: cuando cesó de hablar Zancudo, la alzó y dijo:

—Victoria terriblemente obtenida: ¿y qué pergamino es ese que traéis, caballero?

—Desde ahora, que así me llama vuestra señoría, señora—contestó Zancudo asiéndose del cabello, que la ocasion le presentaba:—este pergamino le ha escrito el caballero del Aguila Roja por mano del caballero Sin nombre, que dicho sea de paso, tanto está al lado de su compañero como en el campo aragonés, acudiendo á los apestados: es mucha la caridad del Sin nombre: no en balde lleva siempre, cuando no el arnés de guerra y el luto, el hábito de San Benito.

La reina tomó el pergamino y le leyó.

Luego le dió á leer al rey.

—Después, tornándose hacia el prior, le dijo:

—Volvamos á la iglesia, padre; oremos, roguemos á Dios por nuestros hermanos, que están apestados.

Y se volvió hacia la iglesia.

—¡Hermanos!—dijo Zancudo que se había quedado inmóvil—: ¡cómo se conoce que á su señoría no le han sentado la mano los aragoneses! ¡buenos hermanos nos dé Dios, y estoy yo todavía torcido de este hombro de la mazada que uno de esos buenos hermanos me arrimó cuando salvamos al capitán! pues aunque la peste los hubiera cogido á todos, hasta los caballos, y no hubiera quedado uno para contarlo... Bien di-

cen, que su señoría es una santa. ¿Pero qué diablos hago yo aquí en re toda esta gente que me sofoca? ¡y que no hace calor que digamos! á una posada, Melchor, á una posada, á comer, á beber y á descansar, y mañana nos iremos al Alcázar á ver á la reina, á recordarla que nos ha llamado caballero, á fin de que nos lo haga bueno, y á ver si sobre esto la sacamos algo qué.

Y Zancudo montó á caballo, se abrió paso entre la multitud á duras penas, llegó á la carrera de San Francisco, y en un callejón sin salida se metió, y luego en la posada de la Cruz de San Juan que en el fondo del callejón estaba.

Pero no había reparado el bachiller en que á la larga le había seguido un paje de casa noble, á juzgar por sus divisas.

CAPITULO VI

LO QUE OYÓ UN PAJE ESCONDIDO DETRÁS DE UN TAPIZ

Apenas había desensillado y echado pienso á su caballo Zancudo, metídose en un lóbrego aposento, tirado en un rincón las armas y medido con la vista avara el fementido lecho que debía prestarle descanso, cuando la Maritornes del mesón se presentó á la puerta.

—¡Ya me persigues!—exclamó Zancudo de muy mal humor y con muy poca galantería—: perdóneme, por Dios, hermana.

—Miren el abadejo mal curado y con qué cosas sale; para el siglo de mi madre si le demando yo ni tengo por qué demandarle, sino que ahí ha venido un paje de casa principal, de rico hombre lo menos, y ha preguntado por el soldado que acababa de llegar de Mayorga, y dice que quiere hablaros.

—¡Ah! eso es otra cosa—dijo Zancudo—: ¿paje de casa principal tenemos? Llegue al punto, que lo que de casa principal venga no puede ser malo, y no haga esperar á ese hidalgo, mi alma, que podré aburrirse y marchar con el recado.

—Pues á subirle voy.

—Pues cuidado no se os caiga.

—Subiráse él, y si cae, á cargo suyo irá; y á fe á fe que es como un oro.

—Miren la fregona—dijo el alférez á espaldas ya de la moza, que se había ya alejado, y estirándose el sayo de cuero sudado que vestía, para no parecer tan mal—: ¡á mi paje de casa grande! De seguro paje de la reina que me envía algo bueno en albricias de las buenas nuevas que le he traído; bien dicen, que la reina doña María es una bendita; pues catad ahí que la reina, agradecida del mal rato que yo me he dado para venir á decirla que los aragoneses se mueren como estorninos, me llama para hacerme caballero y darme una encomienda y alguna villa ó castillo con tierras de buena ranta para que salga yo de miserias; bien es verdad que, tomarlo yo con una mano y derretirlo con la otra será cosa de un santiamén; pero, en fin, habremos pasado otro día bueno. ¡Hola, señor hidalgo!—añadió saliendo á la puerta, porque había sentido pasos—: venid aca, que se os espera para haceros honra, y si queréis beber y comer, vino creo que habrá en este mesón y alguna empanada de liebre ó cabra.

—Muchas gracias—dijo un paje como de veinte años, muy vivo, y al parecer muy truhán, que acababa de acercarse—: no puedo detenerme ni un momento; vengo únicamente á suplicaros, de parte de quien me envía, estéis aquí para la hora de queda, en que yo os traeré una carta. Eso si sabéis leer.

—¡Pues no he de saber leer, cuerpo de mí—exclamó Zancudo—, si soy graduado!

—Paréceme á mí—dijo el paje—, que vos y yo andamos así á la par en grados de pícaro.

—Tenga la lengua, no sea que yo me desperece, que eso de pícaro no lo paso.

—Pues pase el soldado por lo de entendido, y no haya cuestión.

—Eso es otra cosa, que buen entendimiento no tengo por qué negarlo; entendámonos, pues. ¿Quién os envía?

—Tenéis muy buena suerte.

—Nada importa ahora que yo tenga la suerte buena ó mala; lo que yo necesito saber es qué persona os envía á mí.

—Eso lo sabréis á la queda, cuando recibáis la carta, si es que en la carta os lo dicen.

—¿Pero vos no sabéis quién os envía?

—Sí que lo sé; pero no quiero decíroslo.

—Mirad, señor paje, que le estáis buscando tres pies al gato.

—Bien sé que tiene cuatro, hidalgo; pero esto ni quita ni pone para que yo os diga que no os diré quién me envía á vos.

—Debe de ser una mujer, mejor dicho, una dama, cuando con tal recato andais.

—Haced cuenta que es dama y caballero, y

fraile y seglar, y lo que queráis, porque yo nada os digo, y tened paciencia, que yo vendré á la queda, y ahora, adiós, que estoy haciendo falta.

Y el paje saludó picarescamente y se fué.

Huyéronsele el sueño, el cansancio y el hambre, que todas estas cosas sentía Zancudo, á causa de aquel extraño mensaje.

Y desde aquella hora, que era cerca del oscurecer, hasta que sonó el toque de queda ó cubre fuego, no podemos expresar cuántas vueltas y revueltas dió á su imaginación Zancudo, cuántas reflexiones hizo, cuánto esperó á que sonase el toque de queda, y cuánto se desesperó esperando.

Al fin, como no hay plazo que por largo que sea no se cumpla, sobrevino el toque de cubre fuego, á punto que Zancudo acababa de devorar una especie de potaje de habas secas con tocino, salpicado con un rico vino pardillo de la tierra.

A la primera campanada que partió de la inmediata iglesia de Santiago, Zancudo se puso violentamente de pie, se estiró y se fué á abrir la puerta del aposento, como si el paje hubiera sido tan exacto que hubiese estado ya esperando.

No tardó, sin embargo, mucho, porque aún duraba la vibración de la última campanada del toque de cubrefuego cuando se oyeron pasos en las escaleras, apareciendo poco después el paje en cuestión.

—Gracias—dijo al entrar en el aposento—, porque me habéis esperado; verdad es que esperarme os convenía; no importa, gracias.

—¿Qué diablo de bulto es ése que traéis debajo de vuestra capa?—dijo Zancudo.—¿Es alguna cosa mala?

—No muy buena para este tiempo—contestó el paje—, porque da calor; pero supongo que os habréis venido á la ligera, y como vamos á correr una aventura en que necesitaremos encubrirnos, me he traído esta capa debajo de la mía.

—Pues mirad—dijo Zancudo—, no viene muy mal, porque como ya estamos en Agosto las noches se van haciendo frescas. ¿Y no traéis para mí más que esta capa?—añadió poniéndosela.

—Sí, señor, que sí—dijo el paje sacando de su sayo un pergamino enrollado: tomad, y ved con cuán rica sortija está sujeto ese pergamino.

En efecto, el pergamino enrollado estaba dentro de una magnífica sortija de oro, con un rico rubí intenso, ó sea carbunclo.

Zancudo quitó la sortija al pergamino, se la puso en un dedo y leyó lo siguiente:

"Una dama muy principal necesita hablaros; seguid al que os dé esta carta; pero no hagáis juicios temerarios, porque no es por vos por quien os llama: sed prudente, y sabed que en ello os va ó mucha fortuna ó una paliza y lo que hubiera lugar."

Zancudo se rascó la extremidad de la oreja izquierda; no le parecía ya la aventura tan buena como antes; sin embargo, tuvo paciencia, guardó el pergamino, se arregló la capa y el birrete y dijo al paje:

—Os sigo.

—Pues andando—contestó el paje.

Y salió del aposento, cuya puerta cerró por fuera Zancudo, guardándose la llave, porque aunque no tenía que guardar otra cosa que sus armas y el caparazón de su caballo, eran tales aquellos tiempos que las armas escaseaban y se las deseaba.

Salieron á la carrera de San Francisco, siguieron por ella hasta la calle de Santiago, pasaron junto á la universidad, el palacio episcopal y la catedral, y llegando al Esgueva y frente al puente de Cancelada el paje llegó á un postigo de una gran tapia, sobre la cual se veían gigantescos árboles.

—A ver si sois prudente y recatáis vuestros pasos cuando hayamos entrado—observó el paje—; mirad que os ponéis en peligro.

—Recataréme yo cuanto sea necesario—dijo Zancudo—, no por mi peligro, sino por el de la persona que me llama.

Pues adelante—dijo el paje.

Y abriendo sin ruido el postigo entró, y tras él Zancudo.

Se encontraron en un umbroso huerto, por el cual adelantaron bajo los árboles, hasta llegar cerca de una fuente.

—Sentaos, que aquí hay poyos de piedra—dijo el paje—, y esperad á que venga yo á buscaros.

Y el paje se alejó.

Llegó al muro de una gran casa y á una puertecilla abierta en él, puesta sobre dos escalones.

Por aquella puertecilla se entró á unas escaleras de ojo inmediatas á ella, subió como treinta peldaños, tomó por un pasadizo estrecho y penetró en una habitación oscura.

Pero en el fondo de ella, á través de las aberturas de un tapiz, se veía luz; y no solamente se veía, sino que se oían dos voces, una de hombre y otra de mujer, que hablaban alternativamente.

—¡Ah!—exclamó el paje—: la señora no está sola; está con ella su merced.

Este tratamiento que el paje daba á la persona que junto á su señora sentía, demostraba que esta persona era no menos que un infante.

En efecto, era don Enrique el Senador, porque la casa donde estamos era la de la Palomilla, y ésta era la dama que con don Enrique hablaba.

Acercóse el paje para escuchar, porque todos los criados adolecen de este achaque, especialmente los de confianza, como parecía serlo el paje, atendida la misión que le habían encomendado.

—Todo se vuelve contra mí—decía el infante—; yo tenía confianza en que los aragoneses apretarían de tal modo sobre Mayorga, que la reina se vería reducida á casarse con el infante de Aragón para que su hijo no perdiese el reino y...

—Ya veis, ya veis—contestó la Palomilla—; Dios ayuda á doña María; no tiene soldados con que combatir á los aragoneses, y Dios echa sobre ellos la peste.

—Ya lo sabía yo eso desde esta mañana por un correo que me envió á matacaballo el infante don Pedro, y había tomado mi resolución.

—¿Y qué resolución ha sido la vuestra, mi amado esposo?

—Lo que yo tenía pensado en Castilla, esto es, casar á la reina con el infante de Aragón, para tener con esto motivo y hacer que el reino la quitase la tutela del rey y quedar yo solo gobernando el reino, no puede ser; me torno á lo de Andalucía, y he de vender al rey de Granada á Tarifa para aumentar mi estado y el vuestro, que no son tanto que convengan á un infante, hijo de rey; y tan resuelto estoy, aunque no he querido decíroslo hasta ahora, que esta misma noche, y sin despedirme de la reina, me pongo en camino: ya veré yo cómo me gobierno con don Alfonso Pérez de Guzmán, que está empeñado en que Tarifa no se venda, á pesar de que yo le digo que el rey necesita mucho dinero, y que si hoy vendemos á Tarifa por los cientos de doblas que nos ofrece el rey de Granada, mañana la cobraremos, quitándosela al rey moro por fuerza de armas.

—Y si entregáis al rey los dineros que el rey moro pague por Tarifa, ¿qué vais ganando?

—Las villas y castillos que me da en la frontera de Granada el rey moro por adehalas de esta venta.

—¡Ay, señor mío!—dijo la Palomilla—; pues id cuanto antes, que me placería mucho tener villas y castillos en esa hermosa Andalucía.

—¡Qué! ¿vos no os venís?

—No, no, señor; yo me quedo, yo hago falta aquí, al lado de la reina, para ayudaros con mis buenos oficios.

—Mirad no sea que, como dicen, queráis quedaros al lado del rey.

—¿Y quién dice eso? Otra nueva calumnia, otra infamia; un niño. ¡Bah! vos estáis loco: los años os han reblandecido los sesos. ¡Yo! ¿doña Juana Núñez de Lara manchar mi estirpe? Callaos, que no quiero ofenderme, porque eso no lo dice nadie más que vuestros celos.

—Dicen—recargó el infante don Enrique—que mi sobrino el infante don Juan os traía y os llevaba y disponía de vos y de vos se aprovechaba para sus intentos.

—Pues ved qué bien le han salido sus intentos al infante don Juan.

—Han cambiado los sucesos, y ha tenido que irse: ¿qué iba á hacer solo con la reina, habiéndola abandonado vuestros hermanos y don Diego de Haro? Hundirse con ella, ¿no es verdad? Don Juan no es de los que se están en una casa que amenaza ruina: á esto se lo lleva el diablo, doña Juana; á la reina la echan; no la puede ver nadie; ella es la causa de todas las miserias, de todas las calamidades que afligen á Castilla.

—¡Que no la puede ver nadie, y esta tarde la aclamaban rabiando, como si no hubieran nacido para otra cosa que para decir: viva la reina, y viva y revival

—Cuatro pícaros pagados que vocean, y tras de los cuales vocean los tontos, que son muchos: que no hubiera venido la peste sobre los aragoneses, que hubiesen tomado á Mayorga, apoderádose de Burgos, proclamado allí al infante don Alfonso y venídose acá, y veríamos á quién victoreaban los de Valladolid, si á Fernando IV y á su madre, ó al señor rey don Alfonso el Onceno. Pero esa peste que ha venido sobre los aragoneses no es más que un respiro: esto se hunde, yo os lo aseguro; es necesario aprovechar el tiempo, vender cuanto antes á Tarifa, tomar esas villas y castillos que nos da el rey moro, y des-

pués... que suceda lo que quiera. Me parece bien que vos os quedéis para ayudarme al lado de la reina: además, que no quisiera yo que os viesen en Granada, donde voy: sois muy hermosa, doña Juana: podría enamorarse de vos el rey moro más que de Tarifa, y encontrarme sin saber cómo en un encierro y vos en otro, por más que el vuestro fuese muy bello, en el harén de la Alhambra.

—¡Ah! no me digáis eso, don Enrique; me dais pavor. ¡Oh, Dios mío! ¡yo, mujer de un rey moro! Idos, idos solo; no es prudente que yo so acompañe, ni por lo que yo puedo hacer aquí, ni por lo que allá pudieran hacer con nosotros si yo fuera: ¿y cuándo pensáis iros?

—¡Ya os he dicho que sin despedirme de nadie, entre dos luces, cuando abran las puertas de la villa.

—Pues entonces no os descuidéis, que tenéis que dar muchas órdenes á vuestros servidores y preparar muchas cosas.

—¡Oh, sí! como que yo no pensaba moverme tan pronto: ¡infierno! la peste en el campo aragonés, la imposibilidad del cerco, el triunfo momentáneo, sí, pero al fin triunfo de la reina: ha nacido con buena estrella: cuando se la cree cercada por todas partes, sin amparo, se va á rezar al Cristo de los Desamparados, y se encuentra con que ya el Cristo ha cuidado de ella y ha matado á rayos, si no ha habido otro medio, á sus enemigos.

—Pues entonces, si Dios la ampara, don Enrique, mejor es servirla bien para sacarla más, que ponerse frente á ella, porque como Dios la ha amparado hasta ahora, la amparará siempre.

—Es que Dios se cansa—contestó impíamente el infante—; es que Dios dice: ayúdate y te ayudaré; es que no se puede confiar siempre en milagros; es que un día puede venir la tempestad tan de recio y tan de improviso, que no se encuentre recurso; es que á la reina no puede servirla nadie, porque como la reina no pone fuera de combate á ninguno de sus enemigos, no hay quien se atreva á ayudar francamente á la reina para ser pepetuamente combatido; ya antes de casarme yo con vos, cuando vuestro hermano don Nuño González se desnaturó porque no le dieron lo que quería, aconsejé yo á la reina le cogiese y le descabezase, á fin de evitar que otros ricos hombres se nos viniesen con que se desnaturaban é iban á aumentar las fuerzas del enemigo: ¿y sabéis lo que me dijo la reina? Dejadle, está obcecado: él se arrepentirá y volverá; no se puede, doña Juana, no se puede servir á una reina que todo quiere hacerlo con la dulzura y la misericordia, y que cuando se ve apurada apela á las regativas. La echarán, no tengáis duda de ello, la echarán, y tal vez muy pronto, porque esto anda malo, y es necesario que antes de que la echen hayamos hecho nosotros lo que nos conviene. No; si no estaos quedo, y nos encontraremos, cuando menos lo pensemos, por puertas, sin tener adonde volver la cara y perseguidos y asendereados, y tal vez degollados, por haber servido á la reina; lo que yo hago es lo que debe hacer todo hombre prudente.

—Haréis bien, don Enrique, y harto se conoce la gran experiencia que habéis adquirido en vuestra larga vida.

—De la cual veintiséis años han sido de prisión, y todo por haber servido á otro muy virtuoso y humano y misericordioso, á Conradino. ¿Y qué adelanté con servirle? que á él le mataron y á mí me encerraron, porque me temieron: no quiero que me suceda otra vez, y no volveré á suceder. Adiós, doña Juana, recogeos si os place, segura de que no vendré á turbar vuestro sueño; me despido ahora definitivamente de vos; allá, desde el Andalucía, os enviaré frecuentemente correos con lo que hubiere; haced vos lo mismo á fin de que yo sepa lo que sucede por aquí.

—Lo haré, señor mío, lo haré—dijo doña Juana; id con Dios, él os ayude y os torne pronto á mis brazos, que os amo mucho.

—Adiós, señora, adiós, y espero que nos volveremos pronto á ver y con buen suceso.

Y el viejo marido abrazó fríamente á la joven esposa y salió.

Doña Juana se quedó murmurando:

—El se va, y sin despedirse de la reina; yo también me voy; creerán que me ido con él.

CAPÍTULO VII

EN QUE SE VE QUE ZANCUDO TENÍA MÁS AMBICIÓN QUE LO QUE ERA DE ESPERAR

Zancudo se desesperaba, sentado junto á la fuente, bajo la espesa sombra de los árboles, oyendo el monótono rumor de la caída del agua, y no muy tranquilo, porque, en fin, la casa en que se encontraba parecía grande, debía haber

BIBLIOTECA Granada 89 ANDALUCIA

en la servidumbre gente dura, y no era muy impresumible una paliza, si por un azar cualquiera le encontraban dentro y metido á hurto; y luego, según él decía, para qué diablos le llamaban si tardaban tanto.

Por último, se oyó por un sendero el crujido de un brial de seda que determinaba el paso de una mujer que avanzaba rápidamente.

—¿Está ahí el que ha sido llamado?—dijo doña Juana, que ella era.

—Sí, noble señora—contestó poniéndose de pie Zancudo.

—¿Sois el caballero que ha llegado esta tarde de Mayorga?

—Sí, noble señora.

—¿Sois de la compañía franca del caballero del Aguila Roja?

—Soy su alférez.

—Valiente debéis de ser, cuando sois alférez de tal capitán.

—No soy manco.

—¿Y como sois valiente sois callado?

—Un poco, señora mía, un poco; podéis echar en mí todo cuanto queráis, segura de que no saldrá á luz.

—¿Qué sucede en Mayorga?—dijo doña Juana, sentándose en el mismo poyo en que había estado sentado el alférez.

—En Mayorga sucede, señora, que los vivos se mueren, y que á los muertos los entierran.

—Eso sucede siempre; pero dicen que hay una peste horrenda en Mayorga.

—No dicen la verdad: en Mayorga, cuando yo me vine, no había ningún apestado; la peste estaba en el campo aragonés.

—Dicen que terrible.

—Sí, señora, sí, espantosa; ni el *Kirie eleison* alcanza á los apestados.

—¡Gran milagro!

—Sí á fe, y beneficioso para nosotros, que no sabíamos qué hacernos ya con los aragoneses: hace cinco días me dieron á mí tal mazada en un hombro, que aunque soy poco menos fuerte que el acero, estoy que no puedo hacer movimiento por la izquierda que no me duela, y ando bizmado que da lástima.

—¿Y vuestro capitán? ¿No ha salido mal parado en esta campaña?

—¡Ah, señora! mi capitán tiene un hachazo en la cabeza.

—¡Dios mío! ¿y cómo vive?—exclamó anhelante doña Juana.

—Vive porque el hacha tuvo que partir el almete y el capuz de mallas, y por lo tanto no pudo partir la cabeza; pero la herida es grave, muy grave; tiene además una lanzada en un muslo y otra en la espalda, bastante profundas, y seis ó siete menos graves: necesariamente, como que en la guerra no se va á coger pastaflora.

—De modo, que vuestro capitán está muy en peligro.

—Señora—contestó exagerando el pícaro de Zancudo—mi capitán, si no ha muerto á estas horas, estará en las últimas.

—¡En las últimas, decís!—exclamó con un afán infininito doña Juana.

—¡Sí, señora, sí, y esta es una gran desgracia!—exclamó compugiéndose Zancudo: ¡qué va á ser de nosotros sin nuestro capitán!

É hizo como que lloraba.

La Palomilla, que era vivamente impresionable, que se enamoraba de imaginación y que había hecho su sueño de Zayda Fatima, creyéndola hombre, se aterró.

—Pues yo quiero ir—dijo—adonde está vuestro capitán, para hablarle si está vivo, para cuidarle, para llorarle si ha muerto.

—Y bien, señora—dijo Zancudo—cuando queráis os monto á la grupa de mi caballo, que es un corcel muy fuerte, y partimos.

—No hay necesidad de tanto: esperadme mañana en la primera venta que encontréis después del Puente Mayor, y unios á mí como si no me conociérais; habladme, haremos el viaje juntos, yo iré con mis servidores.

—¿Y en qué os conoceré, señora?

—En que iré montando una hacanea rucia.

—Muy bien, señora.

—Ahora idos, y para que tengáis afición en servirme, tomad.

—¿Ha de ser necesariamente mañana el día de la partida, señora?—dijo Zancudo tomando una bolsa que doña Juana le había dado, y por cierto bien repleta.

—Necesariamente mañana al amanecer—contestó doña Juana; y si fuera posible antes, antes sería.

—Es que, señora, yo tengo que hacer mañana en Valladolid.

—¿Y qué tenéis vos que hacer en Valladolid mañana?

—La reina me ha llamado caballero, y cuando un rey llama caballero á un hidalgo, caballe-

ro le hace, porque un rey no puede ni debe mentir.

—¡Ah! ¿conque vos queréis ser caballero?

—¡Ah! sí, señora: los caballeros hoy medran mucho; porque suponed que yo con cuatro cuartos que vos me deis ó que me dé mi capitán ó que coja en el saco de una villa, armo á quince ó veinte buenos mozos, me voy sobre la frontera de Granada, husmeo, encuentro una villa poco defendida, la sorprendo, la gano, se la entrego al rey mi señor, y como ya soy caballero, el rey mi señor me hace rico hombre de la villa, y con la gente de la villa y los pechos que me paguen, aprovechando una guerra de Castilla con Aragón ó Portugal, que eso sucede todos los días, parto á sus fronteras con un buen golpe de lanzas y con algunos buenos ingenios, embisto otra villa, y la tomo, y cátate aquí que crezco y soy un rico hombre respetable; y luego, el señor rey me necesita un día, y yo no le sirvo si no me da lo que le pida, y acabo por fundar señorío y echar título y tener vasallos, de modo, que el uno por arriba y los otros por abajo, me dan lo que yo necesito gastar para estar contento: sin contar con que tanto puedo crecer y tanto puede necesitarme el rey mi señor, que me casen con una infanta y sea yo infante, de donde corriendo el tiempo y muriéndose tal vez los que impidan que la infanta llegue á ser reina, catad ahí que yo puedo ser rey.

—¿Sabéis que no sois ambicioso?

—¿Y qué ejemplo nos han dado todos nuestros ricos hombres? ¿qué eran ellos hace cien años? Cuidado, señora, que yo sé la historia de todo el mundo: ahí tenéis á los Pimenteles y á los Castros y á los Pérez de Viedma y á otros tantos, cuyos abuelos fueron pelaires, mucho más pelaires que yo, y tosedles ahora: ¿y qué han hecho? artimañas y gatadas y servir malamente á todo el mundo por el dinero, y aun hoy, andan por ahí hechos bandidos, robando castillos indefensos y entrándose por villas abiertas, y quedándose con ellas sin verter una sola gota de sangre, y pagando sus lanzas, no de su bolsillo, sino del bolsillo del rey y del bolsillo de todo el mundo, y atesorando doblas y haciendo alcázares y fundando monasterios, hecho todo con lo que no es suyo; y volviéndose al sol que más calienta. sin tener ni honra ni temor de Dios. Pues mirad, valgo yo más que ellos, y á más que ellos me atrevo á llegar haciendo menos trapacerías, y vertiendo más mi sangre y sirviendo mejor á quien me pague. Y mirad que á hidalgo no hay quien me pase á mí delante, que los Zancudos venimos del arca de Noé.

—Ya lo creo; como que Noé encerró en el arca macho y hembra de todo género de bicho, y debió encerrar cigarrones.

—No cigarrones, señora—respondió un poco amostazado el bachiller—, que la palabra Zancudo es corrupción de la palabra caldea Zanka, que quiere decir preeminente entre los preeminentes, y Zanka, según la genealogía de mi familia, era hijo de una concubina, de un bisnieto, de un hermano de Noé.

—¡Por Dios, Zancudo!—exclamó doña Juana—; que estamos perdiendo el tiempo: en otra ocasión me relataréis de cabo á rabo toda vuestra genealogía, cuyo ilustrísimo origen yo no os niego: caballero queréis ser, seréislo, y de orden, y con una encomienda, si me servís bien, que no ha menester del amparo de un rey el que tiene el amparo de una Lara.

—¡Ah, señora! vos sois de la nobilísima estirpe de los Laras, vos venís de aquellos siete egregios infantes, ó tal vez del perínclito Mudarra, palabra árabe corrompida, que qniere decir "el Vengador".

—Dejémonos, dejémonos de genealogías, Zancudo, y vamos á lo que importa: soy en efecto doña Juana Núñez de Lara, esposa del infante don Enrique el Senador, grande amiga de la reina y aún del rey; me importa mucho ir á Mayorga, mi intereso grandemente por vuestro capitán el caballero del Aguila Roja; parto mañana al amanecer; esperadme como os he dicho más allá del Puente Mayor, en la primera venta, y haceos el encontradizo, y habladme csmo si no me hubiérais hablado nunca: sírvaos de señal para conocerme el que iré cabalgando en una hacanea rucia, no lo olvidéis: en cuanto á lo de caballero, tened ya por calzada la espuela de oro: idos, y adiós: más allá, siguiendo por ese sendero, encontraréis al paje que hasta aquí os ha traído.

—Adiós, pues, señora, y hasta mañana al amanecer.

Doña Juana se apartó, se alejó, se perdió entre el silencio el ruido de su brial, y Zancudo, siguiendo por el sendero que doña Juana le había indicado, encontró á poca distaocia un bulto.

—¿Sois vos el que me ha traído y ha de echarme fuera?—dijo Zancudo.

—Yo soy—contestó el paje.

—Pues vamos andando; y si queréis que os festeje, amigo, venís conmigo, y comeremos y beberemos juntos.

—Agradézcolo como si lo gozara—contestó el paje—; pero mi señora me necesita: con que id con Dios, hidalgo, y hasta más ver.

Y como hubieran llegado al postigo, el paje le abrió, echó fuera á Zancudo, y cerró.

Nuestro alférez, hecha la cabeza una máquina de imaginaciones, se volvió á la posada de la Cruz de San Juan, se bebió una enorme taza de vino caliente enmelado para dormir bien, y mandando le despertasen antes del amanecer, se acostó, se durmió y soñó que le casaban con una hermosísima infanta, por la cual llegaba á ser rey de la gran Tartaria.

CAPÍTULO VIII

DE LA BUENA ADQUISICIÓN QUE HIZO ZANCUDO EN LA ALDEA DE VILLANUBLA

Despertóse Zancudo sin que le llamasen, con la cabeza de tanto soñar caliente, abrió la ventana, vió que el alba empezaba á desperezarse medrosa, cogió del rincón en que las había echado sus armas, armóse, bajó á la cuadra, enjaezó su caballo, pagó la cuenta, y cabalgando, atravesó á Valladolid haciendo retemblar las solitarias calles bajo los anchos cascos de su poderoso corcel, porque Fatima tenía montados á costo y costa á sus aventureros, y llegó á la puerta del puente á tiempo que los guardas la abrían para que entrasen los abastecedores que venían con todo género de vituallas para el mercado de las aldeas vecinas.

Arremetió al trote por el Puente Mayor el alférez, siguió al galope por el camino real de León, y cuando el día empezaba á aclarar, él empezaba á trepar por las cuestas de Villanubla, y ya de día claro, llegó al caserío de la Bambilla, donde pidió le diesen de almorzar.

—Pues como no queráis huevos frescos, no hay otra cosa—le contestaron.

—¿Y vino?—preguntó el alférez.

—Húbole, pero avinagróse.

—Pues bebéoslo vos—dijo el alférez—, que yo no tengo para qué quebrarme la color, y vengan quince ó veinte huevos, y despachemos.

Trajéronselos, sorbiólos el alférez, pagó por ellos un maravedí viejo, no porque los huevos valieran tanto, sino porque era la menor moneda que llevaba el alférez, y el del caserío no tenía trueque.

Después de esto, nuestro hombre volvió á emprender el camino con muy buen talante, y á la salida del sol, y á la vista de Villanubla, Galán, esto es, el caballo, soltó un zapato, ó lo que es lo mismo, perdió una herradura.

Notólo Zancudo, por lo que de la mano derecha cojeaba el bicho, cuando ya no era tiempo de encontrar el hierro, y soltó un rosario de voos que escandalizaron á los pinos que se levantaban sombríos á uno y otro lado del camino, que tan solitario estaba éste, que no había quién más que los pinos de sus votos impíos se escandalizase.

Pero medio consoló á tiempo á Zancudo, próximo ya al pueblo, cierto retintín sonoro que del pueblo salía.

Era el golpe del martillo de un herrador que adobaba sobre el yunque; allá se fué Zancudo.

Llegó, en la entrada del pueblo, á la tienda del herrador, y desazonóse, porque lo que estaba el herrador adobando eran mezquinos calces de asno.

El corcel de Zancudo tenía siete pulgadas de casco.

—¡Pues yá tenemos para de aquí al domingo que viene!—exclamó Zancudo con un humor de los diablos.

—¿Y qué es lo que tenemos para el domingo que viene?—contestó el herrador dejando de machacar y mirando de hito en hito al alférez.

—¿Que qué es lo que tenemos? ¿Creeis vos que en menos de ocho días podéis forjar una herradura para mi caballo, si es que podéis forjarla?

—Al caballo de Santiago le planto yo cuatro herraduras en dos periquetes—dijo irritado el herrador.

—Mirad que mi corcel es normando, y que tiene unos cascos que cuando cogen á un hombre debajo, le tapan.

—Ya lo veo; ¿y qué?

—Que ha soltado en esa maldita cuesta una herradura.

—Apéese el buen soldado—contestó el herrador—, y ya verá el tiempo que yo tardo en forjarle la herradura y ponérsela al caballo, que no parecerá sino que con ella ha nacido.

Echó pie á tierra Zancudo, arrimóse el herra-

dor al caballo, examinóle la mano descalza y la calzada, y dijo:

—¿Quién es el mal herrador, Judas, que ha calzado este caballo, poniéndole herraje de hierro agrio, sentándoselo mal y clavándolo peor? ¡Pues bien vais para una arremetida, cristiano! Ya no me espanto yo de que haya soltado una, sino de que no haya soltado las cuatro. Vaya, vaya, Jusepillo, hijo, echa carbón en la fragua y dale al fuelle, que vamos á enseñarle á este hidalgo cómo se hierra á un caballo de esta alzada, de estos cascos y de este empuje.

Y asiendo de una barra de hierro mohoso, que con otro mucho hierro viejo tenía en un rincón, metióla en la fragua, encandescióla por uno de sus extremos, y dale que le das, en un santiamén forjó una herradura.

—¿Sabéis—dijo Zancudo, que hasta entonces había estado callado, observando la faena del herrador—que vais teniendo razón?

—¡Cómo que si la tengo! Pues qué, ¿no estuve yo en la casa del señor rey don Alfonso, y yo era, y no otro, quien le herraba los corceles y las mulas, y no había quien á mí me ganase de todos los herradores de su señoría, y...

Y mientras decía esto, tenía ya medio forjada otra herradura.

—¿Conque servido habéis al señor rey don Alfonso, cristiano?—dijo Zancudo.—Pues ¿y qué edad tenéis vos?

—Cincuenta años cumpliré por San Martín—contestó el herrador.

—Pues á fe á fe que parecéis de muchos menos.

—Como qué no me he casado, y no tengo cuidados, y me trato bien.

—¡Ah! eso es otra cosa. ¿Y cómo os llamáis, buen mozo?

—Diego Morón, el Zurdo, para serviros después de Dios.

A este punto tenía forjada la segunda herradura, y emprendía con la tercera.

—Pues sois un águila en esto del martillo—dijo maravillado Zancudo.

—¡Ah! ya veréis—repuso el Zurdo—; y cuando vuestro caballo esté herrado, ya sé yo que diréis que es la primera vez que le han herrado bien en toda su vida; ¿pues qué, no hay mas que herrar á un caballo, y conocer cada casco cómo es en sí, y dar más ó menos pujabante para no llegarle á los blandos? Vamos, hombre, ¡si creerán que ser herrador es ser cualquier cosa! ¿Por qué les vienen á los caballos las grietas, los cuartos, los agriones, si no es por los herradores judíos, que Dios confunda, que no saben dónde tienen la nariz?

Y á todo esto, forjada la tercera herradura, daba principio al forjamiento de la cuarta.

—¿Os avendríais vos bien con doscientos corceles y veinte acémilas, hermano?—dijo Zancudo, que encontraba en el Zurdo un tesoro y quería aprovecharle.

—¡Pues vaya, hombre! Como que los animalitos no habían de quedarse todos descalzos en un día; más de cuatrocientas bestias entre caballos y mulas tenía el señor rey don Alfonso, y con todas me las entendía yo muy á mi gusto y holgando; porque mirad, en una semana se forja para tres meses. ¡Vaya hombre! sí, señor.

—¿Y qué diablos haceis con vuestra habilidad en esta aldea?

—Nací en ella, tira la patria, y luego, mi tío el sacristán, que santa gloria haya, dejóme unos pegujares, y labrándolos y herrando á todas las bestias de los alrededores y las que pasan, me gano bien el sustento y ahorro.

—Os echo mano—exclamó Zancudo—que de tiempo en tiempo echaba impaciente ojo al camino, por venir si venía doña Juan.

A este tiempo el Zurdo tenía ya adobada la una herradura, y emprendía con el adobo de la segunda.

—¿Qué me echais mano á mí?—dijo el herrador:—¿y á qué fin?

—A fin de que seais herrador y albéitar de mi compañía.

—¿Y qué compañía es la vuestra?

—La famosa compañía franca del caballero del Aguila Roja.

—Pues si la compañía es tan buena como el herrador que tiene—dijo el Zurdo—no doy por ella dos cornados.

—Pues porque el herrador que tenemos no merece serlo de nuestra compañía, y vos sois un prodigio, y la compañía es un prodigio de brava, en nombre de mi capitán os tomo á sueldo.

—¿Sabéis á quién tomais á sueldo, si yo quiero?—dijo el herrador.

—Tomo á un hombre que forja una herradura que parece que se ha caído del cielo, y que además me parece un buen mozo de pelo en pecho, capaz de darle una lanzada al miemo Roldán el francés que se viniera de Roncesvalles, donde dicen que anda en pena.

—Eso por supuesto; que si me dieran á mí convertidos en hierro los hombres que cuando la guerra del rey don Alfonso con su hijo el rey don Sancho eché yo por la grupa del primer embite, ya habría para herrar á todas las caballerías del mundo; pero no es eso solo; que me den á mi un jaco muriéndose, y que yo me proponga curarle, y en tres días le pongo nuevo; y no es eso solo, que tambien soy médico, y para catar heridas no hay otro como yo, y soy saludador y zahorí, y si no venid acá y vedme en el cielo de la boca un santo Cristo negro: ¿lo veis?

—Hombre, lo que yo veo es una cosa negra junto al paladar, lo que es buena seña, porque los perros de buenos vientos y los más finos tienen negro el cielo de la boca.

—Pase por la mala comparación—dijo el Zurdo—; pero en fin, vamos andando. A ver, Jusepillo, trae el pujabante y las tenazas y vamos á calzar á este buen mozo.

Y el Zurdo se puso á herrar el caballo.

Parecía como que las herraduras se las habían hecho á molde.

Zancudo estaba encantado.

—Conque vamos—dijo—¿os venís con nosotros?

—Mirad, todo puede ser, según el trato.

—Pues vamos á cuentas, ¿queréis ser hombre de armas?

—No hay inconveniente, que tanto da forjar hierro como romperlo de punta. ¿Y qué sueldo?

—Cuatro maravedises viejos diarios, ración de carne y vino, y después del quinto del capitán, á partir las presas con los compañeros.

—Bien paga vuestro capitán—dijo el Zurdo.

—Le gusta tener contenta á la gente.

—¿Y armas y á caballo?

—El capitán las da.

—Bueno; por lo de hombre de armas, me convengo: ¿y por herrador y albéitar?

—Vos direis.

—Cinco maravedieses viejos al mes por cada caballo, y cuatro por cada mula.

—¿Entrando el herraje y las medicinas?

—Hombre, por supuesto; porque lo que se gasta de más en lo uno, se gasta de menos en lo otro.

—Convenidos.

—¿Y por lo de médico y cirujano?

—Eso vos direis.

—Otro tanto que por lo de hombre de armas, que tanto da curar heridas, como hacerlas.

—Me parece qu nos arreglamos.

—¿Y por lo de saludador y zahorí y astrólogo? Que no sabéis lo que eso vale.

—Poned vos la medida.

—¡Hombre! por eso, otro tanto que por médico.

—Bien. ¿Conque tenemos doce maravedises diarios y tres raciones por una parte, y por otra cinco maravedises al mes por herraje y cura de cada caballo y cuatro por cada mula?

—Eso es. ¿Y de enganche? señor soldado.

Metiose Zancudo la mano en la escarcela, sacó de ella el bolsillo que la noche anterior le había dado doña Juana de Lara, tomó de ella seis cruzados de oro y los dió al Zurdo.

Este los miro en la palma de la mano y dijo:

—Buen oro y viejo; pero aunque esto basta para el enganche, aún falta algo, lo que valen el hierro, la fragua y las herramientas.

—Poned precio.

—Otros seis cruzados.

—Tomad.

—Falta todavía.

—¿Y qué?

—Yo no dejo á Jusepillo, que es un huérfano que recogí abandonado, para que pida limosna; además, me es útil, porque es buen muchacho de fuelle.

—¿Cuánto por Jusepillo?

—¿Qué menos se le ha de dar al desventurado que un cruzado de enganche, medio sueldo de hombre de armas y ración entera? Y luego que guisa que es un primor y cuece unas uñas de vaca con perejil y hace un salmorejo con caracoles y un salpicón que puede comerlo el mismísimo rey en persona.

—Me quedo con Jusepillo, y allá van, no un cruzado, sino dos, que tiznado y todo me parece un rapaz de buen talante.

—Dios se lo pague al señor hidalgo—dijo Jusepillo—hablando por la primera vez, y apretando en el puño, ebrio de alegría, los dos cruzados que le había dado Zancudo, y yéndose á mantener, sin soltarlos, la pata izquierda de Galán, que era la que faltaba por herrar.

—Pues falta todavía—dijo el Zurdo—porque como yo soy zahorí, me estoy oliendo que en cuanto acabe de herrar el corcel, vais á decirme que eche á andar con vos.

—Eso por supuesto.

—Pues bien; por un cuartago que tengo yo ahí, buen bicho, como que lo he criado yo en

mi casa, y en el que haremos la jornada Jusepillo y yo, y por la montura, dos cruzados.

—Allá va.

—Item, por dejar abandonada mi hacienda y crial, la renta de cada un año.

—¿Y qué renta vuestra tierra?

—Tres cruzados.

—Eso se añadirá á vuestro sueldo.

—Item, por las semillas que se quedan en mi panera, y que no sé si podré aprovecharlas, porque no me dejais tiempo para venderlas, seis cruzados.

—Tomad, y ved si falta algo.

—Nada falta, sino que Jusepillo vaya á enjaezar el cuartago, á poner la ropa en un saco y andando.

—Pues sobre la marcha.

—Entre tanto yo voy á avisar al alcalde que se venga á entregar de lo mío, y me lo guarde y me lo cuide y me ponga las tierrecillas en renta.

—Id, y volved cuanto antes.

Jusepillo se metió para adentro y el Zurdo se echó para afuera.

—Y vaya si es conveniente—se quedó murmurando Zancudo—un hombre que hierra como este y que tiene más oficios que dedos; he hecho un hallazgo, y luego que me parece hombre de buen ingenio y dispuesto para todo. ¡Qué! si parece que Galán descansa y que tiene más fuerza de bien calzado que está. Pero ¡calla! polvo á lo largo del camino; la señora, ¡rayo de Belcebú! y sin poderme mover de aquí. Vamos dejaréla pasar, y luego la alcanzaré; pero metámosnos adentro para que no nos vea.

Y asiendo del caballo se metió con él en la casa del albéitar, y se cubrió á fin de que no le vieran desde afuera.

No tardó mucho en llegar y pasar rápidamente dona Juana Núñez de Lara.

Zancudo, que miraba con la puerta de candilejo, vió que la acompañaban gran número de pajes y criados á caballo, y que la escoltaban como una cicuentena de magníficas lanzas gruesas.

—¡Anda, anda!—dijo Zancudo.— ¡Pues no tienen poder los Laras, que digamos! Si esa gente fuera mía, de aquí á un mes era yo rico hombre, señor de villas y lugares; pero para hacer esto, y que no lo tomen á bandidaje, es necesario ser caballero y tener empresa. Allá veremos. ¡Y que no va hermosa, que digamos, la tal doña Juana! ¡suerte como la de mi capitán! ¡Cáscaras! Y se conoce que está enamorada de él como una loca: con que quiten de en medio á ese señor infante don Enrique, lo cual no es difícil, porque aprovechando un día de batalla, en un rebullicio, entre el polvo y la confusión, un buen golpe de maza no se sabe de dónde ha salido; y luego este Zurdo, que es zahorí y ensalmador, y quizás, quizás envenenador: ¡quién sabe lo que puede salir de esto! Allá veremos. ¡Hola, hermano Zurdo! ¿este amigo que viene con vos, es el alcalde?

—Para servir al señor soldado—dijo un patán grave que venía con el herrador, entrándose muy cargado de capa, á pesar del calor que hacía en la casa—; aquí me ha dicho éste que vos os lo lleváis á la guerra, y yo lo siento, porque era nuestros pies y nuestras manos, y para herrar no hay dos como él, ni para curar á los muchachos el mal de ojo, ni para otras muchas cosas que ya le iréis descubriendo; pero en fin, cada cual hace de su capa un sayo y Dios con odos, y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y no digo más, y andando, y vete tu, Zurdo, cuando quieras, que ya veo salir por ahí con el cuartago á Jusepillo: descuida por tu hacienda, que yo te la guardaré, hombre, como si fuera mía. Y con esto y con sacar las bestias á la calle y montar, y echando yo la llave á la puerta y marchándonos á la taberna para la despedida, no hay más que decir.

Y dicho y hecho: sacó Zancudo fuera á Galán, Jusepillo fuera al cuartago, cabalgaron Zancudo y el Zurdo, saltó con la agilidad de un mono á las ancas del cuartago Jusepillo, echó el alcalde la llave á la puerta, y en buen amor y compañía se fueron á la taberna, bebieron de lo lindo, cargaron las botas Zancudo y el Zurdo, y este último, despidiéndose del alcalde y de los vecinos que á la taberna habían acudido, siguió á Zancudo, que se puso muy pronto al trote fuera de la aldea, siguiendo la carretera.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

Imprenta de Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34. Madrid.

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.